

MEDARDO
LANDON
MAZA DUEÑAS

HADAS EN CHAPULTEPEC



HADAS EN CHAPULTEPEC

¶ Combina tradición e historia en un presente caótico atravesado por diversos discursos, en los que se superponen tiempos y espacios. El lugar parece ser la ciudad contemporánea y futura; en ella se suceden a velocidad de vértigo, imágenes y personajes reales e imaginarios. Las criaturas del cómic, del cine de animación y de los videojuegos adquieren la misma entidad que los seres humanos en una parodia de la vida moderna. El autor refiere una hibridez cultural, una dolorosa historia de desplazamientos y despojos cuyas claves se encierran en el seudónimo elegido por el autor al participar en el certamen: Merdo, conocida canción turca acerca de las heridas de los desplazados, y Mórdyn, comunidad de jugadores de la *PlayStation* a la que pudiera rendirle culto. Esta hibridez también lo es de géneros, bien podría ser una novela o un conjunto de relatos.

Consuelo Triviño, Colombia

¶ Destaca por su maravillosa fabricación de voces, por labrar la oralidad, seducir con el lenguaje, al oído. Su estilo es particular, original y auténtico. Demuestra capacidad para concebir una forma narrativa en consonancia y coherencia con la trama y sus personajes. Construye así un esperpento digno de Valle-Inclán desde su propio territorio, lenguaje y realidad. Hay, además, algo crucial y es la denuncia entre líneas realizada con desparpajo, huyendo del panfleto mostrado a través de la acción, de la descripción, de las tramas y subtramas. Resalta la aparente facilidad de palabra, para denotar la locura del universo retratado. La fluidez en su lectura es muestra de una gran capacidad literaria. Y, sobre todo destaca el humor, los giros irónicos, los sobreentendidos y la sonoridad.

Doménico Chiappe, Perú

¶ Un texto cuidado y a la vez un racimo de buenas historias cortas. Excelente estructura, generada por varias decisiones acertadas del autor. La extensión es la idónea para una colección de cuentos. Destaca como colección de relatos.

Marcelo Luján, Argentina



sDC
Secretaría de Difusión Cultural



Hadas en Chapultepec

Premio Internacional de Narrativa "Ignacio Manuel Altamirano", 2014-2015
Certificado ante el Notario Público núm. 116
Dr. en D. Isidro Muñoz Rivera

Comité organizador

Ivett Tinoco García
Rosario Rogel Salazar
Alicia Gutiérrez Romo

Para la presente emisión del certamen se contó con la participación de jurados calificadoros internacionales, los escritores Marcelo Luján, de Argentina; Consuelo Triviño, de Colombia; Pedro Enríquez Martínez, de España; Doménico Chiappe, de Perú, y Rodolfo Santullo, de Uruguay.

PQ
7298.23
.A93
H33
2015

Maza Dueñas, Medardo Landon 1974-

Hadas en Chapultepec / Medardo Landon Maza Dueñas. --[1ª ed.--
Toluca, Estado de México : Universidad Autónoma del Estado de
México, 2015.]

[166 p. ; 23 cm.] --(Colección Premio Internacional de Narrativa
"Ignacio Manuel Altamirano").

ISBN: 978-607-422-616-4

1. Novela mexicana -- Siglo XXI.



Hadas en Chapultepec

o/o

Medardo Landon Maza Dueñas



UAEM | Universidad Autónoma
del Estado de México

“2015, Año del Bicentenario Luctuoso de José María Morelos y Pavón”

Primera edición, agosto 2015

Hadas en Chapultepec

Medardo Landon Maza Dueñas

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: (52) 722 277 38 35 y 36

<http://www.uaemex.mx>

direccioneditorial@uaemex.mx



Esta obra está sujeta a una licencia *Creative Commons* Atribución 2.5 México (cc by 2.5). Para ver copia de esta licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/mx>. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx/>

Citación:

Maza Dueñas, Medardo Landon (2015), *Hadas en Chapultepec*, México, Universidad Autónoma del Estado de México, ISBN: 978-607-422-616-4.

Responsable editorial: Rosario Rogel Salazar. Coordinación editorial: María Lucina Ayala López. Corrección de estilo: Edith Muciño Martínez. Formación y diseño: Elizabeth Vargas Albarrán. Diseño de portada: Concepción Contreras Martínez. Asesoría creativa: Pablo Mitlanian. Servicios de catalogación: Marciano Díaz Fierro. Asesoría legal: Shamara de León García. Imagen de portada: *Sin título*, Ernesto Zúñiga (<http://errzzu.blogspot.mx/>).

ISBN: 978-607-422-616-4

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

*Para Reynaldo, mi perro genio; la Nixië Araña,
que lo hubiera adorado tanto de haberlo conocido;
y mi Rhiannon Ratita, tan dulce y sabia...
Porque a mi perro hermano, El Amigo, y a mi fiel
Cuc-Wen ya les ha tocado pluma de otras novelas.*

*...Y como siempre, por supuesto, a la Dama Verde,
aquí no otra que Inesina.*

PRESENTACIÓN

¶ LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO salvaguarda la producción, reproducción y divulgación del conocimiento y del arte. Por ello impulsa las creaciones de literatos contemporáneos e incentiva sus esfuerzos para fomentar el crecimiento cultural en nuestra sociedad.

La importancia de la obra narrativa aquí reunida en el marco de la decimosegunda emisión del Premio Internacional de Narrativa “Ignacio Manuel Altamirano”, refleja diversas formas expresivas de los autores narrativos contemporáneos al manifestar cambios y necesidades propios de nuestra sociedad, que se observan en las historias que superan el trasfondo de nuestra imaginación, guiadas por las palabras de sus autores y realizadas bajo el sello editorial de nuestra Alma Mater.

Por ello, nos complace editar la obra literaria de los escritores mexicanos elegidos por un jurado internacional. Primer lugar: *Archipiélagos*, de Alma Rosa Mancilla Sánchez, y dos menciones: *Hadas en Chapultepec*, de Medardo Landon Maza Dueñas y *El cuerpo del delirio*, de Gerardo Horacio Porcayo Villalobos. ¡Nuestras felicitaciones y reconocimiento a los ganadores!

En esta ocasión, el jurado estuvo integrado por reconocidos escritores: Marcelo Luján de Argentina, Pedro Enríquez de España, Doménico Chiappe de Perú, Consuelo Triviño de Colombia y Rodolfo Santullo de Uruguay, quienes sostuvieron una reunión virtual para deliberar, a partir de los 91 trabajos provenientes de Alemania, Argentina, Cuba, Colombia, Ecuador, España, Estados Unidos, México, Puerto Rico y Venezuela.

Agradecemos a los participantes su creatividad, esfuerzo, disciplina y dedicación, así como su confianza al compartir sus obras literarias, que nos trasladan a horizontes y escenarios insospechados, para disfrute y reflexión de nuestros lectores.

PATRIA, CIENCIA Y TRABAJO
DR. EN D. JORGE OLVERA GARCÍA
Rector

PRÓLOGO

¶ CUANDO LEO, NECESITO ENTREVER, desde las primeras líneas, al narrador. Entender quién me habla a través de esas palabras. Escucharle. Y, gracias a esa resonancia que transmite tanta información implícita, conocerle. El narrador de una historia, como ya se ha dicho tantas veces, no es el autor del texto. El narrador es otra creación literaria, esté o no encarnado en la acción, sea o no visible. Y cuando el narrador está en tercera persona, sólo tiene su tono como presentación. Así, el autor, a quien sólo podemos adivinar por los ecos del trasfondo, tiene una tarea inmensa y difícil frente de sí cuando elige esta perspectiva, al tiempo que convierte a ese narrador en apariencia ausente en el protagonista de la trama.

Esta titánica empresa literaria, que requiere un oído fino y un trabajo de reescritura constante, la realiza con destreza Medardo Landon Maza en *Hadas en Chapultepec*, una obra polifónica y compleja, llena de musicalidades mexicanas alejadas del cliché. Son esos sonidos, esa música que rezuma, los que crean el gran ambiente que envuelve no sólo a los personajes: también al lector. Maza aplica aquello que hizo tan bien Valle-Inclán en *Luces de bohemia*, cuando trasladó el hablar canalla del Madrid oculto y nocturno, y perpetuó con su literatura las peculiaridades fonéticas de una cultura y una

época. De alguna forma, se suscribe así un compromiso con el lenguaje, con su evolución en la literatura.

Esta obra, sin embargo, no resalta únicamente por la forma, en que la composición de la voz es sólo uno de sus aspectos más destacados. Bajo el manto entretejido de lo fantástico y lo costumbrista existe una actualidad contada desde la crítica sin moralismos, gracias a poseer un tono donde cabe la ironía hacia la historia oficial mexicana para situar ciertos acontecimientos mitificados como eslabones de la larga cadena de degradación que conduce hasta los sucesos de hoy. La narración es protagonizada por un duende: “Merdo era uno de esos duendes del tipo mördyn: robusto, patón, patilludo y patipeludo; que nace en agujeros, que prefieren los bollos a los anillos y que no tienen más poderes que el sigilo”.

Ese duende puede ser cualquiera de nosotros en territorio extranjero cuando pierde, o es despojado de su memoria, de su identidad. “Con cada cosa que se te vaya, se te irá una región de tu cabeza, hasta que quedes hueco”, es la sentencia que le dicta un juez nahual a Merdo a cambio de no sacrificarle en un altar. Así, Merdo tendrá que sobrevivir, una vez que haya perdido sus recuerdos, en los alrededores de Insurgentes, en la Ciudad de México. Junto al duende se desarrollan otros tantos personajes, revestidos de la complejidad necesaria para forjar esa polifonía que mencionaba antes, como Inesina, una niña malviviente que se cree criada por palomas, y Pamela, “sexoservidora de la calle de Puente de Alvarado”, ambas cautivadas por el vuelo de hadas con alas de libélula que, como otros seres invisibles de la ciudad, sólo podían hallarse gracias a un mapa, que llega por casualidad a las manos del transexual. “Así fue como, casi sin querer pero inexorablemente,

encontraron a las hadas del mapa, con sus alas de libélula o de mariposa, bailando alrededor de un rey grillo en la colina de Chapultepec, rodeadas de otras tantas damas de poder, otro tanto feéricas, como sirenas junto al lago, dríadas de ahuehuate, valkyrias-cihuateteos o doncellas cisne en ballet”.

A través de esta narración revestida de delirio, Maza aborda uno de los temas que más me interesan de la literatura, el de la memoria. En este caso, el olvido aceptado voluntariamente a cambio de seguir viviendo. La vida a cambio de los recuerdos. Y como destino, sólo vagar. Un acto que las personas e incluso las sociedades detonadas y juzgadas aceptan con frecuencia para evitar el suicidio o su aniquilación. Si en el camino hay o no una rebelión que conduzca a recuperar esa memoria, para luego revisitarla y comprender lo que la compone, depende de cada trama, de cada individuo, y comunidad, y de su deseo de subsistencia y permanencia.

En todo caso, una de las cuestiones más gratificantes de los concursos literarios es cuando se logra descubrir a un autor. Este es el caso del Premio Internacional de Narrativa Ignacio Manuel Altamirano 2015, de cuyo jurado formé parte, y de Medardo Maza, cuya obra merece encontrar más y más lectores, gracias a una poética personal y precisa que rezuma en las líneas de esta novela.

Doménico Chiappe

Escrito peruano

INTRODUCCIÓN

¶ ESTE LIBRO DE DUENDES EXTRANJEROS y chaneques mexicanos, de marginales callejeros y de criaturas sobrenaturales en la Ciudad de México, está dividido en dos partes:

La primera parte, *Duendes en el Centro Histórico*, consta de cuatro cuentos enlazados, pero independientes, donde se cuentan las aventuras de Merdo el mördyn¹ y de cómo terminó perdido en las calles de la capital entre indigentes y perros callejeros.

La segunda parte, *Hadas en Chapultepec*, es una novela corta en la que Pamela, una sexoservidora y dama del talón de la calle de Puente de Alvarado (que antes se llamaba Arturo Gómez), junto con la doncella callejera Inesina, el perro genio Reynaldo y Merdo el mördyn, se adentra bajo la colina del Castillo de Chapultepec, donde hay un aquelarre de criaturas sobrenaturales de todas partes del orbe para tratar el problema de la humanidad, que ha conducido al mundo al filo de la extinción y que ha gestado a los Dragones Corporativos que están devorando la tierra en plástico y basura.

¹ Extraviado directamente de El Reino del Verano y sus correrías con el caballero tartamudo Caerll Roberfinn, como se cuenta en el libro *La diminuta mariposa morada* (Delfín Editorial, México, 2012).

Si bien las dos partes son complementarias, pueden leerse de manera independiente; de modo que un lector puede adentrarse directamente en *Hadas en Chapultepec* y luego, si quiere saber más del universo narrativo de lo sobrenatural en la Ciudad de México, puede volver sin compromiso a *Duendes en el Centro Histórico*.

En cualquier caso, el epílogo *El prisionero y el celador* también es un cuento independiente, por si alguno quisiera animarse a leer el libro desde el final hacia el principio.



PRIMERA PARTE
DUENDES
EN EL CENTRO
HISTÓRICO

¡AFICIONADOS
 QUE VIVEN INTENSAMENTE
 LA EMOCIÓN DEL FUTBOOOOL!
 (*Cuento de hadas para duendes y chaneques*)

¶—AQUÍ ESTAMOS UNA VEZ MÁS, transmitiendo desde el campo baldío detrás de la Plaza del Aguilita, ¡en un domingo de fáaaaabulaaaa!

—¿Cómo ve usted a nuestros contendientes, señor Rata de Lata?

—Difícil, difícil, Palomo de Plomo. Yo diría que estamos ante una situación de “máscara contra cabellera”, por la capucha que porta el capitán de los perros callejeros, ese duende extranjero de pies peludos al que llaman Merdo...

—¿Y cómo ve nuestra selección para esta temporada, señor Lata?

—Inconsistente. Los gatos callejeros triplican en número a los perros callejeros, están mejor alimentados y tienen trucos sucios, pero ¿qué quieres que te diga? El capitán chaneque, “El Chiquilín”, no me convence. Y no me importa que haya ganado *El muñeco de jade* de la liguilla como el jugador más valioso; sus escándalos en la última guerra florida lo persiguen.

—Bueno, bueno, pero esta temporada sí será la buena... ¡Y allí empieza! ¡El duende extranjero sale de los arbustos con el perro callejero entre los brazos! ¡Lo ha robado del altar para los sacrificios al Ahuizotl, y así comienza la heeeeeerejía!

—El chaneque le sale al paso, molesto por la intromisión extranjera del cachorro que alimentará al Ahuizotl, para que pueda proteger todo el barrio de los santos pederastas que ahora nos rondan... ¡El Chiquilín lo sorprende! Le echa a los gatos; los perros derriban al duende, ¡y el gato gris seboso le arrebató el cachorro con una tarascada al lomo! ¡Qué maestría del gato seboso! ¡Sí, señor! ¡Eso es arte! ¡Eso es enjundia! ¡Ese es coraje del bueeeno! ¡Se lo lleva! ¡Se lo lleva! ¡Alcanza el área del Ahuizotl! ¡Está a punto de calmar el hambre de nuestro patrono protector y...! ¡Lo vuela! ¡El cachorrito termina entre los arbustos donde hacen sus nidos las arañas!

—Te digo que no concretan... ¿Dónde está el Chiquilín cuando se le necesita? ¡Míralo, ni siquiera se había sacado el cuchillo de obsidiana del cinto! ¡Esas fiestas! ¡Esas fiestas, digo yo, con tanto chupe y chicuela no nos lo dejan entero, pero no entiende!

—Los perros levantan al cachorro, lo recuperan, se hacen fuertes; el capitán Merdo lo recoge y se abre paso. ¡Esa es una buena jauría, hay que admitirlo!

—Eso es lo que yo no entiendo, señor Lata. Los perros callejeros no han jugado así desde hace tiempo... ¿Por qué tiene que llegar un jugador extranjero para que saquen la casta? Ya nadie tiene el valor de entrarle al sacrificio como en los buenos tiempos... Que el pobre cachorrito para acá, el pobre cachorrito para allá, pero nadie dice nada del pobre pollito que se zampan cuando pueden. Su posición es insostenible. Nuestros niños son los que están en vilo con nuestro Ahuizotl pasando hambres y...

—¡Faaaalta! ¡Ansioso por abandonar el campo baldío por el hueco del muro, el duende Merdo ha pateado lejos al gato pardo con algo más que encono y alevosía! ¡Lo ha arrojado más allá del metro reglamentario! ¡Esa se merece la tarjeta roja, señores! ¡La roja! ¿Cómo no la vio el árbitro tlaloque? ¡Árbitro de treinta monedas de plata!

—Claro que no, Palomo. Claramente no pasó el metro con la patada. Bien clarito se ve que el gato saltó un poco más allá...

—Te sale el Judas por la boca, mi buen Rata. Ya decía yo que tus bigotes de Malinche te traicionan. Tú que te quejabas del desempeño de los perros callejeros, ¡también ves güerito rico y te le echas a los pies!

—No me chingues, Palomo. ¿Qué pasó? Primero me hago cura. A mí qué se me hace que es al revés, y que ya ves güerito y te da la rabia... ¿No fuera güerita porque, entonces sí, *bienvenidaza*, verdad? Además, cómo se ve que la saña te pone turulato: ¿Ya te fijaste que ese Merdo está más jodido que el Chiquilín? Su capa se le ve toda agujereada y chilapastrosa. ¡Y además ni es güerito sino prieto! ¿Y ya te olvidaste de los duendes que vinieron con el Batallón de San Patricio? ¡Esos sí eran patriotas!

—Ya bájale, Rata. Te clavas en la textura... Los gatos recuperan. Le taponan la salida a tu idolito; los perros callejeros se echan al frente y, entre todos, barruntan aún más el boquete. ¡Se están poniendo los zarpazos de a peso en el campo, señores!

—El duende retrocede, busca un espacio, se cambia de brazo el cachorro, y allí lo alcanza el chaneque; le dribla, le dribla, con arte, con oficio...

—¡Penal! ¡Esa falta es de penal! ¡El chaneque Chiquilín le pone el pie al Merdo y da con él por tierra a comer

corcholatas! ¿Y dónde está el árbitro tlaloque? ¿Contando plata de las dos porras o qué? ¡El chaneque le brinca al duende en el suelo y se saca el cuchillo del cinto! ¡Fabulosa parada! ¡Aún en el suelo, el Merdo se ha sacado la daga, y ahora los dos se lían a puñaladas a rueda y rueda comiendo polvo!... ¡“Ni modo, traes puñal”, se deben decir al oído de tan cerca que se pugnan! Y allí los rodean todos los perros y todos los gatos. ¡Y ya no se ve nada, señores; no se ve nada, lloviendo polvo para arriba!... ¿Y dónde está el árbitro tlaloque? ¿Dónde será? Clama la tribuna.

—Luego luego se ve, Rata de Lata, que eres bien Malinche. ¡Nadie le marcó la falta al gachupín, gabacho o lo que sea el rizadito ese! ¡Y bien clarito se vio que el Chiquilín le entró legal con el cuerpo...!

—¡Se muerden! ¡Se patean! ¡Se dan besito en la oreja! ¡Se buscan brecha para las puntas, señores! ¡Como amantes se frotan sus partes para parirse a la otra vida con sus respectivos dioses! ¿Quién cenará esta noche? ¿El Ahuizotl o el Dragón de Hiedra? ¡Porque los dos andan hambrientos! ¡Esta sí será muerte súbita, señores! ¡Muerte súbita! ¡Capucha contra cabellera! ¡Ha llegado la hora de que el Chiquilín demuestre que su equipo sí puede concretar una victoria y que su liderazgo es el que tanto había esperado nuestra selección para poder calificar a los corros internacionales y poder romperles su maraca a los ogros gringos en el próximo mundial del Triángulo de las Bermudas!

—Lo dudo, mi buen Palomo. Sueñas cuando te sube la bandera. Aquí llegan los nahuales de la tira. Se abren brecha a macuahuitlazos. Gatos y perros huyen cada quien a su cada cual, donde los espera su mamá... La razzia ha llegado. La chota patea a los dos contendientes en el suelo y los desarma. ¡Esto se resolverá en los tribunales subterráneos, señores!...

Y ahora vamos con Tito Tito Capotito, nuestra lagartija en el campo, que ahora mismo habla con uno de los capitanes...

—Dígame, don gabacho-gachupín pelos de mecate, ¿va a pedir un desempance de “gol gana” ahora que pueda?

—¿Aah? —respondió el patón patilludo, todo espolvoreado—. ¿Dónde quedar el perrito? —preguntó el duende mientras lo esposaban los nahuales.

—¿Eh? —la lagartija miró a todos lados entre las latas y la basura revuelta, que aún no terminaba de asentarse en el campo—. ¡Dado a la fuga! ¡Ganan los perros callejeros por *default*!

HÍJOLE JOVEN, NO SE VA A PODER
(Cuento de hadas para nahuales y tlaloques)

¶ —HÍJOLE JOVEN, NO SE VA A PODER —le dijo el juez, un nahual roquero, a Merdo, el duende extranjero y bruno.

Merdo era uno de esos duendes del tipo *mördyn*: robusto, patón, patilludo y patipeludo; que nacen en agujeros, que prefieren los bollos a los anillos y que no tienen más poderes que el sigilo.

El chaneque Chiquilín y Merdo habían sido conducidos por la policía tlaloque a los tribunales subterráneos —aunque *todos* los tribunales son subterráneos—. Sin embargo, como el Chiquilín tenía un primo que trabajaba como notario de los códigos de los casos legales, se libró el chaneque de ir a prisión pagando unas latas rellenas de escarabajos verdes. De tal modo que, cuando llegaron a los tribunales, el Chiquilín ya no era ningún acusado, sino el testigo principal de la herejía de la que se acusaba al *mördyn* extranjero.

Así que Merdo, como no parecía tener contactos ni riquezas para transar su libertad, fue conducido nueve metros debajo del Centro Histórico de la Ciudad de México, más allá de cañerías, catacumbas novohispanas y ruinas mexicas,

hasta donde se encontraban aún los restos del barrio de los temazcales,¹ que había existido alrededor de la Plaza del Aguilita.

A todo lo amplio de la inmensa y monstruosa quimera de la Ciudad de México todavía sobrevivía el *Ohuican*, el mundo espiritual de la Anáhuac que alguna vez fuera y que, en los rincones más oscuros, olvidados, inesperados y forestados de la urbe, aún palpitaba y era hogar de la fauna sobrenatural. Mas no sólo de chaneques, nahuales y otras criaturas de los mitos mexicas, sino que también convivían con las criaturas mitológicas y legendarias que habían llegado a la capital con las migraciones: duendes españoles; gárgolas e imps infernales bajo las sotanas de los sacerdotes del Vaticano; trasgos y gobelinos que vinieron con las invasiones francesas; orcos y ogros que vinieron con la invasión norteamericana; golems y homúnculos de los barrios judíos; genios djinns y efreets de los barrios árabes. No obstante, a las pixiës o dríadas de las Veredas de las Hadas, originarias de los ohuicans de Gales y Escocia y otras zonas célticas forestadas, hacía más de un siglo que no se les veía, desde la revolución industrial.

Merdo fue arrojado al borde de un pozo de roca negra sin fondo que, en una de sus caras, tenía una rampa donde los acusados se cogían de manos y pies con todas sus fuerzas para no resbalar.

En lo alto de la rampa, vigilando la salida, había una escultura de basalto de la misma roca negra, que representaba un ocelote encogido, guardián de la noche y del inframundo.

Recargado en la cabeza del ocelote estaba sentado el nahual con sus tatuajes, aretes y largos cabellos de roquero,

¹ Casa de adobe mexicana para tomar baños de vapor.

que caían sobre su hocico de perro hasta la mitad de su chamarra de cuero tachonada.

A los lados del nahual había un par de tlaloques, una especie de hombres rana escamosos y anchos que, al modo de los antiguos caballeros águila y caballeros jaguar, eran como unos “caballeros axolotl”, vistiendo tocados que representaban la gran boca abierta y las barbas estriadas del ajolote, el renacuajo de la salamandra que sólo en México se quedaba en ese estado intermedio, tan similar a las imágenes de Quetzalcóatl. Ambos esgrimían pesados macuahuitls, o macanas con navajas de obsidiana incrustadas a todo lo largo, y se cubrían con escudos redondos de conchas de tortuga retocados con plumas negras y piezas de jade con la imagen de Tláloc, señor mexica de la lluvia, con ojos redondos y lengua bifurcada.

—Híjole joven, no se va a poder —repitió el juez, para ver qué lograba sacar del desespero del mördyn Merdo.

—Pero... ¿yo qué haber hecho?... ¿Yo por qué estar aquí? —preguntó el moreno extranjero sin atreverse a alzar la cabeza, para no correr el riesgo de resbalar de la rampa al negro vacío.

—¡Y todavía pregunta el gringuito! —participó el chaneque, sentado en cuclillas al borde del pozo, del lado opuesto del juez—. ¡Por herejía de las buenas! ¡Por haberle quitado una ofrenda al Ahuizotl!

—Yo no ser gringuito ni saber qué es eso, pero sonar muy feo. Yo iba detrás de una diminuta mariposa morada cuando mí extraviarse entre la niebla muy espesa y una lluvia catarata. Y de pronto, al asomarme entre unos arbustos, ver cachorrito de perrito muy mucho hambriento, sucio y asustado... ¡Atado sobre un altar que parecerme el ídolo mal del Astado Señor de las Bestias! Que sus sirvientes son muy mucho mis enemigos,

porque... porque él ser enemigo de mis amos y señores dioses, El Dragón de Hiedra y La Reina de las Hadas.

—Pérate, pérate, pelos de mecate. Vámonos poco a poco si queremos llegar —intercedió el juez—. Antes que nada, debes tener bien clarito que ignorar la ley no te libra de pagarla. Pero nada más para que te cales y que te quede bien claro, chúpate esta: ¡Chiquilín! ¿De quién es el altar al que sirves?

—¡Pus del Ahuizotl! —respondió orgulloso el chaneque desde el otro lado del pozo.

—¿Y para qué hacemos sacrificios desde los viejos tiempos?

—¡Para que el sol no se muera!... Para que la tierra no se seque. Para que las lluvias no se acaben. Para que los cultivos no se pierdan.

—¿Y para qué le haces ofrendas al Ahuizotl en particular?

—Para que nos otorgue fuerzas para pelear contra los demonios que habitan debajo de las iglesias. Para que proteja a los niños de las hambres innombrables de sus curas.

—¿Ya ves, azúcar mascabado? —volvió a dirigirse a Merdo, por bruno—. Y tú, en la clarísima intromisión de los gringos y gachupines de antaño y todos los otros que se las dan de muy muy, todavía ahora, que desde muy viejo utilizan ese pretexto de “salvarnos de nuestros infernales rituales de sangre” para robarnos, matarnos, hacerles lo peor a nuestras mujeres... ¿Así que lo hacías para salvar al perrillo callejero? Entonces dime... ¿prefieres que se chinguen a nuestros chamacos los demonios del vaticano?

—Pues yo... Más bien es como si... Cuando yo que... —tartamudeó Merdo.

—¡Este ya me cayó mal y se hace el pendejo! —le dijo el juez a uno de los caballeros axolotl a su lado—. Que se lo

lleven y lo sacrifiquen al Ahuizotl, ya que el perrillo aquel se dio a la fuga.

—¿Y qué tal a Tláloc? ¿Lo podemos sacrificar a Tláloc? —preguntó el tlaloque.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque parece que está en su gracia o algo así —intercedió el otro caballero axolotl—. ¿Ve que hablaba el mascabado de sus dioses raros? ¿El tal bicho de hiedra y la fulana hada? Pues a mí se me figura que han de ser la cara extranjera y rara de nuestro señor Tláloc de la lluvia y Chalchiuhtlicue de la falda de turquesas.

—¿Y por qué lo crees tú? —preguntó el juez husmeando el pozo.

—Porque, cuando lo traíamos para acá, se vino una buena lluvia y, ya todo mojado, lo sentí como que vara, como que más rifón a este patón.

—¿Ahora resulta que me vas a decir que Don Ahuizotl es el güey cornudo ese del mascabado gabacho gachupín? ¡No me chingues con sus cuentos chinos! ¿Es que siempre porque son extranjeros hay que hacerles la barba? ¡Ya pásenlo para el altar! —se indignó el chaneque Chiquilín.

El juez se mordió una uña distraído.

—¿Y tú qué opinas, mascabado? ¿Es cierto que tus dioses, bicho y fulana, son Tláloc y Chalchiuhtlicue?

—Yo no saber si Don Mattiôc... o Chal... Chal... Lady Chalwyn son como tal y cual, pero mi señor es el amo de todos los bosques, de todas las lluvias, de todas la brumas y de todas las escrituras...

—Mmm... como que sí me suena —dijo desanimado el chaneque.

—Y la Reina de las Hadas, de todos los sueños y ensueños de las forestas, es mi ama.

—Ésa está más rara —dijo el juez—, pero bueno. No es difícil creer que hasta los bárbaros puedan adorar a los dioses que deban, aunque les llamen bien pinche raro... A mí me dicen *Pipirín*, pero vaya que soy el mismo que Don Odilón Valencia *El Camotero*... Está bien, está bien... ¡Llévenselo ustedes y sacrifíqueno a Tláloc!

El mördyn Merdo abrió los ojos con mucho temor y, desesperado, clamó:

—¡Espere! ¡Espere, Don Odilón! ¡Por favor!... ¿No haber algún modo de que arreglemos esto?

—¡Ah, chingá! ¿Y tu agua de qué la quieres, papacito? —se escandalizó el nahual, pero aún así se inclinó a la rampa y le preguntó en voz baja—. ¿Por qué? ¿Qué ofreces? ¿Con qué te vas a poner por en medio?

—Pues yo... saber cantar un poco de mis allá de donde vengo. Tengo mucho que decir de las Colinas Evanescentes de mi patria.

—Como que está bien gacho lo que me ofreces, pero échate una rola y a ver qué tal.

Y así, cogido de la roca con las uñas de manos y pies, Merdo comenzó a cantar como podía, apenas alzando la cabeza de la roca, como una lagartija. Muy bajo y ronco al principio, comenzó a entonar una cosa rara en la lengua de sus padres, con los ritmos lentos y melancólicos de sus bosques. Cerrando los ojos y tocándose algo por dentro, alzó la gravedad de su voz en algún sentir que parecía a ratos ser tristeza o cosa de pronto alegre, pero que, sin duda, al mördyn conmovía, cantando con todo su terror, por si aquella era la última vez.

Al terminar, el nahual, que era gran fan de la música y que, cuando podía, cantaba a Botellita de Jerez y a Alex Lora a todo lo que podía aullar, además de estar acostumbrado a cobrar mordidas disparatadas, pareció complacido.

—Órale. Te salvó el gorgorito —le dijo—. ¿De qué trataba?

—De lo que yo sentir por la diminuta mariposa morada, que yo seguir cuando caía hasta acá. Es cosa de mucho querer.

—Cámara, pues. Te lo ganaste. En lugar de que te sacrifiquen, vas a tener el privilegio de sacrificarte tú mismo, con tu propio puñal, a Tláloc. Y le pondremos medio corazón a Chalchiuhtlicue, para que no digan; porque soy un romántico, la mera neta.

—¿Y no poder arreglarnos más con algún otro gorgorito? —preguntó Merdo sin salir del susto.

—Mariposa... Eso me suena a Quetzalpapalotl, la mariposa emplumada —intercedió el chaneque, mirando con cara menos tiesa al mördyn—. La verdad, la verdad es que, si fiel de Tláloc y enamorado de Quetzalpapalotl, será un honor para mí darte la oportunidad de defenderte y morir luchando a cuchilladas contra los chaneques, atado al altar del señor de la lluvia... ¿Cómo la ves, mascabado gabacho gachupín?

—Er... —Merdo seguía sin parecer muy satisfecho—. ¿Y no haber otro gorgorito?

—¡Ah, qué chilletas! —se indignó el nahual—. ¡Si así son de sacatones todos los extranjeros, no sé cómo nos conquistaron, me cae! ¡Ora sí ya caíste de mi gracia! ¿Quieres vivir a toda costa? ¿Eso es lo único que te interesa? ¿Más que tus dioses? ¡Qué chafa! Órale, pues. ¿Quieres una mordidita? ¡Ahí te va! ¡Te condeno a que te aten al cuauhxicalli del olvido para que vendas todas tus memorias hasta que se llene el hueco que está en el centro de la piedra! ¡Y cuando no te quede ni tu nombre, serás exiliado de una vez y para siempre del Ohuican! ¡Y vagarás entre los humanos en sus caminos muertos, sus nubes del ahogo y su excremento de plástico! ¡Ándele puñal! ¡Para que se te quite!

—No la chingues —dijo el chaneque, compadeciéndose.
Los tlaloques cruzaron una mirada.
—Qué mandadito —dijo el uno al otro.
Merdo pegó la frente a la roca, arrepentido.

LE VENIMOS REMATANDO,
LE VENIMOS REVENDIENDO
(*Cuento de hadas para lloronas y cihuateteos*)

¶ —LE VENIMOS REMATANDO, le venimos revendiendo, productos de alta calidad pone a la venta... —titubeó Merdo y volteó a ver al chaneque Chiquilín—. ¿Y luego qué seguir? ¿Qué más hay que hablar?

—Ah, pues luego ya alzas tu mercancía para que los que vayan pasando la puedan ver y la truequen por algo suyo. Y lo que te vayan dando, lo echas en medio del cuauhxicalli.

—¿Del qué?

—¡Del malacatote! ¡De la dona de piedra a la que estás amarrado! Tienes que llenar el hoyo de en medio para que te suelten... Y no te espantes, acuérdate de que, más que tus cosas, atado al cuauhxicalli del olvido estarás vendiendo tus memorias. Con cada cosa que se te vaya, se te irá con ella una región de tu cabeza, hasta que quedes hueco. Y sólo tienes tiempo desde que la luz toque la piedra por un lado hasta que se vaya por el otro; si no, vendré a sacrificarte al Ahuizotl... Y si de pura casualidad la libras, entonces vendrá un par de caballeros jaguar y te arrojará afuera del Ohuican,

a la superficie de los humanos —señaló el chaneque a más de doce metros de altura el agujero por donde el sol refulgía.

Merdo suspiró, sentado con la cabeza entre las rodillas. Alzó la vista en la penumbra subterránea y miró los ojos de gato del chaneque.

—¿Y qué ser del perrito? —preguntó.

—¿Del que te robaste del altar? Se peló, así que alégrate. Te rifaste —El Chiquilín le apretó el hombro con su mano garruda—. Me da gusto haber peleado contigo. Dabas color. Con uno como tú, sí calificábamos —y se fue.

El mördyn había sido conducido a ese paraje subterráneo de paso de muchas criaturas sobrenaturales, que funcionaba de transborde entre las galerías subterráneas, las cañerías y las ventilas del metro. Aunque el viento no soplaba directamente, las corrientes de aire generaban un eco succionante ominoso. La oscuridad sudaba un rancio olor a piedra húmeda.

El haz de luz que se desplomaba de lo alto en una danza de polvos girantes recorría la galería, de la media mañana a la media tarde, por entre las coladeras, barriendo con su calor oleaginoso por sobre una serie de discos de basalto negro labrados con glifos. Cada uno correspondía a sentidos religiosos distintos, desde los esquemas cósmicos de la Piedra del Sol o Calendario Azteca del universo mesoamericano hasta los cuauhxicallis de las piedras de sacrificios expeditos o el temalactl de las plataformas de sacrificio gladiatorio.

El de Merdo era un cuauhxicalli del tamaño de un burro acostado, labrado con la forma de un renacuajo que se mordía la cola. El agujero en su centro estaba tallado como la boca de un sapo con el pelo crespo de arañas y alacranes, además de garras, que representaban a Tlaltecutli, señor de la tierra honda.

Merdo había sido atado al tobillo contra la piedra, con un mecate de espinas de maguey trenzadas, y se le habían devuelto todas sus pertenencias para llevar a cabo el ritual de venta de memorias. La columna solar se deslizaba suavemente hacia él y estaba a punto de comenzar a lamer el renacuajo.

Aunque la intensa luz cercana le impedía discernir la oscuridad, Merdo sentía el paso de sombras como vientos de polvo o sueños de estatuas y, de poco a poco, comenzó a distinguir intensos olores extraviados de mole y jamaica que le eran completamente desconocidos; bullicio de diablitos y cargadores, y ecos lejanos de gangosos merolicos que canturreaban en la oscuridad: “¡Llévese, llévese, óbolos con almas baratas de violador, para su nahual en casa!”... “¡Aquí el metate de campamocha, usted que se acuesta en él y se le mete en los sueños al vecino!”... “Este paquetito, este atadito, usted va a poder ver las películas que quiera, sólo le añada las uñas, la tierra y...”

El haz de luz alcanzó al renacuajo.

Merdo suspiró un resoplo y, de pronto, juzgó indignas sus ropas de representarlo en cosa tan esencial. Tiró los harapos de su manto sobre su hombro, arrojó al suelo su chaleco de cuero tasajeado en el combate contra el Chiquilín e hizo a un lado, con el pie descalzo, sus pantalones a cuadros.

Se le pasaba la venta. Se le iba la luz.

¿Qué tenía para vender, ya sin sus ropas?

Le quedaron siete cosas.

“¿Esto soy?”, se preguntó. “Esto habré sido”, se lamentó.

Cogió la primera y comenzó a canturrear como le había enseñado el Chiquilín, y como sonaban los merolicos en las sombras:

—Le venimos revendiendo, le venimos rebajando, productos de alta calidad pone a la venta... eh... bonito... eh...

¡Dos brazaletes de cuero y tachón! ¡Le cubre, le cubre de la puñalada, le protege de la mordida, le detiene la espada, el puñal, para que usted se defienda...!

O así es como él hubiera querido haber sonado. Pero, entre sus tartamudeos, su engolado acento extranjero y la muy —ni tan inconsciente— reticencia a venderse a sí mismo, la luz ya había alcanzado el centro de la boca cuando salió de las sombras un gigante de dos humanos de alto, pero flaco como uno solo, refulgiendo al sol su piel roja como una rana de la selva, vistiendo un maxtla o faldellín, con incrustaciones de obsidiana a todo lo largo de la nariz y hasta la frente. Era uno de los tzocuilceques de aquella humanidad previa a la actual, que había sido casi exterminada al final del primer sol de Tezcatlipoca, devorada por las hordas del gran jaguar de la noche.

El flaquísimo gigante se agachó con movimientos tiesos y elegantes que recordaban los de una garza o un insecto palo y, mirando con compasión a Merdo, arrojó al interior de la boca del sapo de piedra una gran mazorca cubierta del preciadísimo hongo negro y ceniza del huitlacoche. Cogió entonces de las manos del mördyn los brazaletes y, al comprobar que le ajustaban bastante bien, sonrió y siguió su ruta con la lenta prisa de sus zancadas hacia el festival de los voladores de Papantla en las entrañas de Teotihuacán.

Merdo se quedó con las manos en alto durante unas aspiraciones.

Había perdido El Reino del Verano.

Habíasele huido el reino de todos los bosques atados por valles de humildes castillos, cuyos mapas nunca completaban sus fronteras y donde elfos, ogros, enanos, licántropos y todo el resto de especies hablantes de aquella región, incluyendo a las bestias todas y los árboles nombrados, eran todos ciudadanos

iguales ante el Rey de Cristal, y la ley los amparaba con sus ciento cuarenta y cuatro caballeros andantes. Allí, en su patria, cualquiera podía desposar a cualquier otro sin distinción de especie o riqueza, y cualquiera que tuviera hambre tenía el derecho de comerse a su semejante o morir en el derecho de defenderse del otro, porque allí los conejos portaban puñal.

Merdo bajó las manos lentamente, mientras los crepúsculos de los musgos y las hojarascas se le disolvieron como plumas de cuervo en un pozo.

Entonces se arrepintió. Una vez más.

¿También perdería a la diminuta mariposa morada?

¿Se podía olvidar también tanta querencia?

La luz frotaba los ojos del sapo de piedra, ya de partida.

Al descubrirlo, aterrado manoteó para alzar su siguiente pertenencia: su morral, el bolso de cuero con correa sudada y broche de bronce percutido. Ya no supo lo que dijo. Ya no supo lo que habló. Canturreó, borracho de desconsuelo, más por la necesidad de gritar y, con su denuedo, sus palabras sonaron tan vibrantes que casi al acto brotó de la sombra una torva y siniestra mujer con el rostro rojo marcado con franjas blancas, aretes de hueso, cabellos de espigas de maguey y ojos sin párpados: una cihuateteo. El espíritu de una joven mujer muerta en el parto que, como una valkyria mexicana, recogía a los guerreros del campo de batalla para llevárselos al séptimo paraíso del cielo azul al lado de Huitzilopochtli, señor de la guerra.

La cihuateteo cogió la correa del morral y el mördyn respingó espantado, olvidando que tenía que soltarla. La mujer se encorvó y le acercó el rostro a la cara, husmeándole las pestañas. Merdo soltó la correa.

—Vendrá —dijo en náhuatl, pero el mördyn la entendió. Ella soltó con la otra mano unos tamales de salsa verde en hojas de maíz. Y se fue.

Y, con ella, se fueron Las Colinas Evanescientes donde había nacido.

Y, con ella, se fue el horizonte verde del despertar montañoso.

Y, con ella, se fue el torrente azul del dormir en el campo.

Y, con ella, se fue el olor a tierra mojada.

Merdo se puso en pie.

Furioso. Devastado.

Sin nada que perder, peló los dientes en una salvaje sonrisa, para burlarse de su destino y para tratar de enfrentar su fin de algún modo digno.

Cogió su ancho cinturón de cuero y hebilla de bronce mellado.

Pero ya no podía hablar.

Trató, pero sólo logró alzar el cinturón y carraspear para afuera.

Y, aun así, fue suficiente. Salió, tarde o temprano, de la oscuridad un hombre moreno vestido con mecates y pencas de maguey. Ah, y dos cabezas, con las dos cabelleras atadas en una sola trenza, como aquel que un día vio Moctezuma en su palacio como uno de los ocho portentos que anunciaron la caída de Tenochtitlán y la horda del infame Hernán Cortés.

El hombre casi doble hizo una cortés inclinación de cabeza y, con delicadeza, acomodó un petate —de esos tapetes trenzados de junco para dormir— en la boca del sapo y cogió el cinturón casi con dulzura.

Le sonrió a Merdo con ambas testas y se fue a su propio cuento.

También se fueron sus hermanos y sus padres, y sus primos y sus ancestros montañoses, y sus perros, y su cama de paja y su morada en un agujero en el suelo, y su chimenea de piedra, y su jardín con arañas coloridas.

Quedó quieto el mördyn. De reojo, vio el sol rodando por sobre el lomo del renacuajo, ya a prisa. Lo embargó el pavor. Luchando por respirar, miró hacia sus cosas y, si primero las desconoció, luego ya no supo qué coger más, incapaz de dejarse perder. Cayó de rodillas y abrazó lo que quedaba, llorando.

Y, frente a él, brotó una mujer, más que saliendo de la sombra, descosiéndose de la oscuridad. Descalza, vestía un blanco huipil empapado, pegado al cuerpo, y una espesísima cabellera de tiniebla le colgaba sobre el rostro hasta el suelo. Señaló el cuerno de cacería entre los brazos del mördyn, y Merdo se lo extendió, de pronto con la facilidad con la que se regala a quien se gusta.

La Llorona cogió el cuerno con una mano y, al mismo tiempo, soltó una caracola blanca, como una *banshee*, en la boca del sapo. Avergonzado sin saber por qué, Merdo bajó la cabeza y ambos se miraron sin mirarse.

Alguna vez, la mujer se fue.

Y también todos los amados años de servicio como escudero para su joven y gentil señor, Caerll Roberfinn, el Caballero Tartamudo, al que quiso como a un hermano menor. Y todos los días de su oficio en que sangró y se enlodó y se embarcó por él y para él y con él. Y todas las veces que habló en su nombre en público, para librarlo del ridículo de su tartamudez.

Se fueron los dos.

Y pronto, también la luz.

Ya sin el cuerno, se levantó para alzar lo más alto posible su amuleto en un trozo de madera de fresno tallado, con el Dragón de Plata y la Reina de las Hadas labrados en un árbol en el que se abrazaban y los dos eran las mismas ramas.

Salió, casi de inmediato, un tlaloque, de aquellos escamados señores salamandra con pecho de tortuga; de aquellos servidores de Tláloc y de Chalchiuhtlicue de los arroyos; aquellos parientes o máscaras, o nombres de sus propios dioses.

El tlaloque le arrebató el amuleto de la mano con la lengua y dejó en su lugar un huaje medio lleno de agua, una de aquellas grandes semillas del árbol del mismo nombre que se usan como cantimploras.

Y mientras, Merdo dejó ir sus bosques, sus lluvias, sus cortezas y savias, sus arbustos y hojarascas hasta el último crujido, sus brumas y nieblas, sus chubascos y lloviznas; miró entre las dos cosas que le restaban, el cilindro de bronce verdeado y cuero, repleto con pergaminos enrollados en torno a unas plumas y un carbón para batir tinta. Allí había escrito todas las aventuras que vivió junto a su amo desde que, tardíamente, había aprendido a escribir. Allí había colectado todas las leyendas que había encarado. Allí había atesorado todos los cuentos que quería repartirle a los más.

Sonrió de lado con nostalgia.

Siempre había querido ser bardo.

Ya no recordaba qué había sido, pero sí sabía que nunca había podido ser el bardo que le hubiera gustado.

Estalló en canto. Creyó que iba a llorar, pero cantó con lo más hermoso y grave de su voz, sin saber de qué. Pero de pronto supo que era la parte más ardiente y escondida de sí mismo; que había esperado pacientemente a que cumpliera con sus dioses, su amo, su familia, su patria, su rey con sus tres reinas... para poder cumplirse a sí mismo.

Cantó y fue bardo.

Cantó y fue, al fin.

Cantó y salió el nahual.

Descendió como un cuervo, como un águila, como un colibrí, soltando, de sus garras, un molcajete, un mortero de piedra para moler. Y, transformándose en una serpiente de cascabel, bajó de la rueda de roca por en medio de la luz, con mucho garbo. Cogió el cilindro de pergaminos con un giro de su cuello y se fue.

Ah, y casi también la luz.

Y al partir sus cantos y sus cuentos, Merdo ya no quiso ni pudo más, y se postró ocultando la cara en la piedra del cuauhxicalli, alzando lo último que le quedaba:

Su nombre en su daga enfundada en bronce verdeado.

Como un último gesto de rebeldía antes de que vinieran los del Ahuizotl por él.

Se fue la luz del renacuajo.

Pero antes, alguien le arrebató la daga de la mano.

Habían arrojado una rata recién cazada en la boca del sapo.

El mördyn levantó la cabeza.

Era el joven perro callejero que había salvado del sacrificio, moviendo la cola, con la daga en el hocico.

Le soltó el puñal en el regazo y le devolvió su nombre.

Merdo lo abrazó, llorando.

PÁSELE MARCHANTE
(*Cuento de hadas para indigentes y perros callejeros*)

¶ INESINA ESTABA ENFERMA.

Así que, si Merdo quería comer y alimentarla, tenía que ir a buscar él solo.

Pero no quería salir del parque.

Merdo creía que no hacía ni un año que había llegado a la Ciudad de México, pero no lo recordaba en absoluto. En realidad no recordaba nada salvo ese “casi un año”. Ni siquiera recordaba alguna familia antes de Inesina, la joven indigente —doncella callejera—, o de Reynaldo, el perro de la calle protogenio —que sabía quién era él frente a un espejo.

Sólo recordaba su nombre. Pero como no parecía sonar a nada, Inesina pensaba que podía ser el diminutivo quizá de “Miguel Eduardo”, “Mercado”, “Edgardo”, “Melitón”, “Everardo”, o algo así.

El viejo Rufino, que habitaba en los arbustos del otro lado de la fuente del parque de San Carlos, que había llegado en los ochenta de Xicotepec, en la sierra norte de Puebla (donde aún se adora al pez de mil colores) y que aún hablaba náhuatl, le llamaba a Merdo el *Quimichtin* (ratón) y conjeturaba que el

Merdo tenía el tipo de venir de por Quetzaltepec del Ohuican, donde había otros como él.

Así que, ya fuera Merdo o Quimichtin, los demás vagarosos del parque le llamaban *el Quimichú*, o simplemente *Michi*, como le decían los franeleros de las calles fronterizas del parque, y que también se aplicaba como diminutivo de *Michingón*.

Otros indigentes del parque desconfiaban y temían a Merdo, convencidos de que era un chaneque o un aluxe, porque no medía ni un metro de altura y, si bien era de pecho ancho y cabeza pequeña, sus brazos y piernas cortas y robustas tenían una afortunada proporción. De modo que, lejos de tambalearse al caminar, se desplazaba con una agilidad y sigilo tan presto que reforzaba las teorías sobre su posible origen chaneque salido de las cloacas, del que daban traza las cicatrices de trabajo en sus manos ásperas y el callo tres veces reforzado de sus pies descalzos, que, eso sí, eran el único signo claro de su deformidad. Tenía los pies muy grandes, los dedos como pequeños camotes y un espeso vello rizado en el empeine, pero si se los tapaba, de lejos casi parecía un niño gordo. Un niño de cuero prieto como lancharo acapulqueño, con mucho de percurido y con unos insensatos pelos negros, crespos y grasosos.

La teoría del chaneque no sólo se sostenía en la apariencia y la falta de memoria —que los que disertaban a la sazón del resistol atribuían a la maldición de algún nahual—, sino por sus modos animalescos: siempre olfateando, con los ojos huidizos y atisbantes, oculto todo el día bajo los arbustos, cuidando a Inesina desde su amodorrado rincón. Ah, y con una extraña repulsión al tíner. Había gatos con más vocación al tíner que el Michi. Eso era lo más sospechoso.

Pamela, transexual y dama del talón que trabajaba sobre la calle Puente de Alvarado enfrente del Museo de San Carlos, a la vuelta del parque, los lunes se vestía con sus mejores colores esperando a sus clientes de los edificios del PRI que estaban por ahí, y mientras, para hacer tiempo, se paseaba a veces por el museo o se iba al parque a leer un poco de poesía. Ella, que había escuchado los murmullos y las conjeturas sobre el Michi y era buena amiga de Inesina, apoyaba la versión de Don Rufino. Argumentaba que quizá pertenecía a algún pueblo indígena originario del interior del país —con algo de costeño, por los rizos y el color— y que no se había encontrado a nadie que hablara su lengua en la ciudad, porque no era raro que a muchos indígenas los encerraran en manicomios creyendo que balbuceaban sinsentidos, sin saber que se expresaban en alguna lengua originaria.

Claro que el Michi no hablaba nada y casi, casi ladraba, mordisqueándose, gimoteando y jaloneándose con el perro Reynaldo, con quien al parecer se entendía muy bien.

En cualquier caso, Merdo no recordaba de su pasado salvo tres cosas: su nombre, su deleite cuando se escondía en los arbustos y un ancho puñal antiguo de doble filo y hoja triangular de bronce, que ocultaba todo el tiempo y que, aunque no sabía de dónde había salido, le era muy presto. Don Rufino decía que “el cuchillo ese tiene pinta de ser una reliquia de familia de los días de la Revolución, cuando mi señor padre y todos sus compadres andaban encuchillados hasta para dormir”.

Don Rufino y los indigentes del parque eran amigos del Michi, pero Inesina, Reynaldo y Pamela eran su familia. Reynaldo era el clásico perro callejero, ligero, orejón, café claro, de pelo corto y hocico puntiagudo, que había salido

de los arbustos desde hacía casi un año junto al señorcito. Él quizás era el único que sabía de dónde y quién había sido su amo antes.

Inesina, sin embargo, no era la clásica chiquilla de la calle. Ya casi señorita, aún había logrado escapar de preñarse bajo coladeras, porque se la pasaba trepada en los fresnos y las jacarandas del parque, convencida de que la habían criado las palomas. Más ojos que cara en la suciedad, canturreaba más de lo que hablaba y discutía más de lo que departía. Vivía de limpiar las sobras del tianguis de los miércoles entre las calles de Zaragoza y Puente de Alvarado, a dos esquinas del parque, o haciéndole mandados a las prostitutas, llevándoles refrescos, papitas y pastelillos. Así se había hecho amiga de Pamela, a quien, cuando le leía en voz alta algún poema en las bancas del parque, Inesina escuchaba fascinada sin parpadear y a veces podía repetir algunas de las estrofas de memoria con sólo escucharlas una vez.

Inesina había sido la primera en ver llegar de entre los arbustos a Merdo y Reynaldo y, desde entonces, habían sido familia. Eran casi como tres perros callejeros. Don Rufino le contaba al busto de bronce del Che Guevara, que se encontraba en medio del parque, que con lo rara que era la chiquilla seguro hasta podría ver a la Llorona si llegaba a pasar por allí.

Pero Inesina había enfermado.

Con los calores como plancha, las lluvias de desagüe y el eterno malcomer, Inesina temblaba en fiebres y Merdo no sabía qué hacer. Nunca salía del parque de día, pero ver delirar a Inesina lo tiró al desespero: tenía que ir en solitario y ver qué sobras podía conseguirle o robarle, porque la sopa de cacahuates que había hervido en una lata ya se había acabado. Tratando de esperar la noche para salir, Inesina

empeoraba y, en lugar de la oscuridad, sólo llegaba el gris de un frente frío. Así que en la tarde no pudo más el Michi y se decidió a salir.

Acurrucó a Inesina bajo los arbustos en su cubil de cartones forrados con plásticos y la cubrió con periódicos, dejándole fuera sólo su carita para respirar. Se atavió para la expedición con todo lo que pudo: sobre los pantalones cafés sin perneras, que se amarraba a la cintura con un mecate, se puso un chaleco cosido de las perneras del mismo pantalón. Se ajustó al mecate un bolso viejo de mujer, remendado con trozos de zapato, donde guardaba unas corcholatas, algunos alambres, tres canicas rotas, bolsas de plástico cuidadosamente enrolladas, una botella de perfume rellena de aguardiente y una aguja de hueso que había tallado de un trozo de barbacoa robado por Reynaldo.

Se colgó al costado una botella de plástico rellena con agua con una correa amarrada a la boca y, como el día avanzaba ventoso y de grises humedades, se echó encima su capa de saco abierto, con el emblema de Maseca, que había hecho que los franeleros le llamaran también *Supertortilla*. Por último, cuidó que la empuñadura de su puñal no asomara del pantalón, oculta como llevaba la funda, atada por debajo con una agujeta.

Y antes de salir, le amarró un mecate de collar a Reynaldo, que el perro portó orgulloso con meneos de cola.

El Mercado de San Cosme sobre la continuación de Puente de Alvarado —en la ruta por la que alguna vez huyó Hernán Cortés de Tenochtitlán en la mal llamada Noche Triste— fue fundado en 1902 por Porfirio Díaz.

Su estructura fue traída desde Francia en aquellos años del muy ponderado festejo de la modernidad, en los que se construyeron la Torre Eiffel y la Estatua de la Libertad. En un principio fue la plaza de gallos *La Vencedora* donde Tito

Guízar filmara algunas escenas de *Allá en el Rancho Grande*. Fue también plaza del *Circo Atayde Hermanos*, hasta que el presidente López Mateos lo inauguró como mercado.

Desde entonces, el mercado de San Cosme se festeja su aniversario de fundación el 27 de septiembre con gran boato, música, pastel para el paseante y tostadas públicas, elaborando piñatas al modo tradicional —no con corazón de barro sino de estructuras de carrizo— para los garrotes de todos. Un día fabricaron una piñata de Cantinflas de más de dos metros y medio de altura para celebrar el centenario de nacimiento del cómico, y en otra ocasión hicieron una piñata de más de cuatro metros de altura con la figura de *El Pique*, la mascota con forma de chile sombrero y bigotón del mundial de fútbol México 1986.

En esos festejos se alza, al final de uno de los pasillos del mercado, un altar a los santos doctores San Damián y San Cosme, que con sus morenos rostros núbiles esgrimen palmas en las manos bajo el Magno Crucificado, guarecido el santuario comercial por un par de ositos elaborados con flores blancas.

Esos ositos son una de las tantas ofrendas florales del organizador de los festejos, Don Agustín Franco, no sólo el dueño del local de flores donadas, sino el único locatario que vivió en ese solar cuando hubo una vecindad en el lugar y que, nacido allí, esperaba con alegría su muerte bajo la decimonónica cúpula de hierro humeada.

Pero, para Merdo, el mercado era en cambio un inmenso cajón de reminiscencias indomables sin nombre.

Habían llegado allí por culpa de Reynaldo. Y es que, para el Michi, las calles eran como áridos ríos negros que temía vadear. Los carros eran pequeños barcos poseídos y sólo era tolerable a su miedo salir del parque acurrucándose por los

islotes de jardineras en las banquetas, corriendo de una a otra, literalmente, a salto de mata. Los árboles con sus sombras verdes eran las fuentes de cordura para tolerar los espacios abiertos. Cuando no, corría por el refrescante recodo entre las banquetas y los carros estacionados, en esas rutas ya probadas por las ratas, que le veían pasar sin mayor susto.

El plan desesperado de Merdo era husmear las calles cercanas al parque de San Carlos, pero Reynaldo, en cambio, se enfiló al oeste sin muchas dudas, obligando tras él al Michi a cruzar la avenida Buenavista, el tan lejos hasta donde había llegado en aquella dirección. Tan sólo dos meses atrás tenía un camellón con algunos pastos, palmeras y arbustos del respiro, pero ahora, por obras, había estallado el camellón en polvos, zanjas, campamentos de hombres en cascos amarillos y chalecos naranjas, arreando a los lentos y voraces monstruos de los trascabos.

Cruzó Merdo el camellón en obras por una pequeña brecha de tierra y, resoplando del otro lado de la calle, detrás del puesto de un bolero frente a la oficina rosa de correo, miró con resentimiento al perro. Pero dándose las de valiente, mientras jadeaba, comenzó a darse cuenta de que ni los trabajadores de la obra, ni el bolero, ni su cliente se inmutaban con su presencia, y más aún: ni siquiera lo miraban de reojo, como si fuera invisible o no existiera.

Confundido, siguió a Reynaldo por la calle, comprobando que los transeúntes con los que se cruzaban volteaban a mirar al perro con cierta simpatía, pero él, no más que un maloliente indigente callejero, no tenía lugar para sus miradas.

Y aturdido por este descubrimiento, fue que Merdo se distrajo, dejándose guiar un poco más hasta el filo de una calle mucho más amenazante que Buenavista: la avenida Insurgentes.

La tronadera de carros era por sí sola una tormenta de chirridos, zumbidos y crepitares. Y tenía camellón, oh sí, pero en lugar de árbol alguno, se alzaban a la distancia, hacia el norte y el sur, unas casas de cristal con altas plataformas donde la gente esperaba para abordar inmensos autobuses carmesíes, que anonadaron a Merdo entre el horror y la maravilla.

Y peor aún. La ciudad seguía más allá.

Mucho más allá, sospechaba.

Temblando, giró los pies el Michi para volver a la cacería en sus rumbos cuando encontró la mirada de Reynaldo. Lo esperaba en una esquina por la que habían desembocado a Insurgentes, entre un banco Banorte y una pizzería Domino's, ambos bastiones de pulcros ventanales y rojos adinerados; como un umbral hacia las profundidades corporativas de allende.

Con las orejas paradas, el cuello muy inhiesto y la cola juguetona, el perro lo esperó, le frotó el hocico negro contra la mano. Cuando los semáforos cambiaron de humor sus luces, intercambiando los verdes por los rojos, el flujo del terror pareció menguar y partirse. Entonces Reynaldo cruzó la avenida con cadenciosa confianza, y Merdo, resoplando como un niño en su primer día de escuela, entre la curiosidad y el llanto, cogió la empuñadura de su daga por debajo de sus pantalones y corrió detrás del perro callejero.

Los vientos abrigaban a los paseantes en sus chamarras y chales, y algunos negocios cerraban ya prematuramente en el domingo frío cuando el Michi y el perro deambularon a lo largo de la calle de Edison a través de la colonia San Rafael. Doblaron al norte casi casualmente por la calle de Rosas Moreno y sus encajonados arbustos, hasta la esquina de García Icazabaleta, donde se atrevió Merdo a alzar la mirada de entre los carros y la banqueta para mirar un edificio viejo y

sin muros en los pisos altos, crujidos en ramas, donde algunos árboles le habían crecido a las ruinas entre las terrazas rotas. Y esa visión del arbolado caos en aquella derruida morada sin hombres parecía un risco perdonado de su urbanidad por los zarcillos, armonizando, al fin, de nuevo con los vientos.

Y a un poco más de doblar dos esquinas, alcanzaron el mercado de San Cosme. Pero por mirar el risco ruinoso que le supo amable a Merdo, se retrasó del paso de Reynaldo, ya a la prisa, y llegó a las puertas del mercado para ver la cola y los cuartos traseros del perro doblar al interior de aquella extraña morada, de aquella caverna roma, de aquel panal de umbrales coloridos y oscuridades olorosas.

Antes de cruzar tras de Reynaldo, se detuvo el Michi en el portal de flores, espinado del aroma de cremas dulces y frescas, de las rosas lilas, rosas rojas, rosas rosas, rosas blancas en rojo bordeado, entre los corros de flores puntiagudas naranjas y azules de las aves del paraíso, las cabezas tonsuradas y amarillas de los girasoles y los montículos de blancas margaritas.

Y aquella suave y fresca ola olida avasalló a Merdo con más potencia que el bramor del metrobús y le cerró la garganta con más rapacidad que el smog, porque de pronto se halló parpadeando, bogando con un incierto sabor de hogar en la boca, pero sin poder discernir o fragmentar la amnesia que le había robado su patria junto con sus días.

De pronto descubrió que lo miraban. El viejo vendedor de mandil y bigote blanco. La señora del vestido floreado y aretes rojos. Le miraban. Como si el encantamiento de la miseria aborrecible que lo protegía se hubiera desvanecido, tan lejos de su parque patria, a más de dos avenidas y un manojo de calles de distancia.

¿Y Reynaldo? Por ningún lado.

Merdo, del susto, tomó al frente y luego a la izquierda entre los pasillos, para huir de las miradas. Pero como una mosca embistiendo una telaraña, al contrario, crispó más la atención de los siguientes marchantes que se topó: las señoras con sus bolsas de mandado de inacabada gula o los amos de los puestos al final de la pendiente arriba de sus frutas, que ascendían entre montículos hasta la corona de estampas religiosas detrás de los vendedores.

Escuriéndose hacia donde pudiera, sólo de reajo pudo Merdo robarle a los puestos los colores de las peras color perico, las manzanas cardenales, los plátanos tucanes, las uvas colibríes y las tunas quetzales, verdes crispantes y moradas inesperadas.

Y mientras corría por el pasillo de la fruta, los dulzones del aire de emplumados arcoíris le tendieron un hilo al cuello, estrujándosele no sólo con el hambre, sino con la consecución súbita de palmotear en la oscuridad de su mente, no ya solamente la memoria invisible de su patria, sino también algunas extraviadas alegrías, inesperadas gracias huidas y risas ignoradas de días de sol de los que Merdo había perdido el horizonte.

Entonces se detuvo ante el muro de cristal de la cremería, con sus troneras de quesos y sus torres de jamones, en los que las caras sin rostro de los padres de Merdo lo atravesaron como espectros de olor amargo, y no supo si la boñiga era su infancia que lo alcanzaba o si se trataba de algún otro eco del mercado.

Detrás de él, las miradas que lo perseguían se espesaban en murmullos y, de un mirar sobre su hombro, encontró los rostros violentados en extrañeza y desaprobación. Y tal como el peso de una mano sobre otra, los ojos se le amontonaron encima, hundiéndole la cabeza entre los hombros ante su impúdica miseria hedionda a orines, carroña y jugos de basura.

—¡Reynaldo! —llamó el Michi, queriendo emprender la huida. Pero sin poder atreverse a volver atrás entre las caras ásperas, se adelantó a otro pasillo, doblando hacia un largo desfile de pollos descuajados sobre blancos manteles de plástico y, más allá, bardas de lívidas cabezas de cerdo y colgantes chicharrones, antes del cerco a izquierda y derecha de magníficas lonjas de carne del tamaño de su pecho, turgentes bermejos sin sangre en blancas grasas de asar. Por un instante, no pudo Merdo evitar borrar las miradas inquisitorias que lo cercaban, con el hambre y torvo antojo sabroso de lo crudo, que le palmeó la cara con la certeza de que no le eran desconocidos a su puñal cortar y comer. Y por unos momentos se sintió de pronto bravo al reconocer cómo cruje el músculo vencido bajo el filo cuando el hambre agobia y, sin embargo, también lo embargó un profundo respeto por aquellas bestias caídas, a quienes no les habría tomado a mal que se hubieran alimentado de él, llegado el caso.

Terminó el pasillo en una emboscada de especias como un estornudar de regiones caminadas, donde las picazonas seductoras, como libros abiertos, lo hicieron recordar dejes de nunca dibujarse de salados camarones en costas de gaviotas, frutas secas en los otoños hojarascos, dulces de tamarindo crujientes colgando de los calores de grillos, aceitunas anegadas en brisas soñolientas, mañanas ahumadas en los moles o bailes risoteando piloncillos.

Y sonrió, sin saber que lo hacía.

Porque recordó que no recordaba nada.

En el vacío, supo al fin que se quería lleno.

Y moverse no se atrevió durante el estirar de algunos instantes,

respirando algún “yo” que aún podía ser.

Allí y así lo encontró Reynaldo doblando la esquina, y los dos reanudaron la carrera, ya declarada la ruta franca de huida con los gritos indignados de los marchantes y los mercaderes, doblando ambos al fondo del mercado para atravesar una fonda con aroma de fideos y tortillas nuevas, saliendo por el otro lado a las rampas de descargar, donde acababa el mercado y se desbordaba el mar de la ciudad fría al oleaje de una tarde de claxons.

Con un chorizo largo y rojo en el hocico de Reynaldo.

Desenrollaron las calles a toda prisa y, más pronto de lo que esperaban, volvieron al ancho curso rugiente de Insurgentes. Comenzó a lloviznar y los faroles se desperezaron, y ellos se detuvieron ante el torrente de luces de los carros.

Rieron de buena gana, uno a carcajada y el otro con la cola. Abrazó Merdo del cuello a Reynaldo, le tiró del hocico la mitad del chorizo para que el perro se masticara y engullera su botín a su antojo, se amarró el Michi el otro trozo al cinto y se bebió un largo trago de su botella, dándole después de beber al perro haciéndose cuenco con la mano.

Las luces de los semáforos impusieron sus voluntades y los carros amarraron las riendas, rugiendo impotentes sus motores, mientras los últimos transeúntes del domingo cansado y gélido pasaban de la colonia San Rafael a la Tabacalera, y Merdo y Reynaldo con ellos.

Ya habían cruzado el arco del triunfo del Domino's Pizza y el Banorte de la calle Ignacio Mariscal hacia casa cuando, al doblar a zurda en Ezequiel Montes, en la esquina de un edificio abandonado, se toparon de frente con Héctor Larrazábal y Romeo, su mastín.

Héctor Larrazábal solía salir en las tardes a pasear a su perro por el Monumento a la Revolución. Aburrido de vivir de rentas y amargado de tener que cuidar de su madre a sus

cuarenta años, con rencores enmohecidos por haber perdido los privilegios de su juventud —cuando su padre era diputado— y de haber perdido una novia, hija de embajadores, que se casó con otro porque nunca lo vio despegar, Héctor era el tipo de persona que gustaba de echar a pelear a su mastín para probar sus logros y hombría. El Romeo le había sacado un ojo y reventado el vientre a un french poodle, le había arrancado los genitales a un chihuahueño y de los perros callejeros que había matado, nadie se interesaba en llevar la cuenta.

Y Reynaldo era un provocador.

Los perros en general lo odiaban, y a él no le importaba porque idolatraba a los humanos por su astucia, aun la maligna. Solía orinarles en la cara a los perros guardianes detrás de las rejas y ladrarles a los perros ajenos al parque de San Carlos con la impunidad de la protección de Merdo, aunque a los perrillos más pequeños que él solía llevárselos consigo a comer al parque.

Con todo, ante el mastín de frente, pardo, ancho de hocico, pesado de pieles y gutural de voces... al tenerlo cerca, encogió Reynaldo las orejas contra el cuello y metió la cola entre las patas. Pero el Romeo, ante su dominio y el olor del chorizo, no bien lo tuvo cerca, ni siquiera le ladró sino que le echó el cuerpo encima, y Reynaldo, muy sensatamente, se tiró al suelo para mostrarle la panza sumiso. Mas el Romeo, sabiendo lo que a su amo complacía, se dejó al enojo y le tarasqueó a Reynaldo entre las piernas, mordiéndolo de los testículos y sacudiéndolo, reventándolo en chillidos rotos.

Merdo se había quedado quieto al ver llegar al mastín —al que de pie casi tenía a la altura de la cara—, esperando cumplir con la ceremonia de sumisión para volver al poco a casa, a Inesina. Pero ante el dolor de su perro y el olor de su propio miedo, su mano recordó antes que él y desenfundó el

puñal justo cuando Héctor se encendía un cigarro debajo de su paraguas. Y éste, al ver refulgir el fierro a la luz de las farolas, dio un brinco atrás y llamó al Romeo ahora sí a apaciguarse.

El Michi aun así tajó preventivamente el hocico del mastín tan sólo para apartarlo de Reynaldo, pero si el Romeo en otra hora del día con eso hubiera dado por rematada la pelea, ya con sangre en el hocico, la cortada del filo lo azuzó y soltó a Reynaldo para girarse contra Merdo con un gruñido ronco.

Brincando atrás y bajando de la banqueta, el Michi se cubrió de la carga del mastín con su capa de Maseca, tratando de confundirle. Pero el Romeo le cogió al vuelo la capa y, agitándola de un lado a otro, torció del cuello a Merdo y dio con él por tierra, y esta vez, en lugar de la entrepierna, le buscó la cara al Michi. Mientras tanto, Larrazábal, azorado, reiteraba los gritos al Romeo, pero sin adelantarse a jalarlo del collar, sin querer tirar el cigarro ni soltar el paraguas.

Merdo, en el suelo, levantó el brazo del puñal ante la carga del mastín. La punta se hundió en la cruz del pecho con todo el peso del perro encima, parando en seco al Romeo y respingándolo atrás con un chillido lastimero que recordaba sus días de cachorro.

Ahora sí, Héctor Larrazábal comenzó a llamar a la policía, corriendo hacia la esquina del Banorte por si allí rondaba alguno. Y Merdo, no bien reuló el mastín, se levantó a medias y, aprovechando el aturdimiento del Romeo y temiendo grandemente por su vida y la de Reynaldo, le apuñaló el cuello, esta vez plantando los pies y, con toda la carga del brazo armado, hundiendo el filo hasta la empuñadura, trozando la garganta y rebanando la yugular. El Romeo trató de retroceder tambaleándose, y aprovechó el Michi para empujarlo y derribarlo, para así, sin sacar del todo

el acero, acabar la agonía del Romeo, apoyándose con todo su peso, rebanándole medio cuello y, después de ocho tajos prestos, cortarle la cabeza entre grandes salpicadas.

Cuando Héctor Larrazábal volvió con los policías, sólo encontraron la cabeza del Romeo con la lengua de lado y una fuente oscura de sangre que se vertía banqueta abajo, pero que entre el asfalto nocturno y la lluvia se confundía en cierto ángulo bajo las farolas.

Pero ni Merdo, ni Reynaldo, ni el cuerpo del Romeo habían esperado.

La policía dio cuenta por pago adelantado del interés de Larrazábal, despertando a dos patrullas de la zona, peinando la Tabacalera. Pero el rastro de la sangre bajo las luces le daba la vuelta a la cuadra hasta las cercanías del Hotel Edison, donde los policías pasaron a buscar al “indigente psicópata” y donde se entretuvieron largo rato discutiendo con el gerente del hotel, hasta lo que le alcanzó a Larrazábal la mordida.

Pero nadie se fijó en que cerca de la entrada del Hotel Edison había unos arbustos espesos. Y nadie se asomó debajo de la fila de automóviles estacionados. Y nadie volvió a la esquina del pleito, enfrente del edificio abandonado, donde el candado fue forzado a esa hora de la noche y donde se refugió Merdo, que había jalado de Reynaldo por el collar con una mano y arrastrado al mastín de la pata con la otra.

Entre la humedad a cemento viejo del edificio abandonado, advirtió el Michi los excrementos frescos, una carretilla y herramienta por ahí tirada, pronta a ser usada. Pero Merdo no pensaba esconderse más que unas horas antes del alba.

Amarró el hocico de Reynaldo sentándosele encima, para coserle la entrepata con la aguja de hueso y el hilo de cáñamo, rescatándole un testículo, y después bañó la herida abundantemente con todo el aguardiente de su botellín, mientras el perro se retorció debajo de él.

Desventró al Romeo y puso sus vísceras en una bolsa de plástico, que dejó en una esquina como ofrenda al espíritu protector del lugar; escalpeló al mastín para tener una buena piel y abrigar a Inesina, y luego cortó en trozos el cuerpo, guardando el botín en otras bolsas. Después se revolcó entre la tierra y el cemento para apelmazar la sangre que lo cubría en una capa espesa de suciedad percutida. Salió entrada la noche abandonada, de vuelta al parque de San Carlos.

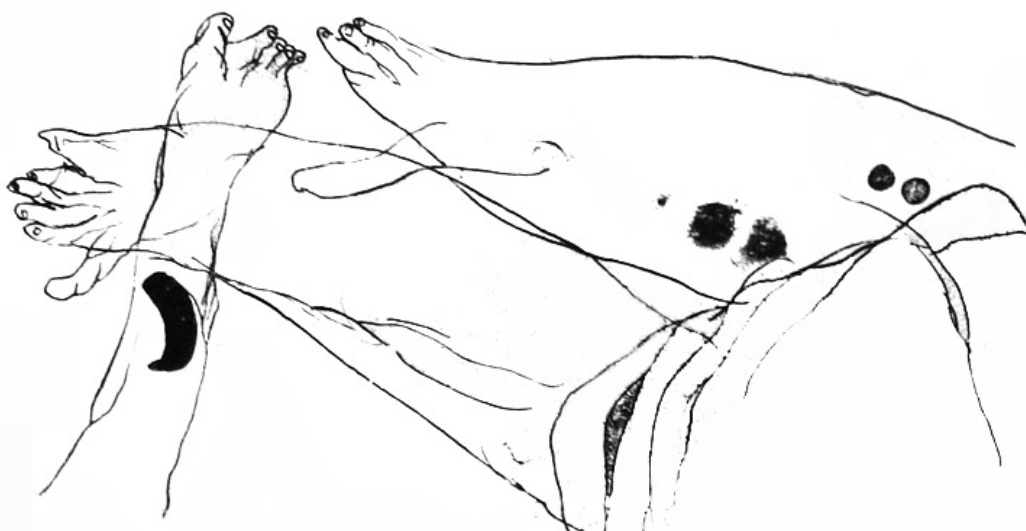
Al día siguiente, Pamela, transexual de Puente de Alvarado, pasó como todos los lunes al parque a leer un poco, esta vez a Gorostiza, y descubrió que había un festín. Al parecer, un buen cristiano, quizá cumpliendo una manda a San Judas Tadeo —santo de las causas desesperadas—, que tenía su pululosa iglesia a unas cuantas cuadras, le había llevado un paquete de carnitas a los indigentes, que ahora las asaban en un bote, sabrosas aunque algo chiclosas. Se habían acercado a compartirse algunos vagabundos vecinos del parque Vicente Guerrero, más al este por el Metro Hidalgo; también unos franeleros del Monumento a la Revolución, que habían llevado las tortillas; y hasta unos policías que contaban que quizás el famoso Mataperros de La Guerrero se había comenzado a descolgar por aquellos rumbos.

A Pamela le importó más ver a Inesina tan enferma. Había pasado una noche mortal, pero al fin en la madrugada había recibido de las tales carnitas. La sexoservidora le dio unos antibióticos de ciprofloxacina —que siempre cargaba en el bolso para las enfermedades venéreas menores—, y con las pastillas y los calditos, Inesina se puso mejor.

Merdo, desde un rincón, se acercó a las dos muy sonriente, con unos grandes y succulentos tacos de carnitas y chorizo para ellas sobre una bolsa de plástico.

Reynaldo, en un rincón bajo los arbustos, tenía la cara triste pero orgullosa.

SEGUNDA PARTE
HADAS EN
CHAPULTEPEC
(CUENTO DE HADAS PARA
TROVADORES TRAVESTIS)



USTED ESTÁ AQUÍ

¶ EN EL ANTIGUO MAPA DE LA CIUDAD DE MÉXICO se veía a unas hadas danzando alrededor de un rey grillo en el cerro de Chapultepec.

Pamela, transexual, descubrió lo mucho que le atraía el dibujo de esas damas con alas de libélulas, tan distintas a las de Disney; tan eróticas y salvajes, empoderadas. Como ella, que no había nacido para ser un tal Arturo Gómez Velázquez de Iztapalapa, sino que prefería ser dama del talón, sexoservidora de la calle Puente de Alvarado en muy ásperos días, pero más cabales para soportarse a sí misma en el espejo.

Los tres amigos de Pamela, curiosamente, de entre toooodas las extrañezas y bizarrías del mapa antiguo también señalaban emocionados a las hadas de Chapultepec:

Inesina, la jovencita indigente, doncella de la calle que nunca había visto el dibujo de un hada, quedó maravillada de que los trozos de sus sueños estuvieran fuera de su cabeza frente a sus ojos y que alguien más los hubiera capturado mucho antes de que ella naciera. Decía que la habían criado las palomas y solía treparse a los fresnos y las jacarandas del parque de San Carlos. Más ojos que cara mugrienta, de

crespos rizos tiesos y vestida en harapos lo más coloridos posibles.

Merdo, el enano indigente que no recordaba de su vida salvo su último año viviendo en el parque de San Carlos junto con Inesina y cerca de Pamela, se puso en pie muy serio observando con detenimiento a las hadas, porque sólo de mirarlas sentíase querer recordarlo todo. Le decían el Chaneque por su talla, o *Supertortilla* por su capa de saco de Maseca, y también el Michi, porque se cargaba bajo los pantalones un viejo puñal que ni él sabía cómo había conseguido, pero como sacaba la cara para proteger a los demás indigentes del parque, era para ellos su *Michingón*. Extrañamente no estaba malformado, y si bien corto de partes y robusto, lo más extraño de su aspecto eran unos pies descalzos desmesuradamente grandes para su talla y velludos.

Reynaldo, el perro callejero, claro, ligero, hocicudo, como un zorro arrabalero o un coyote baquetón, ladró moviendo la cola, husmeando el mapa y las figurillas de Chapultepec. Solía ser silencioso y provocar desmanes por curioso y entrometido, pero rara vez ladraba; así que Pamela lo miró asintiendo y le dijo:

—Tienes razón, mi rey. Vamos a Chapultepec, que seguro por eso diosito nos mandó a Don Manuel con esta bolsa del Oxxo con refrescos, atunes y galletas.

Don Manuel Pontes Larraguível pertenecía a una de las treinta familias millonarias que gobernaban, opulenta e impunemente, el Estado mexicano, con sus más de cincuenta millones de ciudadanos embrumados en la miseria.

Su abuelo, Don Rubén Pontes Creel, había sido un hacendado henequenero de Yucatán, de aquellos que habían hecho uso de la mano esclava de los yaquis, que Porfirio Díaz había reprimido y enviado al infierno sudoroso.

Don Rubén esperaba que el único hijo varón de su único matrimonio legítimo aprendiera el oficio de la administración y heredara sus fábricas, pero su hijo Cardenio, que no sólo por los esclavos despreciaba a su padre, huyó de muy joven y se abrió paso hacia el norte para inmiscuirse en los tormentosos laberintos de la Revolución Mexicana. Primero en clubes reyistas, para pasar a apoyar a Madero y, tras la decena trágica, rebotó de bola en bola, de un general a otro, primero con los carrancistas, hasta que el 4 de diciembre de 1914, oculto en una casa de Xochimilco, observó el encuentro de “los enemigos” del carrancismo y, cuando Villa y Zapata se dieron la mano y sus tropas se sacaron los sombreros unos con otros, Cardenio se unió a los curiosos y escuchó aquí y allá lo que unos y otros se decían, y sintió que las orejas le crecían con las proclamas de repartos de tierra al sur y la construcción de escuelas al norte. Y sintió que el pecho se le limpiaba de los esclavos henequeneros que había sufrido toda su infancia cuando se unió a la bola de esos dos titanes bigotudos y sombrerudos dispuestos a devolverle el país a los tantos agachados.

Pero Carranza mató a Zapata y Obregón a Villa, y el entonces coronel Cardenio, como muchos otros oficiales, a la muerte de Carranza y Obregón, terminó en las filas de Plutarco Elías Calles. Y después, con más gusto, del general Cárdenas del Río, y todavía más gozoso cuando se unió a los camisas rojas de Garrido Canabal en Tabasco y cerraron las iglesias y las cantinas y construyeron escuelas rurales.

Entonces murió su padre, Don Rubén, y heredó el coronel Cardenio una fortuna todavía más inmensa que la que había recibido su padre antes que él. Y pensando que el reparto agrario y la expropiación petrolera del presidente Cárdenas mal que bien le habían hecho justicia a sus yaquis

henequeneros, se dejó acunar por la riqueza y se dedicó a cultivar sus propios millones y sus propios hijos ilegítimos.

Manuel Pontes Larraguível era, pues, el hijo del coronel Cardenio y de Teresa Larraguível Limantour, una de las hijas no sólo de millonarios, sino de quienes presumían la alcurnia de haber sido mimados por Porfirio Díaz, de haber pertenecido a la corte de Maximiliano y Carlota y de haber sido alguno de los caballeros ungidos por Iturbide.

Pero como su padre antes que él, Manuel era un seso inquieto desde pequeño y se dio a la lectura con gran vocación, incomodando continuamente a su familia con un desparpajado ateísmo y un juarismo que, si en un principio anunció para molestar a su mamá, terminó abrazando con tal brío que hasta se metió en la masonería... para el secreto gozo de su padre, que ocultaba su vida previa a su nueva familia.

Sus parientes toleraron a Manuel con los mismos gestos con los que atendían a sus primos retrasados mentales —por los frecuentes matrimonios entre familias conocidas, para no dejar desbandar las herencias— y resolvieron la incomodidad del mismo modo en el que solucionaban sus demás problemas: arrojándoles dinero hasta que desaparecieran. Ya muerto el coronel Cardenio, su madre aprovechó la turbulencia de 1968 para mandar a su hijo a viajar fuera del país y alejarlo de la tremenda represión que arrasaría en México a los librepensadores.

Así que Manuel Pontes vivió muchos años en el extranjero. Estudió antropología, sociología, filosofía. Nunca se casó. Sólo con un suéter, se tiró en la estepa mongola a mirar las estrellas, y un día que visitó con unos turistas un templo tibetano, se salió de la fila y deambuló sin que los monjes lo detuvieran hasta encontrar una pequeña cúpula de ladrillo rojo que había recordado toda su vida, y que creía haber visto de niño en Yucatán.

Pero no. Nunca antes la había visto. Mas la conocía de siempre.

Así que se hizo budista. Y regresó a México ya de mayor. Sus parientes en el gobierno lo llamaron como asesor de asuntos inexplicables concernientes a los archivos nacionales. A él, que había visto mucho mundo y contemplado lo extraño con renovados ojos... y que pertenecía a una familia “confiable”.

Allí descubrió, arrinconado en el Archivo General de la Nación, el mapa del que había escuchado tiempo atrás entre las altas esferas de la masonería (*el* mapa legendario que había estado a resguardo de la logia del *Águila Negra* de Vicente Guerrero y que habían tenido en sus manos, de menos, Valentín Gómez Farías y Benito Juárez). La nueva administración estaba a punto de incinerarlo, como aconsejaba otro de los consultores sobrenaturales: un obispo.

De modo que, antes de la destrucción programada, Don Manuel se robó el mapa y, sabiendo que como cualquier otro individuo que proporcionara servicios al gobierno se hallaba en estrecha vigilancia, metió la cartera vetusta de cuero donde descansaba el mapa en una bolsa de plástico con viandas compradas en una tienda de autoservicio, para regalarle el paquete a Pamela. Su Pamela. El joven... la joven prostituta... prostituta que solía contratar en los últimos años con cierta frecuencia, las más de las veces para platicar. Incluso le había regalado libros de poesía para que ella se los leyera en voz alta, con lo que Pamela terminó aficionándose a la lírica por su propia iniciativa, primordialmente de Gorostiza y López Velarde. A Don Manuel le parecía que el mapa estaría mucho más a salvo con una chica tan generosa y decente como ella que en los oscurantistas tugurios de Gobernación.

Aquella tarde, pues, Pamela lo vio llegar al parque de San Carlos, donde ella aprovechó el tiempo libre pagado para visitar a sus amigos: Inesina, Reynaldo y *Supertortilla*. Don Manuel, como siempre, aunque con más de setenta, andaba con el brío de la buena comida y la entera convicción, con el pecho echado adelante, la gran cabeza calva y un sencillo traje marrón de corte de los 70.

Don Manuel apenas se comió un helado con ellos, se terminó su agua mineral, se fumó medio cigarro y, una vez convencido de que tenía toda la atención del coche Lincoln blanco de Gobernación, se despidió cariñosamente de Pamela y con un saludo de los demás, y tomó un taxi para visitar a los únicos sobrinos que aún querían verlo cuando estaba en México, así fuera sólo porque lo recordaban como el viejo loco que les mandaba artesanías asiáticas y africanas y, aunque para ellos eran sólo “porquerías de salvajes”, su herencia no sería de despreciar.

El taxi se fue. El Lincoln blanco tras él.

Y buscando una sopa instantánea, Pamela encontró, dentro de una gruesa bolsa de plástico gris etiquetada, la cartera antigua de cuero negro del tamaño de una liebre. Negra, aceitada, cuarteada por los bordes y con unas hebillas. Era un estuche como de cartero de finales del siglo XIX, aunque para los amigos del parque no era sino solamente en extremo bonita por su simpleza, sencillez, practicidad y evidente durabilidad, todo ello tan ajeno de cuanto se veía en la basura y en las calles.

Y dentro, con olores ajenos de hongo amargo y cuero seco, envuelto en un suave lienzo amarillo, el mapa. De piel recubierta con una suerte de fino plastificado que evitaba que las secciones cuarteadas por los dobleces se desprendieran. Lo extendieron entre la fuente seca y el busto de bronce del Che

Guevara al centro del parque, colocándole los refrescos en las esquinas para evitar que se replegara, y entonces buscarle forma a los casi dos por dos metros del extraño portento romboidal repleto de farragosidades, bizarrías y barruntadas, que tardaron largo tiempo en asimilar.

Era la Ciudad de México.

Más o menos.

Muy más o menos, de hecho.

Veamos:

Evidentemente diversas manos lo habían trazado en distintas épocas y con tintas varias. Al centro, el mapa de Tenochtitlán en un sepia descarapelado, donde se discernían los templos principales y los contornos nítidos de las islas. A su alrededor se desplegabá, en un ocre más oscuro, el trazo novohispano del primer cuadro de la ciudad y, en un tercer círculo consecutivo, estaba el trazado del siglo XIX de lo que correspondería a la actual delegación Cuauhtémoc.

Sobre los edificios y entre las calles había dibujos inquietantes de criaturas fantásticas como las de los mapas medievales: una Santa Muerte en el barrio de Tepito, pero que estaba dibujada como la Mictecacíhuatl, la señora del inframundo mexicana, pero que si uno miraba de rápido, parecía más bien una niña blanca de largo vestido y cabellos en el rostro, como representando a la Llorona, pero también a una *banshee* de la mitología celta.

En el zócalo de la capital, donde estaba un sello del águila devorando a la serpiente sobre un nopal, alguien había picado sobre la cubierta plástica con finura y maestría, añadiendo una plasta oscura para plasmar allí junto otra águila hundiéndose en un estanque (¿de petróleo?), luchando para que no la devorara la serpiente... Pero si se prestaba atención, había un dibujo, quizás a lápiz, del otro lado del sello, donde

en lugar del águila sobre un nopal se trataba de una serpiente emplumada con garras a punto de devorar a una rata con lentes oscuros.

Sobre la catedral del Centro Histórico habían pegado la estampa de un grabado grotesco del siglo XIX con una gárgola demoniaca y lasciva con mitra y sotana de obispo, arrastrando niños escuálidos debajo de sus faldones. Y otro autor había replicado en los cimientos de la catedral la imagen de la gárgola obispo, pero que ahora tenía una expresión de lo que podría ser terror o repulsión ante el exvoto de un Cristo caminante con forma de unicornio, junto a quien los niños parecían salvos y felices.

En la basílica de la Villa había un diseño antiguo de una Coatlicue que daba base a una Virgen de Guadalupe, que tenía arriba los íconos de otras tres diosas: la hindú Kali de muchos brazos, destructora y renovadora; la Danú Madre Tierra Céltica, y la Mut egipcia, vaca y leona de la creación.

En ese tenor pululaban los íconos, los blasones y las enseñas de la parte más antigua de la ciudad en medio del mapa. No obstante, todas las zonas conurbadas que se habían desarrollado en la segunda mitad del siglo XX constituían el cerco exterior del plano, en un marasmo caótico de viejos sellos postales mezclados con etiquetas de mercancías fuera de circulación, recortes de periódicos y añadidos de papel maché entrelazados con zonas coloreadas en crayolas, manotazos de pinturas deslavadas e incluso secciones cosidas sobre la cubierta de plástico.

En tan dispares estilos se manifestaban, en la periferia de la Ciudad de México: al norte, un páramo ennegrecido y arruinado donde retozaban dos tipos de dragones: largos gusanos de escamas de maquinarias y fábricas, y otros terribles obesos etiquetados como Wal-Mart, Monsanto o

Soriana. Al sureste, una flecha que señalaba hacia el volcán Popocatepetl, donde se mostraba el corte transversal de un huevo con una serpiente emplumada en llamas en su interior. Al este, tentáculos de krakens brotando de la última sección existente del lago de Texcoco y, en el confín oriental hacia la sierra del Quetzaltepec y el monte de Tláloc, unas letras que emulaban un diseño arbóreo *art-nouveau* etiquetando “Las Colinas Evanescentes”.

En todas las áreas verdes de la ciudad pululaban las figurillas de duendes, chaneques, licántropos, nahuales y serecillos humanoides con patas de grillo... Aquí o allá por Milpa Alta, Ciudad Universitaria, Viveros, el bosque de Tlalpan, de Aragón... De hecho, con sólo fijarse un poco, no había área verde o parque de la ciudad que no tuviera alguna criatura sobrenatural como un topo con lentes, un gato con botas, un niño montando una rana, una niña montando una lagartija o un gnomo burócrata en una oficina de corcholatas.

Así fue como, casi sin querer pero inexorablemente, encontraron a las hadas del mapa, con sus alas de libélula o de mariposa, bailando alrededor de un rey grillo en la colina de Chapultepec, rodeadas de otras tantas damas de poder, otro tanto feéricas, como sirenas junto al lago, driadas de ahuehuate, valkyrias-cihuateteos o doncellas cisne en ballet.

—Esta soy yo —dijo Inesina señalando a una de las damas árbol más pequeñas.

—Mmm, y yo como entre ésta y ésta —respondió Pamela apuntando a una sirena y a una ninfa sensual—. ¡Vámonos, pues, a pasar la tarde allá! Y para que nos rinda la comida para más tarde, yo los invito de una vez a desayunar algo en el camino.

Mientras comenzaba a doblar el mapa, Merdo, trepado aún encima, husmeaba casi de cara al suelo el plano con gran

fascinación y con una alegría que no le habían conocido, negándose a levantarse. Con uno de sus dedos de la mano derecha quieto sobre la Plaza del Aguilita, donde había el dibujo prehispánico de un Ahuizotl (un perro negro con una manita en la cola), seguía con su otra mano hacia el oeste por sobre el remolino de polvo de las ruinas en metro Pino Suárez —donde se encontraron Moctezuma y Cortés por vez primera—, rastreando y siguiendo entre las callejuelas hasta Madero —con lagartijas vestidas de catrines—, y luego la Alameda —donde se enfrentaba en torneo medieval un caballero águila contra un caballero jaguar en un fragmento de *El sueño de una tarde dominical en la Alameda Central* de Diego Rivera. Más adelante aparecía la Iglesia de San Hipólito, con un San Judas Tadeo bailando del brazo una jiga con Pepe El Toro; después, la calle Puente de Alvarado —con el tal infecto capitán de Cortés saltando con una lanza a una chinampa, huyendo en la Noche Triste de una guerrera jaguar—, y finalmente el Museo de San Carlos...

Y detrás, un pequeño parque:

Con una serpiente emplumada abrazada en amores con una dama flor.

Quetzalcóatl y Xochiquetzalli.

Junto a un ratón escribiendo en un pergamino.

Una niña árbol.

Y un perrito con matraca.

ANDANDO Y MIANDO

¶ —¡ÁNDENLE! NO LES PASA NADA... Confían en mí, ¿no? —les dijo Pamela a Inesina y a Merdo, que estaban al borde de la banqueta, sin animarse a bajar a la calle. Reynaldo movía la cola junto al transexual, mirando casi divertido a sus amigos.

Inesina se mordió el labio, nerviosa. Merdo se balanceó en sus grandes pies, resoplando y frotándose las manos, mirando el asfalto como si estuviera a punto de lanzarse desde un trampolín.

—¿Y no es feo así como vives? —le preguntó de pronto Inesina a Pamela—. ¿No las obligan? ¿No me vas a vender con tus hombres, verdad?

Pamela soltó una carcajada.

—¡Ay, linda! De verdad... —le respondió—. Yo estoy en la calle porque quiero, pero te digo, sí, la verdad es que hay mucha, pero mucha trata por allí, de hijos de la chingada que venden niños, niñas, mujeres, de todo... Pero al primero que se te acerque le voy rompiendo su puta madre. *Ira* —y se sacó en un solo movimiento su zapato de tacón, empuñándolo hábilmente con la punta hacia adelante—, y

mira —y flexionó el brazo alzándose la blusa, mostrándole un fornido bíceps de cargador—, y ni te digo de mi bolso, que a cualquiera descalabro con lo que llevo... ¡Y tengo piernas de futbolista! Eso sí, bien rasuradas, porque si no me quiero yo... ¿quién?

Inesina la miró a los ojos.

—¿Cómo puedes ser tan valiente?

—¿Yo? —le replicó Pamela con un mohín de sus labios naranjas—. ¡Si tú eres la que duerme al raso, mi linda! ¡Ándale que la que tiene los poderes de las palomas eres tú!

Inesina cogió la mano de Merdo y lo sacó a la calle.

Tras de ellos, Don Rufino y otros indigentes sentados en las bancas aplaudieron la hazaña, pues sabían cuánto les había costado.

Andando, Pamela llevaba a Inesina de la mano y Merdo se atrasó con Reynaldo, que olisqueaba los recodos de la banqueta y los manchones de los postes. Los llevó a un par de calles, en la esquina del Frontón México, a comer unos tacos de suadero en un puesto de lámina en la esquina con Buenavista, a la vista del Monumento a la Revolución.

Pamela pidió cinco —porque estaba guardando la línea—, bien nutridos con cilantro, cebolla, limón y salsa roja, y se los pasó con un refresco Boing de mango. Inesina se comió otros tantos y Merdo, como si tuviera la pierna hueca, se zambutió diez. A Reynaldo le compraron las menudencias y huesos que le sobraban al taquero.

—Y... ¿cómo es eso de ser hombre y mujer? —le preguntó Inesina, asomándose por el cuello de su vieja sudadera gris, para mirarse su propio busto, tímido—. ¿Te buscan los hombres hombres o los son como tú?

El taquero sonrió y meneó la cabeza. Pamela le hizo señas de que le esperara a que terminara de empinarse el final de

su refresco, para resoplar contenta y pedir otro con una seña, respondiéndole a la doncella callejera con naturalidad:

—¡Uuuy, chinita! Si vieras que los que más me piden son los que se las dan de más hombres hombres, pero ya ves. Como yo alguna vez lo fui, bien sé lo que más les gusta... ¡Y vuelven por más!... Y hasta el feo me hacen la Verónica, de la esquina del banco, y las demás de Puente de Alvarado porque, así como así, una trae mejor nalga y tetas que ellas.

—¿Y como es que...? —Inesina le señaló el escote, abundante, inhiesto, poderoso.

—¡Ay, pues te las operas! Me costaron un chingo de esfuerzo, eso sí, pero valió la pena... ¿A poco no?

—La neta sí —confirmó el taquero—. Luego me dice dónde... Para un amigo —añadió apenado.

—¿Y por qué? —insistió Inesina, poniéndole más cilantro y cebolla a su último taco. Merdo, sentado en la banqueta con inmensa alegría, tarareaba algo extraño, jugando con las corcholatas con los dedos de los pies. Reynaldo se fue a orinarse a un carro donde dentro habían dejado a un *french pooddle*, que le ladraba y rabiaba, enloquecido por la insolencia.

—Bueno, yo desde la primaria sabía que me gustaban más los niños, pero por esos años no era como ahora. Para salir del clóset hacían falta muchos huevos, y sólo podías trabajar de estilista o de puta y párale de contar. Y si no terminaste la secundaria como yo, ¡menos! Porque, eso sí, se decía que si eras rico y homosexual, te llamaban “gay”, pero si eras pobre, no pasabas de “pinche putito”. A mí todavía me tocó que mi mamá se echara a llorar, que mi tío me quisiera “curar” llevándome con unas putas y que todavía hasta mi carnalito el Jorge, que es bien chingón y a toda madre, me siga viendo con lastimita por la vida que me cargo.... Pero no todo el que se viste de mujer es homosexual y no todo homosexual quiere ser

una mujer. Hay hartas opciones. Tengo una amiga, la Priscilla, que le requete gusta andar de coqueta con sus vestiditos de princesa de Disney y que asiste a un club de jueces de la Suprema Corte. Todos en crinolina como quinceañeras se van a jotear, pero dicen que no les gustan los hombres. A mí sí, aunque esté mamado y, cuando me descuido, hasta se me cierre la barba. Pero lo mujer no me lo puse con las tetas. Te viene del corazón y de la sensibilidad, y así como te puede gustar el color azul o irle a los Pumas en el futbol, así puedes elegir ser mujer... ¿Por qué no? Y yo ya lo era, mucho antes de que consiga hacerme “la jarocho”.¹ Porque, eso sí, tienes que buscar que te la hagan bien. Yo tuve una amiga que se operó mal y la dejaron arruinada. No sentía ya nada por ningún lado, y mejor se suicidó.

—Pobrecita —murmuró Inesina.

—La neta —añadió el taquero. Pamela pagó y, ya que se iban, le dijo en voz baja al señor del puesto:

—Vas a ver lo bien que se siente dejar el clóset. Y ora hasta te puedes casar y toda la cosa.

Cruzaron el Monumento a la Revolución, alcanzaron la avenida Reforma y se fueron caminando bajo la sombra de los árboles con gran beneplácito. Era un día ventoso y soleado.

Merdo e Inesina, que en urgencias callejeaban por la colonia Tabacalera pero que no habían merodeado aún a sus anchas por Reforma, miraban con maravilla el sol sobre los cristales de los edificios modernos, destilados de una película de ciencia ficción, combinando al paso con los palacetes porfirianos con sus hermosas balconadas y jardineras.

¹ Referencia a la frase popular: “Que te corten la verga y te hagan panocha (vagina)”

—¿Estamos en otra ciudad? —preguntó Inesina.

—Sí y no, mi chulis. Eso es lo chingón o lo cabrón de la capirucha —le respondió Pamela—. Hay como diez ciudades en esta ciudad.

—Ciudad quimera. Ciudad monstruo —murmuró Merdo tras de ellas, escudriñando con mucho interés las caras, ropas y sobre todo las armas de las negras estatuas de los próceres de la Reforma.

—Tú te vas un poco para allá, al noroeste —señaló Pamela—, y ya no verás gente normal caminando, sino puros amos y sirvientes. Y hasta se me hace que se parece a una ciudad lujosa de Europa... O el Centro Histórico, que Don Manuel me dice que le recuerda a Roma. Santa Fe es una mentada de madre: ves edificios chingonzotes como si fuera Nueva York, y te cruzas la barranca y te ves barriadas en casas de lámina y niños cargando baldes de agua. *Namás* de cruzar una cañada. Unos frente a otros... O tú ponte Tepito, que es una ciudad de mercado negro dentro del Centro Histórico... ¿Y qué crees? ¡Me cuenta Don Manuel que allí se traficaba cacao falso en Tenochtitlán! ¡Así de cabrones están! ¡Quinientos años moviendo el ajo!... Y a mí, la verdad, sí me da orgullo ver películas piratas bien empaquetadas con el sello “Hecho en Tepito”...

Inesina y Merdo cruzaron una mirada y se alzaron las cejas, sin entender ya lo que decía Pamela. Así que la dama del talón, al verlos, cambió de carril a lo que decía:

—Tú te vas a Iztapalapa: otra ciudad, con sus desmadres y sus grafiteros chingonzotes. Mi ciudad. Mi patria chica. O a Milpa Alta, que es pura loma, nopal y pueblito... ¡Y que sigue siendo la ciudad!... En cambio, Ciudad Neza, *quesque* ya es Estado de México, pero es más chilanga que una torta de tamal.

—¡Yo quiero una! ¡De verde! —se emocionó Inesina, y Merdo alzó la mano a lo alto con los ojos luminosos, como un alumno que pidiera la palabra en clase con la respuesta correcta.

—Ya a esta hora ya no hay —le respondió Pamela—, pero tampoco en Reforma. Háganse de cuenta que esta calle es casi una ciudad solita.

—¿Y...? —preguntó Merdo, señalando una estatua.

—¿Qué, ese güey quién es? —respondió Pamela—. A ver... —se acercó y examinó la descarapelada columna—. Ya ni placa tiene... Ya quién sabe, pero dice Don Manuel que fueron chingones de todos los estados de la república que mandaron su lista de héroes.

—¿Héroes? —preguntó Merdo—. ¿Matadragones?

—*Quesque* de la Reforma... —respondió Pamela.

—¿Y eso qué es? —preguntó Inesina.

—¡Ah, chingá! Quién sabe. La próxima vez que vea a Don Manuel, le pregunto —respondió Pamela abrazando la bolsa de plástico con las viandas. Para viajar más cómoda, sacó el estuche del mapa y lo entusó a fuerza en su bolso de mano. Miró la estatua del señor patilludo con el sable a medio sacar. Se veía cabrón. Y triste.

Sí. Triste. Sin placa. ¿Quién habría sido? ¿En qué se la habría rifado? ¿Cuántos habría matado con su sable? ¿Y qué habrían merecido sus enemigos para que les tuvieran que romper la madre? ¿De quién se habría enamorado?... ¿Habría sido homosexual? ¿Qué hacían los gays en aquellos años? ¿Se habría enamorado de Benito Juárez?

Pamela miró a las personas a su alrededor caminando. Nadie parecía tener ni puta idea de quién había sido.

Alcanzaron los primeros confines de Chapultepec, y Merdo comenzó a respirar profundamente mirando el verde

hacia las rejas, con la frente fruncida de una melancolía que no podía encontrar. Inesina abrió mucho los ojos y la sonrisa, mientras Reynaldo les daba la espalda, mirando a sus amigos reflejarse en la puerta de un coche.

Pamela pensó que lo mejor no era entrar por el puente de los leones y el monumento a los Niños Héroeos, porque un transexual, un perro callejero y unos indigentes podrían entrar cada quien por su lado, pero no quiso probar suerte con la policía si los veía a todos juntos. Así que los desvió de la avenida Reforma como hacia el metro Chapultepec, para seguirse derecho hacia el sur por el Circuito Interior y entrar al parque por la pequeña abertura de los puestos de flores, ya casi esquina con la calle de Patriotismo.

A las puertas había la estatua de un señor regordete y bigotón, éste sí con su placa: Heriberto Jara.

—¡Ese sí lo conozco! —dijo Pamela—. Creo que era músico y que cantaba... ¿O no? ¿O ese era Víctor Jara?

Inesina y Merdo volvieron a cruzar una mirada y a alzar las cejas apretando la boca hacia abajo, y rieron uno del otro.

Reynaldo se sentó junto a Pamela mirando la estatua con las orejas arriba. Parecía que él sí sabía quién era.

SÁBADO DISTRITO FEDERAL

¶ ERA 15 DE SEPTIEMBRE y ya se olía el aire de fiesta y temprana borrachera cuando cruzaron el pequeño umbral que parecía la barbacana de un castillo minimalista, con el techo abierto al cielo y sus blancos muros lisos. La ola de verdor les alcanzó la comisura de los ojos en redondo, como no le había ocurrido nunca a Inesina y a Merdo, que por la estupefacción y el esplendor en sus rostros, con todo abierto grandemente, parecían regresar del exilio a un hogar que hubieran extraviado más allá de todos sus recuerdos.

Entre las sombras verdes, los troncos con chicles pegados, las hierbas silvestres, la basura esparcida, las ardillas confianzudas, los excrementos de los perros, los colibríes seduciendo flores, las familias atiborradas de niños en brazos, a la mano o en carreolas, los musgos inesperados, las verjas vencidas, los matorrales floreados, los deportistas al trote y el olor a tierra húmeda.

Inesina, como hipnotizada, con la espalda muy erguida y rápidos pasitos cortos, iba de aquí para allá visitando los árboles, porque sólo conocía de nombre a fresnos, truenos y jacarandas del parque de San Carlos. Aquí saludó de mano los

emplumados cortinajes de hojas de los sauces, el limo de los álamos, la suave ceniza fresca y descarapelada de los troncos de las hayas y los laberintos de tierra roja de la corteza de los descomunales ahuehuetes. Inesina reía y buscaba atrás la mirada de Pamela, buscando la complicidad y la reiteración de los nuevos verdes que conocía.

Merdo, en cambio, no estaba a la vista. Sólo lo veían pasar rápido y sigiloso como rata, pero había que estarlo observando fijamente para darse cuenta. Él se había arrojado, desde que cruzaron el umbral del parque, al primer arbusto que encontró, sumergiéndose bajo su fronda y retozando entre sus raíces y limos —y basura—. Sonreía ampliamente como casi a punto de llorar, con los ojos entornados de memorias incompletas que su amnesia aún ensombrecía, pero que allí los olores amargos de los ramajes, el crujiir de la hojarasca entre los dedos de sus manos y la espesura de la tierra negra entre los dedos de sus pies le devolvían un pecho amplio que no sabía que podía respirar, y la inesperada e inexorable certeza de que sí tenía algún lugar en este mundo.

Pamela los miraba, llorando y riendo, porque algo sabía ella que ese par de loquitos, más que presos en su parque, siempre le habían parecido como náufragos en una isla de ramas en la mar de claxons asfaltados y mareas de unicel. Pero no se imaginaba que se operara tan inmediato portento en ellos. De tal guisa que Inesina, salvo por la garra harapienta, podría parecer una chiquilla de secundaria perfectamente querida, y al Michi Merdo, en cambio, parecía tan natural verlo como criatura de los arbustos que por un momento se preguntó Pamela si no sería un chaneque de verdad, como decían los demás indigentes. Después de todo, Don Lucho, el abuelo de Pamela, decía haber visto de niño a la Llorona en su pueblo, y ahora que trabajaba de intendente en el penal

de Santa Marta, decía que era del diario escuchar lamentos y llantos en celdas vacías.

Reynaldo en un principio fue tras Merdo de aquí para allá, acurrucándose junto a él y saltando alegre al siguiente soto, pero pronto las ardillas llamaron más su atención y fue tras ellas. No obstante, más que darles caza, las husmeaba con las orejas paradas y la cara ladeada de curiosidad.

Inspirada por sus amigos, Pamela se quitó los zapatos de tacón y los guardó en su bolso, deambulando lentamente, sin quitarle los ojos de encima a su dispersa compañía pero, por una vez, teniendo tiempo para pasársela bien consigo misma. Así, en silencio, ora en las veredas pavimentadas, ora entre el pasto, y sin una ruta fija, pronto descubrió que sus amigos, aunque aún arrebatados por la maravilla, la tenían por eje y, si iban y venían, volvían cerca de ella.

Rodeando el monte del castillo de Chapultepec y huyendo de la gente, cada vez más numerosa, que cubría las áreas —familias en almuerzo, adolescentes retozando al frotarse lo más púdicamente posible, parvadas de niños correteando—, poco a poco se fueron reagrupando Inesina, Merdo y Reynaldo en torno a Pamela. Como todavía temieran a las multitudes, tomaron veredas más huidizas, y así fueron a dar al oeste de la colina del castillo, a una pequeña glorieta donde crecía una gran palmera cubierta por completo de hiedra.

Contemplando con gusto la amistad singular entre la palmera de los soles y la hiedra de los frescos, rodearon la glorieta y encontraron del otro lado, sobre una columna, una pequeña estatua singular del tamaño de un perro, con un caballero en montura rampante, relinchando sobre una porosa red de bronce verdeado.

El caballero era viejo, escuálido, con un casco que parecía un sombrero mordido del ala, con bigote largo y barba

de chivo, vestido extrañamente con armadura medieval, espada al cinto, escudo redondo y larga lanza al ristre. Pamela lo había visto en un sinfín de cuadros y estatuillas en la fayuca de las calles, pero había olvidado su nombre. Era algo así como “jicotillo”, más o menos.

Se acercó a verlo más de cerca. Su rostro era melancólico y bien intencionado... Pero Pamela sintió que le faltaba algo...

Merdo se acercó lenta y tímidamente hasta pararse de puntas en sus grandes pies, para cogerse del pedestal y mirarlo de más cerca. El Michi solía observar largamente las estatuas doquiera las viera —más las de motivos femeninos que las que representaran varones, y cuantimás si jóvenes y bellas fueran—. A Inesina, en cambio, no parecían interesarle más que los tréboles de las banquetas —que sí le importaban—, pero esta estatua sí la miró a los ojos.

—Me cae bien el tipín —dijo la muchacha.

—¿Cazadragones? —preguntó Merdo a Pamela.

—Ay, pues creo que sí... ¿Oh no? ¿Será Hernán Cortés? Aunque ese no me suena muy a héroe —respondió Pamela.

—Es el ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha —intervino con voz emocionada un hombre que estaba cerca de allí, que era un profesor robusto de barbas oscuras y lentes gruesos—, el más grande caballero andante de cuantos hayan existido, en polvos o papel, de la pluma de Miguel de Cervantes Saavedra, otro que no fue más grande porque no cabría ya en los mares.

—¿Ah, sí? ¿Y él qué, o qué? —le preguntó Inesina.

—Se sentó entre pastores a repartir el pan y dijo: “Comamos juntos como en esa edad dorada donde no existía el tuyo y el mío”. Y cuando quisieron linchar a la pastora Marcela porque no se quería casar, se paró enfrente de la multitud y la cubrió con su espada.

—Ah, no. Pues sí que era chingón —dijo Pamela—. ¿Y era mexicano?

El profesor sonrió y dijo:

—En una de esas... Y si los políticos se despiertan sudando frío en la madrugada, es porque algún día vendrá a ponerlos en cintura.

—¡Uta! Con razón ya está todo viejito y ñango, porque ha de tener un chingo de chamba por aquí.

Y entonces recordó Pamela lo que le hacía falta a la estatua: un señor gordito, común y corriente. Su mejor amigo. Qué bueno, porque le faltarían para tamaña cosa.

Reynaldo husmeó la estatua y se orinó en la columna, disfrutando, como siempre, de la impunidad de su irreverencia.

Buscando el oeste donde la maleza espesaba, fueron a dar a la monumental fuente de Nezahualcóyotl y se quedaron de una pieza. No habían visto nada igual: un ciento de metros, como el muro de una calle, pero donde en lugar de edificios, puertas y ventanas, había en la piedra gris una cenefa de guijarros apretujados, un canal de agua y, cada tanto, cuadros de piedra labrada con personas torcidas de perfil, tipo arte azteca, contando no sé qué tanto con bichos, varas, macanas y cabezas de perro.

—¿Esta es la pared de otro tipo de ciudad? —preguntó Inesina.

Pamela no supo qué contestar. Merdo señaló al fondo, donde terminaba el muro en una plaza de paredes rojas con enormes signos grises. Allá fueron y encontraron la estatua del rey poeta Nezahualcóyotl, a dos pisos de altura. Y una vasija de roca con la cara de un coyote. Y más escaleras que los acercaron a los signos extraños incrustados en la pared roja, cada uno del tamaño de una ventana. Subieron allí y miraron atrás el largo muro gris. Se sentaron y se quedaron un rato

en silencio, confundidos Merdo e Inesina, relajada Pamela y bostezando Reynaldo.

—¿Y no será una ciudad de Reynaldos? —preguntó Inesina. Voltearon los tres a ver al perro, jadeando sentado, contento y orgulloso.

—¿Y ese? —preguntó Merdo señalando a Nezahualcóyotl.

—¡Pues la estatua de su amo que mandó a construir el rey perro! —dijo ella.

Pamela se rió de buena gana y prefirió no desmentirla. Sonaba bonito.

La dama del talón terminó por convencerlos de acercarse a las zonas más pululosas y famosas de Chapultepec. Se los llevó a rondar por el zoológico, pero para evitar problemas con Reynaldo (y por Reynaldo), se siguieron derecho hacia los lagos. Y si bien las murallas ardientes de gritos, burbujas de jabón, fayuca, perfumes baratos, golosinas, caricaturas a modo, merolicos con serpientes, payasos con albures, carreolas con mercancía los avasalló, con estarse junto a Pamela ya se daban los demás por bien hallados, sobre todo por contemplar a los patos astutos anadear y a los cormoranes negros zumbando entre las lanchas, así como los grandes señores ahuehuetes que los miraban, polvosos, desde sus alturas, sombras verde oscuras, desde hacía siglos.

Contemplaban desde hacía rato la nave envitralada del castillo de Chapultepec, pero Pamela no se animaba a llevárselos arriba, previendo los maltratos que pudieran recibir de algún vigilante mal encarado. Rodearon la colina del castillo, y al sur del lago más pequeño del parque encontró Inesina algo que le llamó la atención como el más notable monumento: del otro lado de la reja que rodeaba las faldas rocosas del castillo, había un gran árbol de hule que, entre sus espaciosas raíces, tenía un agujero como del tamaño de

un perro. Iba a saltarse de una vez Merdo hacia allá cuando Pamela lo detuvo y lo tranquilizó, diciéndole que, si era posible, volverían más tarde.

Terminaron al fin de dar la vuelta completa al castillo, para volver a la región más arbolada y menos bulliciosa por donde habían entrado, y siguiendo el contorno de la vereda al pie de la colina, pasaron junto a unas rocas lisas que, detrás de la verja, mostraban unos glifos antiguos. Al lado había un letrero con datos que demarcaba el lugar como una zona arqueológica.

Merdo se paró enfrente de la reja y, con los ojos inquietos examinando las rocas, fue irguiendo la espalda poco a poco, entrecerrando los ojos y entreabriendo la boca, como a punto de recordar. No sabía qué, pero el Michi encontraba ese recodo más a gusto, a su ponderación.

Antes de que se saltara e hiciera algún desfiguro, Pamela lo llevó de la mano por el camino. Pero no bien avanzaron una veintena de pasos, al recodo encontraron otra zona arqueológica tras la cerca y el rótulo, ésta como albercas sobrepuestas y arrimadas de piedra gruesa y terrosa, repletas de pasto y maleza. Parecía más bien los hondos cimientos de una obra negra antigua y abandonada.

Se detuvieron a comer en el siguiente rincón a la vuelta inmediata. En el lomo de la colina había un pequeño hemisiciclo viejo y descarapelado, con sus mármoles sucios y sus losetas quebradas. Su última restauración había sido hacía tanto tiempo que el yeso o cemento era ya gris quebrantado, y nada más de sentarse lo botaron en algunos escalones. Al centro y a lo alto se alzaba una placa en memoria del escuadrón aéreo 201, que había prestado servicio en el Océano Pacífico en la Segunda Guerra Mundial.

Frente al hemiciclo había una amplia jardinera floreada en bugambilia púrpura, que albergaba el robusto esqueleto del tronco de un ahuehuete, marrón y agujereado, tan ancho como un carro. Había sido plantado más de quinientos años atrás por el emperador mexica Moctezuma, se decía. Le habían llamado alguna vez *El sargento*. Y allí estaba, muerto, reseco, sucio y olvidado.

Muy a su gusto en el nostálgico abandono del recodo, se sentaron a comer, sopeando las galletas en las latas de atún y las rajadas, pasándose el botellón de Boing de guayaba y completándole con panquecillos. A Reynaldo le guardaron su ración, pero tardó en aparecer, retrasado en algún husmeo.

Cuando dio la vuelta al recodo, se acercó preocupado con las orejas gachas y la cola encogida, llevando en el hocico un bulto rosado y gris que Pamela había visto tirado más atrás. Lo dejó a los pies de Merdo y lo miró a los ojos: era un cachorrito muerto, recién nacido, que alguien había arrojado de algún lado, abandonándolo.

Merdo lo cogió con dulzura y miró a Reynaldo.

—Anda, cabrón. Pensé que te caían mal los perros —le musitó y se levantó para cruzar el camino a la sombra de los árboles hasta el pie de un joven naranjo. Las dos damas lo siguieron. En cuclillas, el Michi escarbó con la mano un buen hoyo y allí metió al cachorrito.

—Cómo es la gente de ojete, me cae —murmuró Pamela.

—Ahora que florezca, allí estará el perrito —le dijo Inesina al perro callejero, señalando el naranjo.

Reynaldo, una vez que Merdo cubrió el agujero, miró a su amo, luego el agujero y de nuevo al Michi. Y parando las orejas y estirando la cola, escarbó de nuevo el hoyo y sacó al cachorrito.

Lo puso a un lado con el hocico. Miró a Merdo, luego al cachorrito y lo lamió.

Lo volvió a coger con los colmillos, lo metió al agujero y le echó tierra encima con el hocico. Pamela, Inesina y Merdo se miraron, enarcando las cejas, sorprendidos.

Y Reynaldo volvió a cavar. Y a extraer. Y a mirar al cachorrito. A Merdo. A lamer y a mover el hocico.

Lo volvió a enterrar... ¡Y lo volvió a sacar y a lamer, mirando al Michi!

Enterró por última vez al cachorrito y allí y así lo dejó. Merdo lo abrazó, impresionado.

—Eres mejor que yo —le susurró.

UUUY, SI LE CONTARA

¶ CHAPULTEPEC ERA EL SANTUARIO más importante del valle de México antes aun de la gran Tenochtitlán... Había, en las entrañas de la colina de Chapultepec, los restos de un ahuehuete con más de 23 000 años de antigüedad. Y en las faldas se habían encontrado huesos y vasijas de hombres que habitaron la localidad hacía 3 000 años.

En el mundo prehispánico del valle de México, el Anáhuac, en Chapultepec se encontraba una de las manifestaciones del Tlalocan, el paraíso donde habitaba Tláloc, dios de la lluvia y la vegetación, al que los pobladores vieron manifestado en la foresta de la colina y en sus tres manantiales, que alguna vez nutrieron Tenochtitlán.

Como se dijo que en una cueva de la colina se ahorcó el último rey Tolteca, Huemac, cuando los mexicas llegaron a la zona, se irguieron sobre los vestigios teotihuacanos, nombrándose herederos, y aprovechando las breñas de la colina tallaron el diseño de una serpiente en la ladera que mira al este. Ahí los señores labraron sus glifos para emparentar su gobierno con la autoridad sobrenatural que emanaba de Tláloc y de su consorte, Chalchiuhtlicue, patrona de ríos, arroyos y lagos.

A la ruina de Anáhuac y la caída de Tenochtitlán, su infame verdugo, Hernán Cortés, quiso hacer suya aquella foresta y colina, pero el ayuntamiento de la Ciudad de México se lo impidió y la reclamó para sí, construyendo en la cima una capilla a San Miguel Arcángel sobre los adoratorios a los señores del bosque, la lluvia y los arroyos. En las ruinas de la morada de descanso de Moctezuma se construyó un palacio novohispano donde se hacían tales fiestas durante la Nueva España que el rey Carlos IV lo mandó cancelar. Y ese palacio, como luego albergara un polvorín, estalló y quedó sólo para el saqueo.

En los siglos posteriores, el bosque de Chapultepec sería a ratos coto de caza privado de los virreyes, fuente de leña de los humildes, deambulatorio de los poetas románticos del siglo XIX y, desde entonces, paseo dominical de numerosas familias de la Ciudad de México. Durante el Porfiriato, Miguel Ángel de Quevedo, llamado *El apóstol del árbol*, tras formarse en Europa en las artes y oficios de los parques de allende el mar, regresó a México a crear los Viveros de Coyoacán para renovar y rescatar el bosque de Chapultepec, reconstruyéndolo como un área pública donde se combinaran grandes zonas boscosas con pequeñas áreas forestales. Así, el paseante se encontraría siempre con espacios libres desde donde contemplar los monumentos, las fuentes y el castillo contra el espléndido cielo del México de su tiempo, en un diseño escenográfico de flores y arbustos y la combinación de copas de árboles de fronda espesa y otros de copa ligera, para evitar las zonas húmedas y oscuras, permitiendo siempre que la luz hallara el paso a los paseantes. Se excavaron los lagos y, de la tierra que se extrajo, se alzaron montículos y pequeños cerros, que esparcieron una perspectiva armónica.

Tronó el siglo xx. La Ciudad de México alcanzó, rodeó y rebasó la colina del chapulín, y el hormiguero de capitalinos —chilangos— que siguió visitando y rondando el parque terminó por deteriorarlo en una ola de basura y mareas de transeúntes. Pero, aun así, permaneció como santuario de aves, roedores, insectos y criaturas sobrenaturales...

Sobrenaturales, sí.

Porque allí, en la colina hueca, se había alzado alguna vez la corte del Rey Chapulín y la Reina Llorona, sentados en el trono del ahuehuete ancestral petrificado con 23,000 años de antigüedad.

Según algunas crónicas del Ohuican —como se llamaba al plano espiritual y de los sueños del Anáhuac—, después de la ancestral era portentosa de los cantos y cuentos del Libro Rojo, donde se cuenta la grandeza de los pequeños en la Guerra del Anillo y la partida de los elfos al oeste inmortal, vino el ascenso de la humanidad y todos los cruentos contares de sus guerras y conquistas.

Así que, durante siglos sobre siglos, mientras los hombres extendían cada vez más sus mapas, asesinaban cada día con mayor eficacia, sometían a las mujeres a su yugo y talaban cada vez más regiones salvajes. A lo largo de todo ese tiempo, convivieron con las criaturas sobrenaturales en el mundo oculto de los rincones y las veredas de las hadas en los sueños.

Cada región del mundo circunscrita por fronteras naturales —bosques, ríos, desiertos, montañas, cañadas, océanos, glaciares...— tenía una comunidad de habitantes sobrenaturales que fue conformando los mitos y las leyendas de las grandes literaturas de cada civilización: hadas célticas; elfos y enanos escandinavos; sátiros, centauros, sirenas y minotauros griegos; grifos persas; mantícoras africanas; djinns y efreetts árabes; golems y homúnculos judíos;

vampiros balcánicos; licántropos de Europa central; ogros mongoles; onis y damas zorro de China y Japón; rakshasas de la India; chaneques y nahuales mesoamericanos... Y dragones y unicornios, presentes en todo el mundo.

Cada uno de esos reinos sobrenaturales gobernaba sus cortes con usos y costumbres que compartía con las civilizaciones humanas que lo rodeaban: como la Reina de las Hadas y el Dragón de Hiedra de los bosques de Prydain, la Corte de Jade del lejano oriente, los Maharajás Danzantes de la India o el Tépetl del Rey Chapulín de Anáhuac.

Aunque durante miles de años los hombres y los sobrenaturales convivieron con sus terrores, amores, desdenes e inspiraciones, los tiempos de los humanos son arrebatadoramente vertiginosos. Mientras los elfos y las hadas recordaban todavía el hundimiento de la Atlántida con nitidez, la Edad Media terminó en un parpadeo y los vientos del Renacimiento auguraron cambios extraordinarios. ¡Y zaz! Que se descubre América para los europeos; se quebranta la Anáhuac; la ruta de la seda y la Nao de China atan el comercio mundial... Y de pronto, los imperios de los hombres abarcaron el orbe entero y comenzaron a consumir las malezas del mundo, a pudrir los ríos de sus capitales y a extinguir, por la estúpida e insensata caza, hermosas criaturas. Y por primera vez hubo entre los feéricos quienes comenzaron a llamar a los humanos enemigos de todos, y en tan tremenda inquietud, empezaron a reunirse los grandes Aquellarres de los sobrenaturales para tratar el problema en concilios y congresos internacionales en los santuarios primordiales del mundo, alternando las sedes. De tal modo que los grandes señores sobrenaturales recibieron embajadas en las cumbres del Tíbet, el crómlech de Stonehenge, las fuentes del Nilo y el banco de coral de Australia.

E inició el gran debate: ¿Era o no el ser humano el enemigo? ¿Debía o no iniciarse la guerra contra aquella especie para evitar la destrucción de todas las cosas y la ruina absoluta de la natura? ¿Era inevitable esa ruta de infección de lo que los humanos entendían como “progreso”?

Y eso desató guerras intestinas entre los feéricos que habían sido arrasados y exiliados de sus moradas ancestrales por la humanidad y los que aún hallaban entre los hombres algo que valiera la pena rescatar —muchos de ellos que habían conocido a Homero, Cervantes o Víctor Hugo y que habían hablado con Odiseo, Don Quijote y Jean Valjean—. Los príncipes de los animales también se unieron indignados a los consejos, y sólo los perros y los caballos hablaron de una esperanza para los humanos.

Pero apenas tomaban brío las discusiones cuando ya había empezado la revolución industrial, y fue tal la avasallante velocidad de la pudrición de las aguas, la devastación de los bosques, la aniquilación de las especies y la infamante esclavitud del hombre mismo contra sus semejantes, que los feéricos más poderosos quedaron exiliados en las profundidades de forestas, océanos, montañas y fuegos, al menguar la fuerza vital de la naturaleza que los enseñoreaba y les permitía andar entre los humanos. Así que, desprovistos de sus reyes, reinas, campeones y sabios, los sobrenaturales más cercanos a las ciudades de los hombres quedaron sin guía ni consuelo. Y, peor aún, apenas comenzaba lo más grave, porque pronto comenzaron a surcar carros por las más hondas veredas de las selvas y aviones a quebrantar los cielos más inhóspitos.

Vinieron las guerras mundiales y el pavor y la desolación fueron absolutos. Mas no sólo para los feéricos, que lamentaron el Holocausto con sus peores lágrimas

de horror y desconcierto. Estallaron en 1945 Hiroshima y Nagasaki, y el pueblo sobrenatural de papel y cristal se extinguió con ellos.

Así pues, ya comprobado el daño del hombre al mundo, volvieron a reunirse los coloquios mundiales de feéricos, interrumpidos por las guerras donde perdieron a sus últimos grandes adalides. Las reuniones tornábanse en aquellarres de caos, apuestas, torneos de armas y olimpiadas de chanzas.

El primero de aquellos nuevos coloquios descabezados tuvo cita en 1945, casualmente el mismo año en que se conformara la ONU —acaso no menos inútil y descabezada—. Desde entonces, buscaron los feéricos al fin atender con urgencia el caso de la amenaza humana y resolver de una vez por todas cómo iban a evitar que destruyera el mundo. Pero la reunión de chanza y parranda duró tanto que ya entre los hombres habían pasado diez años más y en 1955 se desató la Guerra de los Brujos, en la que se liaron los humanos más podridos en la nigromancia del Tercer Reich. Afortunadamente la participación de inesperados y valientes magos de la humanidad logró parar las sombras infectas de Aquel-que-no-debe-ser-nombrado, con la imprescindible ayuda de los sobrenaturales, claro. Algunos feéricos volvieron a tener esperanza para entenderse con el género humano.

Quedaron de verse los sobrenaturales cada doce años para, al fin, alguna vez concertar y cumplir el tan dilatado coloquio de emergencia. Pero en 1961 el concilio no pudo llevarse a cabo en el Tíbet, porque las tropas chinas habían invadido el país años atrás, devastando el santuario donde se había concertado el encuentro. Mientras tanto, otros notables feéricos no pudieron asistir por involucrarse con la Revolución Cubana, para defender a la isla de la invasión

en Bahía de Cochinos...¹ O quizá fue demasiado el sobresalto de ver ese mismo año primero a Yuri Gagarin de la Unión Soviética y luego a Alan Shephard de los Estados Unidos en el espacio sideral, girando sobre el planeta sin necesidad de montar a lomos de un dragón.

En 1973 el concilio de los Andes se vino abajo tras la *Operación Cóndor* del golpe de Estado a Salvador Allende en Chile. Esta vez habían previsto los feéricos una sede alterna en las antiguas ruinas de Mesopotamia, pero también se arruinó por el crujir de las metralletas entre Irán e Irak... Y eso que el país del cono sur había sido escogido como reemplazo, porque la primera opción, Vietnam, se anegaba en fuegos de napalm.

En 1985 el coloquio de Stonehenge fue boicoteado por imprescindibles huelgas desatadas contra la mano de hierro de la primera ministra inglesa Margaret Thatcher, así que se acudió a toda prisa a la sede alterna:

El Ohuican de Anáhuac. La Ciudad de México.

Y el terremoto...

Ya se había previsto una tercera sede de emergencia en el Gran Cañón de los Estados Unidos, pero el escándalo del Watergate, además de causar la renuncia del presidente Nixon, también desató una guerra civil entre los sobrenaturales de esa región: el Mago de Oz del sur contra los monos alados del norte y sus aliados, los osos y lobos totémicos de los pueblos originarios de Norteamérica.

Terminaba el siglo xx sin que hubieran podido congregarse con éxito en coloquio alguno —algunos aún

¹ Los mismos duendes que habían protegido en la sierra maestra a Fidel Castro y al Che Guevara.

seguían bebiendo, creyendo que se encontraban en el de 1945— y cuando al fin lo lograron en 1997 en el Cabo de la Esperanza en Sudáfrica,² gracias al beneplácito y la gran fiesta humana del fin del Apartheid, la situación mundial, en cambio, había empeorado más allá de toda esperanza, como no había ocurrido nunca antes desde que la amenaza del Anillo del Poder hubiera sido evitada por el pueblo pequeño de las colinas huecas.

Ahora, surgida de la basura que nutría la voracidad del hombre, había nacido una nueva raza de sobrenaturales:

Dragones Corporación. Dragones Corporativos.

Que todo lo devoran, todo lo arrasan, todo lo esclavizan, dejando tras su paso yermos infectados, acarreando dolor y desdicha a millones y millones de seres humanos que no pueden ni oponérseles.

Monsanto. Exxon. Wal-Mart. Nestlé. McDonalds. Pfizer. Phillip Morris. Chevron...³ ¡Monstruos psicóticos que devastan el mismo mundo del hombre que los creó y a quienes ni siquiera sirven! Y que, encima, desintegraron las veredas de las hadas a su paso en poco más de una década mucho más de lo que habían logrado desgastarlas los hombres con su progreso desde la revolución industrial hasta ese momento.

Eran dragones imaginarios, con escamas de acciones bancarias y sangre bursátil, que la humanidad había invocado y

² Sin necesidad de activar la segunda sede alterna de la Antártida, la tercera sede alterna en el volcán Ngauruhoe de Nueva Zelanda y la cuarta sede alterna del monte Fijimoto... Porque la primera opción, Albania, había sido arrasada por la Guerra de los Balcanes.

³ Algunos de estos dragones corporativos habían comenzado a cuajarse con la nigromancia del Tercer Reich: Coca-Cola, Kodak, Random House, Novartis, IBM y General Electric, entre otros, fueron colaboradores intensos del régimen nazi durante la Segunda Guerra Mundial.

a los que ahora adoraban con todas sus divisas los poquitísimos privilegiados que vivían a su sombra, alimentándose de los excrementos de los dragones corporativos en olas y olas de consumo que pudrían el resto del mundo en basura.

Se había agendado el fin de la vida humana en el planeta por los mismos humanos.

Y detrás, la de cientos y cientos y cientos y cientos de especies animales que habían tardado millones de años en evolucionar y que día a día eran engullidas por el nunca jamás...

El rinoceronte negro de África...

El delfín de río chino ...

El sapo dorado del Amazonas...

El ciervo de Hawái...

El caracol de Seychelles...

El tigre de Java...

El oso pardo mexicano...

El león marino japonés...

El ónix de astas torcidas...

El Guacamayo de Spix...

La tortuga galápagos...

El gorrión de la costa oscura...

El Canario Ostero de las Canarias...

La rana incubadora gástrica de Australia...

La cabra de los Pirineos...

El pato mariano...

La foca monje del Caribe...

El pato Zamputín de Madagascar...

...

...

...

Así que la Madre Tierra y los viejos dioses del mundo comenzaron a despertar a los verdaderos dragones. Los Dragones Primordiales:

El Bahamoth de los huracanes.

Tung-Mi-Lung de los tsunamies.

El Leviatán de las inundaciones.

Los drakes de las sequías.

Los basiliscos de los terremotos.

Las serpientes emplumadas de los volcanes.

Los wyverns de los tifones.

Los Dragones Primordiales, al fin hartos de la estupidez desatada por el hombre.

Provocados por la insaciable demencia de los dragones corporativos.

Así concluyó el siglo xx en la desesperanza.

¿Dónde estaban los campeones de antaño, de entre los feéricos o los mortales?

¿Dónde ya Frodo y Sam? ¿El Quijote y Sancho Panza? ¿Gilgamesh y Enkidú? ¿Héctor y Odiseo? ¿El Rey Arturo y Robin Hood? ¿Sherlock Holmes y Watson? ¿Jean Valjean y Marius?

¿Dónde ya Lao-Tse? ¿Aristóteles? ¿Hipatia? ¿Averroa? ¿Erasmus de Rotterdam? ¿Gutenberg? ¿Voltaire? ¿Beethoven? ¿Pasteur? ¿Gilberto Bosques?⁴ ¿Gandhi? ¿Y el Che?

⁴Diplomático mexicano que, durante la Segunda Guerra Mundial, otorgó desde Francia visas a México, primero a españoles exiliados del franquismo y, luego, a judíos, comunistas y gitanos, salvando a más de 60,000 personas de ser deportadas a los campos de concentración y de exterminio nazis. A su regreso a México, lo esperaban miles de personas en la estación del tren de Buenavista, quienes, al verlo llegar, lo vitorearon y cargaron en hombros fuera de la estación.

¿Qué debían, qué podían, qué tendrían que hacer los feéricos del mundo por el mundo? Para el mundo. Para salvarlo.

¿Qué tendría que hacer el hombre?

En el coloquio de 2009 en la franja de Gaza, al fin pudieron reunirse los representantes sobrenaturales del planeta sin mayor sobresalto. Aquel Aquellarre fue primordialmente un recuento de estupefacción, azoro y terror, sumido en la catarsis e hilaridad desenfrenadas.

A la mitad del congreso, el Mago de Oz, que espiaba sus asuntos en el mundo mortal a través de un orbe de cristal, de pronto enfureció y estrelló su esfera contra el suelo, iracundo, mientras los monos alados y los lobos totémicos transformaron la reunión en gran jolgorio: Barack Obama era el primer presidente de los Estados Unidos de un color distinto a los anteriores.

Los demás feéricos se miraron, abatidos. ¿Era lo mejor que podía hacer el ser humano en el reino más poderoso del hombre en esos días de crisis? ¿Al fin, tras tantos miles de años, distinguir que la hoja de un álamo crece igual si es verde o blanca?

¿Era lo más que había logrado la humanidad al filo del fin del mundo?

OYE BARTOLA,
AHÍ TE DEJO ESTOS DOS PESOS

¶ PAMELA DESPERTÓ con el tronar de los fuegos artificiales en el cielo nocturno del 15 de septiembre.

Se había quedado dormida después de comer, ya avanzada la tarde, y como luego se nubló y llovizó, Merdo e Inesina la arrastraron consigo a un matojo espeso de arbustos floreados y allí se escondieron con la sexoservidora roncante, como le era natural.

Así se vino la noche y ya habían cerrado el parque cuando Pamela despertó y encontró que se hallaban solos entre el frío y las sombras. Y tuvo miedo.

Pero no Inesina o Merdo, que parecían de gran contento y mucho más calmos ante el helor anegado del parque que lo que habían estado los dos entre los transeúntes. Tendidos entre las raíces, algo se contaban y reían, jugando con unos palitos como si fueran muñecos.

—Ora sí que se nos pasó... ¿Chupé algo, muchachos? ¿Le habré puesto piquete al Boing o es que sólo estoy bien pendeja?

De pronto Reynaldo alzó las orejas, luego la cabeza y se quedó muy quieto y, un momento después, salió corriendo de

la maleza. De inmediato se lanzó detrás el Michi, con la mano en la empuñadura de su puñal bajo los pantalones, y luego luego Inesina también a tamborilear su peso sobre la hierba.

—¡No se vayan ni se alejen, que si los agarran los vigilantes, se los chingan! —gritó lo más bajo que pudo Pamela, saliendo de entre la arbustada para seguir las sombras de la tropa entre los charcos grisáceos que colgaban de los árboles.

Los encontró a los tres de pie ante la reja de las lisas piedras talladas con glifos, la antigua serpiente labrada en las breñas al este de la colina. La luna lamía las rocas en plata y sus sombras parecían más hondas. Reynaldo ladraba hacia el interior, moviendo la cola, y Merdo ya había comenzado a trepar la reja. Del otro lado había una baranda de piedra que había bordeado esa zona en días porfirianos y sobre la que estaba el letrero de señal arqueológica.

—¿Qué te pasa? ¿Qué haces? —se escandalizó Pamela cogiéndolo de su capa de saco de Maseca.

—Cosa. Hueca —resopló el Michi, afianzándose a la verja.

—Huele raro. Como a coso canelo o a muchos téis viejos —dijo Inesina empezando a trepar también. Quiso Pamela aferrarla pero, fuera de su alcance, la niña cruzó al momento.

—Cámara, pero no hagan pendejadas y no se muevan, porque a donde va uno vamos todos —dijo Pamela soltando a Merdo y cogiendo a Reynaldo para pasarlo por arriba de la reja. Merdo se paró sobre la baranda porfiriana para recibir al perro, que se dejó caer todo casi con comodidad.

Atrás de Pamela, hacia el este, crujían los psicodélicos coloridos de los fuegos artificiales a la altura del Ángel de la Independencia. Arrojó sus tacones y su bolso al otro lado y, mucho más fácil y rápido de lo que ella esperaba, cruzó la reja.

Merdo se acercó a un ángulo entre las rocas, como un vestíbulo triangular de paso que conducía a dos escalinatas

naturales excavadas en la piedra, sobre las que había una gran roca con forma de corazón de pollo, poco más alto que un hombre y de como de dos microbuseros de ancho, rematado por una corola de fresnos jóvenes que crecían en lo alto del macizo de roca.

Los glifos mexicas, que de día sólo eran siluetas de polvo en un tercio inferior de la superficie, con el resto de la roca barrido por la erosión —y las órdenes de un viejo abad en la Colonia—, ahora, a la humedad de la luna, parecían tan nítidos como las marcas de una hiedra en las paredes. Mostraban al centro a un hombre —un rey, un tlatoani— con un penacho de cuatro grandes colas o plumas —¿Moctezuma?—, rodeado por casi una docena de esos glifos de los códices, con bultos, picos y caras raras de bichos, que se suponía que le habían significado algo a alguien, pensó Pamela.

El pequeño indigente se subió en las escalinatas excavadas y comenzó a tantear los bordes de la roca corazón, que a su estatura parecía casi como un umbral ancestral, con ademanes expertos. Reynaldo movía la cola mirándolo como si estuviera vislumbrando comida o esperando algo.

“No mames”, pensó Pamela. “¿Cómo se las puede dar de muy acá este güey si no recuerda ni quién fue su madre?... ¿Habría sido un saqueador de tumbas?”.

Merdo, mirando el brote de fresno que crecía sobre las rocas, alineó la palma de su mano con el tierno tronco, luego cerró un ojo y bajó lentamente la mano hasta el glifo que le quedó enfrente. Pasó los dedos suavemente por la serie de glifos a la derecha del hombre y, seleccionando uno a la altura de los pies de Moctezuma, siguió su contorno hasta una de las esquinas. Se sacó su ancho puñal de los pantalones, siguió con el filo una línea del último rincón del glifo y golpeó algunos lugares con el pomo de la empuñadura, alineando la hoja de

bronce para que reflejara de lleno la plata de la luna, como si fuera la versión tropicalizada y de muy bajo presupuesto de una película de Indiana Jones.

De pronto, Pamela se estremeció de los aretes a los tacones.

“¡Ay cabrón! ¿Y qué tal si de verdad es un chaneque?”, pensó.

—¿Y qué tal aquí? —señaló Inesina por un ángulo de la roca por donde se había arrimado el limo.

Merdo alzó la daga y, con cuidado, la giró hasta reflejar la luz de la luna, donde se hundía la sombra transversal de una hendidura a su derecha.

Una bocanada de aire frío, amargo y cavernario sopló de esa sombra profunda al lado de la roca corazón, que de pronto pareció más profunda que las demás.

—Colina... hueca... —murmuró Merdo y, puñal en ristre, se adentró lentamente en la sombra. Antes de terminar de sumergirse en ella, Inesina lo cogió de la mano libre —adelantándose a Reynaldo— y fue con él, con el perro entrometiéndose entre sus piernas para rebasarla y avanzar junto a Merdo.

Pamela se quedó con la boca abierta y los dientes separados. Clarito había visto ese día que allí no había hueco alguno. Nada. Ninguno. Ese güey sí era un chaneque...

Pero... y entonces...

¿Y los ovnis?

¿Y los fantasmas?

¿Y los poseídos?

¿Y el chupacabras?

¿Es que eran entonces ciertas todas esas pendejadas en las que creían su mamá y su hermana Jessica?

¿Es que en verdad Pedro Infante estaba vivo?

Cuando desapareció lo último de la cola de Reynaldo, respingó espantada la sexoservidora y sacó su lamparita de fayuca, que había comprado en el metro.

“Entonces no está tan cabrón hacerse mujer”, sintió más que pensó, metiéndose en el hueco detrás de sus amigos.

Era como haberse sumergido en un pozo de agua fría en la oscuridad, donde un súbito terror, helor y densidad los rodeó, sólo que sin humedad. Creyendo que, tal cual, habían caído entre agua, boquearon los amigos tratando de nadar, y fue entonces cuando se atropellaron los unos sobre los otros y terminaron hechos nudo en algún suelo de piedra muy lisa como por el paso de alguna corriente. La lamparita de Pamela había quedado presa en el nudo de brazos y alientos, y ella, aterrada, al respingar y revolverse, siendo la más grande y fuerte, se desenrolló primero y la luz logró alcanzar un muro como un manchoncito amarillento, donde se revelaba la piedra gastada y perfectamente ensamblada, cubierta con un estuco amarronado de muy viejo, en un pasillo por donde apenas cabían dos paseantes en bicicleta.

Pamela se arrastró atrás hasta tenerse en pie, para manotear por donde habían venido, y así descubrió una suave rampa atelarañada por donde habían resbalado y, poco después, el fulgor de la luna, entrando por la brecha estrecha. Suspiró con las piernas temblorosas y regresó la mirada a su compañía. De pie la miraban los tres, quietos, sucios, desamparados. Por un momento Pamela los desconoció y le parecieron engendros de la oscuridad y el terror, hasta que miró sus propios jadeos, manos temblorosas y ojos huidos.

—Eres un chaneque, ¿verdad, cabrón? —le preguntó a Merdo—. ¡Por eso tienes los pies grandes y velludos!

El Michi se miró los pies, se encogió de hombros, arrugó el rostro con una especie de añoranza y preocupación, y respondió:

—Ojalá.

—Yo quiero ser un hada —murmuró Inesina.

—Eres un hada —le dijo Merdo muy serio—. Verde.

—¡O una diminuta mariposa morada! —le respondió ella como si hubiera olvidado dónde se encontraba.

—¡Hadas! ¡A huevo! —exclamó Pamela y sacó del bolso la bolsa de plástico en la que había envuelto la cartera del mapa. Lo abrió y extendió de nuevo el pliego a todo lo ancho del pasillo, remontándolo por las paredes, y miró de nuevo el glifo mexica del cerro y el chapulín, rodeado de los otros diseños de damas de poder fantásticas en estilo que le parecía “lindo” y “medieval”, por no hallarle otra palabra a lo céltico *art nouveau*.

Así que era verdad... ¿Todo el mapa era verdad?

¿Toooooodo el mapa?

Les estiró encima el pliego a sus amigos para buscar su casa en Iztapalapa. Allí estaba el Cerro de la Estrella con un fénix naciendo entre los rollos del siglo azteca de 52 años, con un hoyo y un monstruo bailando en las faldas: la Cueva del Diablo... Y alrededor del cerro, estandartes tribales, como mexicas o medievales, de los doce pueblos originarios, con graffitis en sus pendones.

—¿De dónde habrá sacado el mapa Don Manuelito?... ¿Por qué me lo habrá encargado a mí?... ¿Y adónde lleva? —le preguntó a Merdo señalando túnel adentro—. ¿Ya habías estado aquí?

—No lo sé. No recuerdo. Siento que de algún modo siempre he estado, pero jamás en este lugar.

—¡Ándale, pinche Michi! Que ya hablas como el Gorostiza del libro que me regaló Don Manuel —dijo ella.

—Bueno... ¿Vamos o no? —preguntó Inesina.

—Pues sí —respondió Pamela con una emoción vibrante y desconocida a florándole en los pechos—, pero no a lo pendejo. Yo voy adelante por si sale el chupacabras —dijo quitándose los zapatos de tacón, enarbolando uno y extendiéndole el otro a Inesina.

—No, gracias. Yo ya —dijo la jovencita sacándose de la bolsa una resortera con varias ligas estiradas entre la horqueta, y se sacó también una lapicera vieja que le colgaba al cinturón, con la imagen de “Campanita”, la hadita peleonera de Disney. Se la pasó al frente con el cierre abierto a la mitad, sacando de ella un dardo armado con un pasador afilado, atado con liga a un extremo de un popote de plástico. La doncella callejera insertó el pasador en la resortera y la tensó ligeramente, preparada para lo que fuera.

—Yo mejor adelantito —dijo Merdo, envainando el puñal, pero sin soltar la empuñadura—. Ya estoy hecho.

—Vas. Tú conmigo, Inesina —dijo Pamela.

Reynaldo se adelantó junto a Merdo.

—Órale pues, no se peleen y háganse los muy chingones adelante, pero les advierto: al primer desmadre, se brincan atrás de mí o yo voy a ser quien les rompa la madre en lugar del chupacabras. Además, yo traigo la luz.

—Cámara-rin-llanta —dijo Merdo.

—Juega el pollo —dijo Inesina.

Y avanzaron por el túnel.

Jadearon dando pasos tímidos, lentos e inseguros, preparados para salir corriendo, y como el resto de los compañeros seguía uno junto al otro, se dieron valor para adentrarse poco más o menos cincuenta metros, que si en lo llano bajo el sol es una nadería de ridículo, bien sabrán los buzos que es una inmensidad hacia el fondo del mar o los

montañistas en escarpada subida. Así que lo fue otro tanto en la oscuridad, abriéndose paso en el terror de lo estrecho, oscuro y anegado de antigüedad.

Sintieron la humedad como una telaraña en sus rostros antes de que la lamparita les mostrara cómo los muros cedían a la izquierda y a la derecha. Se detuvieron al borde de una cámara con un pie en el aire a punto de hundirse, porque no había suelo, y tardaron en entender el atajo de sombras que los cernía. Y ya fuera que sus ojos se hubieran acostumbrado o que imaginaban en colectivo lo que fácilmente se temía, gritaron los tres al mismo tiempo cuando distinguieron rostros quietos que los contemplaban en la oscuridad.

Los ecos de sus gritos ahuecaron alaridos que parecían invocados de antaño para poder completar su horror con el de ellos. Entonces descubrieron cinco hileras de cráneos en un muro oscuro del fondo, quietos y alineados, incrustados a intervalos regulares, bordeados de conchas que les daban un aura pálida y espectral. Era un tzompantli. Un muro de lamentos de polvo.

Poco después descubrieron que, entre ellos y el tzompantli, había una plataforma circular con una especie de pilastra con ojos. Cuando pudo Pamela cogerse la mano del zapato con la mano de la lámpara, para enfocar el manchón de claridad entre sus temblores, discernió una especie de jarra o vasija de piedra del alto de una vaca y el ancho de un cerdo, labrada con un rostro de ojos redondos y lengua bifurcada, con una franja de plumas ornamentales a cada lado del rostro, desde la barbilla hasta lo alto.

Tláloc. Tlälloc.

Y cuando cayeron en cuenta de que los cráneos del tzompantli no atacaban con pánico demencial y que la vasija no les desataba un mal inmediato, descubrieron que toda la

cámara tenía un suelo liso y oscuro, como de la más pulida y perfecta obsidiana.

—Yo... —musitó Merdo señalando con su puñal la gran vasija —lo he visto. No le temo. Le conozco. Me conoce... Creo. O, si no, uno como él. Creo... alguna vez.

Alzó Pamela la lámpara para ver por dónde se veían los muros y el techo, y si bien apenas los creyó atisbar, tuvo la certeza de que allí no había salidas. Regresó la lámpara a su compañía y, luego, abajo, donde acababa el suelo y empezaba el espejo negro...

—Bueno chiquito, pues pruébale. Si está muy hondo, pues ahí le dejamos y ya regresamos —murmuró Pamela. Merdo e Inesina la miraron mientras Reynaldo husmeaba el agua—. ¿O es que llegamos hasta acá para hacernos pendejos? ¿Qué tal si descubrimos el tesoro de Moctezuma? ¡Ándale, prueba lo hondo con tu fierro!

Merdo se acuclilló lentamente y, haciendo una reverencia a la figura de la jarra, sumergió el puñal con suavidad en el agua y, a unos centímetros de la empuñadura, se detuvo.

—¿Qué tiene? ¡Síguele! —lo instó Inesina empujándole del hombro.

—Es lo que da —respondió Merdo y, antes de que pudieran detenerlo, metió uno de sus grandes pies al agua.

—Llévatela leve. Puede ser muy hondo de pronto —le advirtió Pamela.

—Ustedes, detrás de mí —dijo el Michi—. El Reynaldo no va a querer entrar. Cárgatelo, por favor —le suplicó a Pamela.

Ella volteó a ver al perro, que sí, en efecto, esperaba encogido en el suelo con las grandes orejas pegadas al cráneo y los grandes ojos suplicantes. Ya después de que lo cargaron, se holgó con mucha comodidad en los brazos de la sexoservidora, mirando de un lado a otro desde arriba, como

un gran señor. Inesina tomó la lámpara entre los dedos de su resortera y le colgó a Pamela la zapatilla en el cinturón.

Sólo porque Merdo se había atrevido y por no faltarle como ejemplo a Inesina, Pamela se animó a meter el pie en el espejo negro. El agua estaba tan gélida como lo temía y el fondo tan duro y resbaloso como lo esperaba. Tras ella, cogiéndole del bolso, siguió la doncella callejera, a la zaga del Michi.

A paso muy lento y cauto, recorriendo con la daga el suelo de un lado a otro en su ruta, avanzaron los tres con Reynaldo de cómodo vigía, que le lamió la cara a la dama del talón.

A la mitad del estanque, Merdo se detuvo y murmuró:
—Y... ¿si hay algo en el agua?

Pamela soltó un alarido. Inesina estalló en gritillos agudos. Merdo respingó atrás boqueando aterrado. El tzompantli vibró. Inesina tiró del bolso. Pamela resbaló. Reynaldo voló por los aires oscuros.

La lámpara cayó a las aguas y se apagó.
Y...

Pamela, tendida en el agua, a medias erguida, miró alrededor azorada:

Las aguas refulgían. La obsidiana se había disuelto en vívido cristal y el fondo del estanque era todo cuentas de lapislázuli, finamente unidas, como un cielo de bolsillo.

Y sí, había algo en el agua:

Numerosos pececillos bailoteaban aquí y allí, del color del jade verdecido unos, como esmeraldas hojas de fresno a través del dorado del sol otros; y también renacuajos orondos y axolotls —ajolotes— albinos con manchitas azules.

En el techo, iluminado por las aguas o por los peces, escampaban figuras mexicas coloreadas en tinturas magenta y

cyan, rebosantes de glifos, como los de los códices, con jaguares, conejos, aves, arañas, cocodrilos o perros, más o menos una veintena de ellos, como el segundo círculo de signos del llamado Calendario Azteca. Pero en lugar del resto del diseño cosmogónico, había más bien representada una especie de cruz de corrientes de agua, mostrando cuatro puntos cardinales con lo que parecía ser un árbol en cada extremo:

Al norte, el sauce de Quetzal Huexotl; al este —por donde habían entrado—, el mezquite de Quetzal Mizquitl; al sur, el pochote de Quetzal Pochotl, y al oeste, el ahuehuete de Quetzal Huehetl.

Y ahora que miraban al oeste, al fondo de la cámara, las conchas que circunscribían en espirales los cráneos del tzompantli refulgían tenuemente en el tornasol de la concha nácar.

—Pamela —le dijeron. Y regresó la mirada de su asombro a Merdo, que le tendía la mano para levantarla. Reynaldo ya había alcanzado la plataforma del centro y se sacudía irritado, e Inesina examinaba la jarra con gran curiosidad.

—¡Miren! ¡Miren! —gritó emocionada la doncella callejera.

—¿Qué hay? ¿El tesoro de Moctezuma? —preguntó Pamela alzándose de inmediato. ¡Al fin se podría hacer una fina operación jarocho y ser la mujer completa que quería y debía!

—¡Mejor! —respondió Inesina.

Merdo y Pamela la alcanzaron en el acto. La tal vasija era en realidad hueca por detrás, como un árbol hendido por el rayo, y en su interior descendía una empinadísima escalera hacia nuevas oscuridades.

Pero allí, así y entonces, les llegó el tenue eco de un barullo adentro. Olieron risas y escucharon menta.

Esta vez Inesina se adentró primero, ya contagiada de risas. Iba a entrometerse junto a ella Pamela cuando corrió de vuelta al estanque, cuidando de no pisar a ningún ciudadanito, y cuando volvió a la plataforma, ya Merdo y Reynaldo se habían adelantado.

La dama del talón había recogido, prudentemente, su lamparita. No bien la encendió, ante el manchoncito de luz desaparecieron los murales del techo y las aguas volvieron a parecer un espejo negro y humeante.

ESCONDIDA POR LOS RINCONES,
TEMEROSA QUE ALGUIEN LA VEA

¶ NO BIEN ENTRARON AL GRAN SALÓN, los arrestaron unos forzudos tloques ante la lucecilla de la lamparita. Eran como hombres tortuga pero con cuerpo de ranas paradas, ataviados con tocados de boca abierta de caballeros axolotl, escudos de caparazón de tortuga con finos adornos tejidos en plumas de martín pescador y con la enseña del Tlälloc de la vasija. Se armaban con tremendas macanas macuahuitl con afiladísimas piezas cuadrangulares de jade y unos anchos puñales de obsidiana en fundas de amate trenzado.

Desarmaron a la compañía y los introdujeron a todos a una fuente con una rana tallada en su centro. Allí los encontró, casi al acto, el Chiquilín, un chaneque famoso por ser uno de los campeones del equipo de gatos callejeros que había logrado calificar en las guerras floridas para el torneo del Caribe. Era un hombrecillo de la estatura de Merdo, moreno, bronceo, con ojos de gato, bigote ralo, barba de piocha, faldellín del tipo maxtla y sandalias de piel de cocodrilo.

—¡Quiubo, cabrón! ¿Tú de nuevo por aquí? —le preguntó a Merdo, atado con grueso mecate y reducido por el par de tlaloques.

Y entonces a Pamela le estallaron todos los toques de mota que se había fumado durante años. Eso o la demencia. Eso, o peor aún:

Todo era real. Era la neta.

Merdo miró asustado al Chiquilín.

—Ora sí chin-chin que no te fallo —le suplicó el Michi—. Yo mismo me sacrifico a tu Ahuizolt, pero no le saques el corazón a los míos. Perdón por retornar al Ohuican... Yo pensé que... Yo creía que...

—¡Óoorale, mi Mascabado! —lo interrumpió el Chiquilín—. ¡Ya no hablas como gabacho gachupín!... ¿Qué dijiste ora que me viste? ¿Que ya te chingaste, no? ¿A poco no estoy cabrón?

—¿Aah? —respondió Merdo confundido.

—¡Ah! ¡No cambias, mi Mascabado! Sigues con tu cara de pendejo conejo extranjero... Que no. No nos los vamos a chingar.

—¿De verdad?

—¡Pues claro! ¿Qué no ves? —el chaneque señaló a Reynaldo—. Él es un ciudadano de primera. Un hermano perro. Y tiene, como todas las bestias, entrada al Corro Coloquio del Aquellarre Internacional de Feéricos y otros Sobrenaturales... Ándale, cabrón —añadió mirando de ojo a ojo al perro con el suyo de gato—. No te creas que me he olvidado de tu herejía al Ahuizotl, ¿eh? —señaló después a Pamela con su dedo garrudo—. Esta está más cabrona. Lleva en él la presencia de Ometéotl: Ometecuhtli, todo lo varón, y Omecihuatl, todo lo hembra. Es dual como el cielo y la tierra. El fuego y el agua. Y está tocada por Xochiquetzalli, la querendona... Ah, y tú. Sí, te

exiliamos del Ohuican por zacatón y chafa pero... ¿Qué crees? En los aquellarres internacionales hay amnistía para todos los criminales.

—¿Y yo? —inquirió Inesina entre susto e indignación.

—Su caso es especial entre los demás, señora fina —dijo el chaneque con una reverencia—. Esta es su casa, dama de los fresnos y las jacarandas, hija de las palomas, confesora de las ratas, amiga de los tréboles y azote de las cucarachas. Nos honra su presencia, porque hace siglos que no nos visitaba una como usted.

—¿Y entonces? ¿Por qué estamos presos? —preguntó Merdo enrojecido.

—¿Presos? —se extrañó el Chiquilín—. ¡Nada de eso!

—¿Y por qué nos amarran? ¡Suéltenme! —gritó Inesina, que se debatía desesperada.

—¡Aaah! ¡Es por eso! —dijo el chaneque—. No, es que hay que amarrar a todos para entrar porque, si no, se lastiman los brazos y las piernas. Ya les pusimos sus armas en un atado y se las arrojaremos atrás, para que no se hieran con ellas.

—¿Queeé? —preguntó Pamela.

—¡Arrójenlos por la resbaladilla, muchachos, que van al aquellarre! —exclamó el chaneque.

Y los tloques los alzaron en voladas y los arrastraron hacia un muro de negro basalto, labrado como una inmensa cara del tamaño de una camioneta con la boca entreabierta a la negrura.

—¡Merdo! ¡Merdo! —le gritaba Pamela—. ¿Entonces todo lo demás es cierto? ¿Los ángeles guardianes? ¿Las hadas? ¿Los fantasmas? ¿Y el Cielo? ¿Y el Infierno?

Merdo abrió la boca para responder, y entonces los arrojaron a la oscuridad antes de que pudieran gritar su terror.

Resbalaron, sin soltar el aliento y con los cabellos erizados, por una negra pendiente de tal lisura que daba cosquillas en la panza y en los pies, en una oscuridad que los llevó al último rincón de la desesperación. Cuando creyeron morir, salieron disparados por un voladero y cayeron en una profunda pileta. Y esa fue su primera luz: tendidos sin aire en el interior de las aguas heladas y prístinas como cristal, donde unos distantes muros verde azules de algas o malaquita los consolaron con su belleza un instante antes del ahogo.

Pero no.

Surcaron sombras de tlaloques hábiles, veloces como ranas, precisos como tortugas, que les cogieron de las cuerdas y les arrastraron a la superficie, donde docenas de manos, largas o cortas, escamadas o peludas, nerviosas o picantes, les ayudaron a salir en un instante entre un brioso y poderoso aplauso que resonaba como en un estadio en el gran salón en el que se encontraron ahora. Y antes de que pudieran recuperar el aliento, los tlaloques ya les habían cortado los mecates y les habían volcado entre ellos la daga, la resortera, la lapicera y los zapatos de tacón, a la luz de numerosas y confundidas antorchas, luciérnagas, pozos fulgurantes, espejos refulgentes y relojes despistados.

Poco después del jolgorio y el cálido recibimiento en ánimo de relajó y buenaventura, fueron de nuevo ignorados entre los cientos y cientos de hablantes de Feéricos Internacionales en Aquellarre y Coloquio Asombroso. La FIACA.

Ocurrió que, después del último coloquio en 2009, se habían dividido los sobrenaturales en numerosas propuestas y planes, ninguno con mucho apoyo popular. Entre esas ideas se instaba a reunir el aquellarre ya no cada doce años porque, para el ritmo de la ruina humana, podría llegar la crisis a un

punto de no retorno si se quería curar la tierra, así que alguien dijo que deberían reunirse más seguido. Cada tres años, dijeron unos. Cada nueve años, dijeron otros. O mejor, cuanto antes, cada veinticuatro años, hubo quien sugirió, mientras que otra facción independiente proclamaba el Aquellarre abierto y permanente.

De modo que cada quien respondió a la convocatoria que quiso, y como además se tenían que celebrar las olimpiadas de juegos de azar y los torneos de armas y magia, los sobrenaturales comenzaron a reunirse a nivel mundial, sin saber a cuál de las convocatorias acudían o para qué. Ese era el caso del aquellarre que se celebraba esa noche en lo hueco del cerro de Chapultepec, con embajadas y emisarios feéricos de las partes del mundo que se habían enterado... o que no habían terminado en la otra convocatoria en las ruinas de Borobudur en Indonesia.

La cámara subterránea tenía el tamaño de una plaza de toros y en su cúpula se encontraba labrado a todo lo amplio en la roca negra el rostro inmenso de Tlälloc, con el aspecto de la vasija de la escalera magnificado en tremenda perspectiva como si Pamela examinara una hormiga a dos palmos de su cara.

Un agujero en la base de la lengua bifurcada, justo en el centro de la cúpula, daba vestigio de una antigua fuente de agua que debía tronar en el suelo como lo hace la columna central del Museo Nacional de Antropología. De la poza que alguna vez albergara todo ese tronante caudal y catarata, ahora sólo quedaban los muros empinados de su contorno cuadrado, de veinte metros de lado, resbalando cinco metros más hasta el fondo, repleto de guijarros pulidos de río, muy similar su silueta general a los vestigios de las albercas de los baños de Moctezuma, al sureste del castillo de Chapultepec.

Alrededor de la poza se hallaban veinte estatuas negras —cinco de cada lado—, representando macizos sapos con las bocas abiertas, que probablemente a modo de gárgolas otrora volcaran las aguas de sendos acueductos a la poza. Esos canales aún zanjaban detrás de cada sapo y zigzagueaban en caprichosos ángulos rectos que rodeaban la circunferencia de la cámara creando siluetas abstractas y angulosas, como las de los códices mexicas, con diversas representaciones humanoides de Tlälloc.

Y el sital.

Y el trono.

Y el ahuehuete.

El Huey Ahuehuetl, aquel árbol de 23,000 años de antigüedad.

Se encontraba el tocón de su tronco enraizado al fondo de la cámara, en un nicho excavado a más de siete metros de altura al que se accedía por un trecho de empinadas escaleras guarecidas por las tronantes efigies de un par de serpientes emplumadas, con sus cuerpos flanqueando la escalinata, talladas para seguir la secuencia de las raíces petrificadas desde lo alto, con sus cabezas de dragón culminando al pie de los escalones.

Allí, sobre el tocón desde donde gobernarán alguna vez y algún día el Rey Chapulín y la Reina Llorona, ahora sólo había la efigie de un grillo del tamaño de un becerro, labrada en la piedra roja de carnelita.

Y en toda la disposición del lugar se esparcía la abundantísima y colorida presencia de la comunidad sobrenatural.

Veamos:

Muy veamos:

En cada una de las esquinas de la poza central se habían alzado unos postes engrasados, como los de los voladores de Papantla, de donde colgaban los pendones del aquellarre de esa edición: sobre un fondo aquamarino, un árbol verde al centro y cuatro dragones girando alrededor. Al norte, un dragón rojo, gordo, con alas de murciélago, cuernos en la cabeza, púas a todo lo largo de la espina hasta el final de la cola. Al este, un dragón oriental esbelto y grácil como un río o una nube, con rostro de león, pequeñas patas de ave y largos bigotes. Al oeste, moviéndose en un zigzaguo complementario al del dragón oriental, el singularmente parecido diseño de una serpiente emplumada mesoamericana de la efigie de Quetzalcóatl. Y al sur, un dragón con aspecto de marítimo, como una ballena constituida por cientos de criaturillas independientes y una boca descomunal: el Leviatán de las mitologías semíticas.

Luego estaban los emisarios que se las daban de más importantes o que, al menos, fueran o no legítimos, se enseñoreaban como los representantes de sus regiones. Éstos se sentaban al interior del hueco en el lomo de los veinte sapos labrados, de modo que no era el número de las regiones, sino solamente los sitiales más ponderantes que habían apañado los embajadores más poderosos.

Detrás de ellos, y ocupando el resto del suelo de la cámara, estaban los demás visitantes del Aquellarre, instalados en un caótico estallido de campamentos de todas las estirpes: desde un tianguis a todo lo largo de un muro hasta una comunidad de diminutos *leprechauns* del tamaño de un dedo, que habían fundado una villa en el interior laberíntico de uno de los canales que conducían a la boca de un sapo de piedra.

En la sección de sapos huecos al lado del trono del ausente Rey Chapulín, al oeste, se encontraba el representante

actual del Ohuican de Anáhuac, flanqueado por los más privilegiados invitados.

Nadie sabía quién había escogido a este representante ni por qué, pero aunque todos tenían de cierto que había hecho fraude para estar allí, ningún extranjero quería meterse y ningún local podía oponérsele: era un nahual que parecía una combinación de puerco y rata, gordo, morrudo, bigotón, sin pelo y con la piel grisácea y sebosa; casi, casi un orco. Usaba lentes oscuros, corbata roja y un costoso traje empresarial de dos piezas tejido con finas plumas de quetzal —en vías de extinción—, y estaba protegido por dos guardaespaldas chaneques forzudos y descomunales, con aretes de oro de la barbilla a la frente en una línea que pasaba por boca y nariz, con sendos garrotes macuahuitls con pinchos de hierro a todo lo largo. A este nahual le llamaban *el Licenciado*, que divagaba entonces cantinfleando un discurso grandilocuente y críptico, sentado al centro de los sapos de piedra.

A su derecha se sentaba el Mago de Oz, el millonario empresario de América del Norte; un altísimo y esbelto individuo vestido con un frac de corte decimonónico elaborado con pieles de pingüino real y tigre blanco, coronado con un sombrero de copa que se calaba hasta el cuello, sin que pareciera tener orificios para mirar a través de él, aunque una barba blanca de chivo asomaba debajo y le colgaba como corbata. A la izquierda del licenciado nahual había una gárgola rosada y fofa, vestida con los hábitos de un obispo, con una mitra casi tan alta como ella, desparramándose sus carnes y ropajes del sapo de piedra como un helado doble de vainilla y grosella en un cucurucho demasiado pequeño. Tenía las manos cruzadas sobre su barriga con los dedos portando anillos enjoyados, que parecían gusanos con cinturones despampanantes. Hablaba el obispo con su pequeña boquita

con expresión paternalista y condescendiente, mientras sus alas de murciélago vibraban tras él como plantas carnívoras al acecho cada vez que una hembra feérica o un crío sobrenatural le pasaba a la espalda.

Se hubiera esperado que los otros dos sitiales sapos del sector oeste se hubieran asignado a otros eminentes sobrenaturales del Continente Americano, como el Rey Cóndor de Machu Pichu o la Reina Anaconda de la Amazonia, pero, en cambio, habían dispuesto el licenciado nahual, el Mago de Oz y la gárgola vaticana que esos lugares los ocuparan sus agentes. Así que al lado del obispo se sentaban dosimps de la iglesia sobre un mismo sapo, con cuerpos como de monos con rostros de bebés arrugados, alas de murciélago y colas bifurcadas que terminaban en cabezas de serpientes. Uno vestía la librea de los guardias del vaticano, con yelmo de media luna, calzones bombachos amarillos y cafés, estilete al cinto y alabarda; y el otro se ataviaba como conquistador español, con calzones bombachos rojos, armadura, espada y yelmo con celada.

A la derecha del Mago de Oz se encontraban, también hacinados en un solo lugar, los otros emisarios de América del Norte: el tótem de oso con su pechera tradicional de maderos tejidos y soberbio penacho, junto a un mono alado con traje y gorrito de cilindrero. En lugar de apretujarse los dos, se recargaban a medias en la piedra, tratando de rescatar alguna dignidad posible. Si bien todo el mundo sabía que el tótem oso y el mono alado eran acérrimos adversarios políticos del Mago de Oz, el multimillonario hechicero prefería tener cerca a sus compatriotas enemigos antes que a cualquier otro extranjero al que considerara “exótico” y, por tanto, infantil, salvaje o, en una palabra, inferior.

En el sector de los cinco sitiales sapo al norte, a la izquierda del trono, se había instalado la comunidad sobrenatural asiática, con tan dispares aspectos como ese inmenso continente desbordara de posibilidades: una elegantísima dama zorra geisha del Japón, vestida con un hermoso kimono de todos colores y ninguno; por China, un hombre joven vestido en sencillos pantalones y alpargatas negras, con camisola blanca y tres cicatrices de garra en cada mejilla. Nada menos que un descendiente de dragones. Por la India, un demonio rakshasa, con aspecto de hombre tigre maharajá y sibarita; por las estepas y los hielos de Rusia, una bruja bella, rubia, fornida, con patas de gallina, del linaje de la mítica y terrible Baba-Yaga, devoradora de niños. Y por las islas del Pacífico Sur de Oceanía, una especie de espíritu de madera, labrado, garigoleado y taraceado su rostro en concha nácar.

El tercer sector en torno a la poza seca, al este, enfrente del licenciado nahual, provenía de África y el Medio Oriente. Un genio djinn, apuesto, moreno, de ceja abundante, faja alta y cimitarra espesa, representaba a las naciones de lengua árabe y, al extremo opuesto, se encontraba un golem de barbas de cobre, sonrisa sabia y modos corteses de la nación hebrea. Entre ellos, había un sátiro heroinómano con el cuerpo cubierto de cárcel, mujeres y mar. Una mantícora de león con rostro humano, en los huesos, con parches en el cuerpo de piel de hipopótamo, cocodrilo y hiena, representaba al África Septentrional, tan crónicamente saqueada. Por último, se sentaba con las piernas cruzadas un escuálido brujo mandril de ébano, portando orgulloso una gran máscara tribal del África Austral, cuna de la humanidad, tan ingratamente desecrada y devastada por sus hijos más tardíos y advenedizos.

El último sector de sapos, al sur, a la derecha del trono, estaba constituida por los emisarios europeos, que ya no eran tan poderosos y preponderantes como lo habían sido siglos atrás y que, tras la partida de las hadas bosque adentro, de los elfos al oeste inmortal, de la Segunda Guerra Mundial y de la Guerra de los Brujos, los sitiales de los emisarios se escogían por intrigas mezquinas de muy menores representantes. Y allí estaba el descendiente de Jack O'Lantern, siempre amargado porque todos creían que era el rey del Halloween norteamericano y no un antiguo fuego fatuo inglés. Junto a él estaba una mujer loba que se hacía llamar Dennis, pero que todos sospechaban que no era mujer, que no era loba y que no se llamaba Dennis —de todo esto se dio cuenta de inmediato Pamela de un solo vistazo—. A su lado estaba un tal Hugo *El Vampiro*, de los pocos contentos con los últimos tiempos, porque había pasado de ser tenido como terrible monstruo cien años atrás a ser un exótico aristócrata con capa de cuello rojo hacía medio siglo, y luego un sensible darketo a finales del siglo xx y, a inicios del XXI, finalmente, un adolescente metrosexual, romántico y de buenos modales. A ese ritmo, sus colegas sospechaban que sería el único sobrenatural que sobreviviría en el mundo onírico podrido de plástico, basura y oro.

Uno de los otros dos emisarios europeos era un trasgo pequeño, amarillento, vestido a la usanza del siglo de oro español, con gola, manto y calzones negros, sin dientes, sin pelo, arrugadísimo y que había sido secretario de un secretario de un secretario de la antigua reina hada euskera Lamiak. Como veterano sobreviviente de los siglos, era honrado por los miembros del concilio... Sólo que, como era daltónico, medio sordo y disléxico, solía entender poco y confundir mucho.

El último emisario sí había estado presente en todos los aquellarres desde la Edad Media. Era un gnomo. Más pequeño aún que el trago, pero más alto que una botella, con un traje gris arrugado y un gorro largo como un calcetín. Era un burócrata. Un burócrata ancestral, como todos los de su linaje, que alguna vez habían numerado las hojas del bosque de Brocéliande, levantado una póliza de seguros al puerto de Nínive y calculado la devaluación de El Dorado de los Andes. Los gnomos eran siempre patéticos hipocondriacos, que todas las enfermedades sufrían aunque nunca morían de ellas, y aunque patéticos pusilánimes, no había quien los igualara en los oficios inútiles, como bordadores de olas, coleccionistas de polvo, embotelladores de luces o psicoanalistas de abejas.

Y sí. Eran los creadores de la burocracia y, gracias a ella y a su maraña laberíntica de trámites —que incluía asuntos humanos, feéricos, demoniacos o divinos—, habían retrasado varias veces en la historia el fin del mundo... Aunque si alguien se había enterado, nadie se los reconocía.

Este gnomo en particular era temerario entre su pueblo, porque después de 1 000 años que tardó la moda gnómica en evolucionar del moño a la corbata, el emisario usaba corbata.

Así pues, los veinte embajadores de los sitiales sapo se hallaban enfrascados en una muy espesa, inútil, disonante y malentendida discusión, mientras que, detrás de ellos, el resto de cientos de sobrenaturales —algunos, cohortes de los emisarios; los más, visitantes del resto de los rincones del mundo que habían llegado por accidente— jolgoriaba en sus propios asuntos, ignorando que ese era aquel susodicho aquellarre que buscaba evitar la ruina del mundo por el hombre: la FIACA. Así, pues en un recodo había una casa de juego regentada por un minotauro inválido sobre una tabla con ruedas, mientras un garbazú barbudo de las nieves se

echaba un concurso de alcoholes contra un pie grande. En otro muro se llevaban a cabo los torneos de magia, lanza, espada, arco, corcholata, albures y butacón, mientras al pie de las escaleras del trono se jugaba un partido amistoso entre los Chaneques Chilangos del Ahuizotl —el equipo local— y los Duendes Marinos de la Isla Santorini —que les estaban dando una paliza—. En tanto, las porras de ambos equipos se habían decidido a organizar una fiesta y gran juerga, bailando sobre botellas, y habían terminado mezclándose con los del torneo y los del partido, de modo que ya se bailaban los que se daban con la espada y el escudo, al tiempo que los adversarios de lucha grecorromana ya se frotaban con mucho más grande amistad.

Sentado entre una cabra samurái y un caldero soprano, estaba Wally.

Pamela se puso a llorar, postrada de rodillas y cubriéndose la cara, convencida de que había perdido la razón. Inesina se había subido a una carreta que había llegado sola —y que le tenía miedo a la oscuridad—, y ya bailaba con unos gatos tristes, unos murciélagos de fuego, un dragoncito de trapo y alambre y unos papalotes saltimbanquis.

¿Reynaldo? Ya estaba en la casa de juego jugándose su resto, apostando el único testículo que le quedaba, para ganar el que le había arrancado un mastín unos meses atrás... Y Merdo, tras encontrar al gnomo muy familiar sin saber por qué, se había formado al final de una larga fila que estaba atendiendo el supremo burócrata, para tramitar la recuperación de sus memorias.

Y así es como muchos humanos a lo largo de la historia, cuando se encontraron un corro de sobrenaturales y aquelarre de feéricos, podían extraviarse en el jorgorio y la fiesta de una sola noche cuando, para el mundo normal, podrían pasar cien años enteros...

Y YO LES CONTESTABA QUE MI SANTO ERA EL MÁS CHINGÓN DE LA PRADERA

¶ —ENTONCES HAY QUE DECIDIR qué comisión va a hablar con los Dragones Primordiales, ¿no? Porque para eso estamos aquí. Los hechos: este portal... eh... (¿primitivo?)... eh... *pintoresco*, necesita activarse con sangre. Lógicamente, los que puedan pagar la amplia cuota de sangre para rellenar la poza son los que tienen derecho a cruzar el umbral e ir a hablar con los Dragones Primordiales de su preferencia: el Leviatán, el Bahamoth, Tung-Mi-Lung, ustedes digan... Y *nosotros* (ejem) podemos pagar la cuota. Así que *nosotros* enviaremos a nuestro pelotón de elite a... eh... dialogar del otro lado del portal.

Eso escuchó Pamela decir entre el barullo de gritos, cantos, llantos, risas, eructos, canela, pólvora, cerveza, vómito, mole, jamaica, delectos y gemidos eróticos.

No podía fijar la dama del talón la vista en la marea de criaturillas vertiginosas, pero se tensó, profundamente preocupada por lo que acababa de escuchar, aun sin entender a lo que se referían, por el tono prepotente, demandante e indolente de la voz, al reconocer en ella el dejo de los hijos de puta que tan fácilmente disponían de la vida de los demás.

Resopló tomando aliento, como cuando tenía que cumplirle porquerías a los clientes depravados, y con esa disciplina y voluntad que había calado para vivir aquella vida en aquellas calles, aquellas noches, levantó la vista fija hasta atravesar el barullo y descubrir quién hablaba:

El Mago de Oz.

Con un zapato en cada mano, comenzó a abrirse paso entre la multitud, evadiendo a una garza en zancos y pasando por sobre dos aluxes que se estrangulaban.

—¡Mentiroso! ¡Tramposo! ¡Traidor! —gritó el mono con alas, subiéndose a la cabeza del oso tótem para encarar al sombrero de copa del Mago de Oz y agitarle el dedo enfrente, indignado—. ¡Todo mundo sabe aquí que eres socio de los Dragones Corporativos, nuestros enemigos de unicel y celular, y que tienes las manos metidas en los negocios de los humanos! ¿De dónde sacaste la sangre para el ritual? ¿Del petróleo? ¿De Irak? ¿De Afganistán? ¡Como si no la vinieras ahorrando desde la Guerra Fría y Vietnam!

Los miembros del consejo se miraron incómodos. No era la primera vez que escuchaban al mono alado acusar al Mago de Oz, y ya se habían acostumbrado.

Pamela pasó al lado de la fila que daba al gnomo y tocó a Merdo en el hombro al pasar, de cariño.

—Hijo, todos conocemos tu buena voluntad hacia tus hermanos de los rincones, pero no te dejes arrebatar y envenenar por esas mentiras de los masones de la Cofradía de los Caminantes de la Lluvia. Siembran inquina y confusión entre nosotros— tomó la palabra el obispo—. Te recuerdo que no hay pecado en la posesión legítima, y querer repartir lo que otros han trabajado no sólo es un robo y un crimen, sino además —y bajó la voz para que todos lo escucharan con claridad— *comunismo diabólico*. ¿Te recuerdo cómo acabó el

sindicato de kobolds rojos tras la caída del muro de Berlín? ¿No ves que nuestro hermano aquí presente —y señaló con un blando ademán al Mago de Oz—, en un gesto honrado, generoso y heroico, como lo caracteriza, ofrece su propia sangre para todos nosotros, como hizo el Señor en la cruz? —se volvió por completo hacia el de sombrero de copa y añadió—. Y con ese sacrificio, te honras y te ganas el cielo, hijo, pero no es necesario que lo sufras. *Nosotros*, la Iglesia, tenemos suficiente sangre de nuestros mártires, que han sufrido para esparcir las buenas nuevas de la verdad de Dios, comprando con su dolor el cielo para los justos.

Pamela llegó al borde de la poza, entre el gnomo maloliente y el viejo trasgo.

—¡Son unos hijos de su pinche madre! —les gritó la dama del talón—. ¿De quién es esa sangre? —se dirigió hacia el obispo agitando el puño—. ¿De quién es esa sangre? ¡Confiesa! ¿Es sangre de niños, verdad? ¡De niños que ustedes han violado en secreto y encubierto a los violadores! ¿Cómo tienen el descaro de hacerlo en nombre de nuestro grande Jesús? ¡Que se les queme la boca cuando digan su nombre, demonios!

La gárgola del vaticano volteó a verla, indignada, sorprendida, resoplando con el labio tembloroso.

Los del consejo se miraron unos a otros. El hijo de dragón chino, que recargaba la mejilla en la mano con una sonrisa aburrida, levantó de pronto la faz, serio.

—¡Calla, puta! ¡Engendro! ¡Mutante! ¡Pecadora!... ¡Pecador! ¡Aberración! —se enardeció el licenciado nahual—. ¿Cómo te atreves a hablarle así al monseñor con tus alusiones de drogadicta?... ¡Drogadicto! ¡Perdida! ¡Marica! ¡Pinche puto! —se giró hacia la gárgola y al Mago de Oz—. No le hagan caso por favor. Debe de ser uno de esos comunistas grilleros. Una loca cualquiera.

—¡Oye, tú! —clamó Inesina desde arriba de la carreta—. ¿Quién te crees, queso de puerco, para hablarle así a mi amiga? ¡Tú eres el mentiroso!

Merdo salió de la fila del gnomo y se acercó al lado derecho de Pamela.

—Me cae de madres —le dijo la dama del talón al licenciado nahual, sacando su vozarrón de hombre para hacerse escuchar con claridad— que no sé cómo los chaneques de aquí no te rompen tu madre. ¿Cómo no te da vergüenza ser el lamehuevos de éste? —señaló al Mago de Oz—. Y la tapadera de estos criminales psicópatas —señaló con la cabeza al obispo—. ¿Cómo permiten? —le preguntó a la multitud del consejo, apuntando a los nacionales—. ¿Cómo permiten que este tipejo macho, mezquino, convenenciero y agachón los represente? ¡Seguro que ni se le para!

—*Whatever* —atajó el Mago de Oz molesto—. A los hechos: abriremos el portal. Monseñor tiene con qué y yo lo doblo. Pongámoslo a votación.

—¿A votación? —interpeló el tótem oso—. ¿Contando los votos que ya compraste, como el vampirito peinado, el licántropo de Hollywood y el rey del Halloween? ¿A los que amedrentas si no se abstienen? —añadió señalando a las comisiones africanas del consejo.

—Tengamos cuidado con esa democracia mal entendida que tan fácilmente puede desbordar en comunismo diabólico, como ya ha ocurrido tantas otras veces —apuntó el obispo—. Claramente todos tienen derecho a voz en los aquellarres, desde tiempos inmemoriales, pero no hay que dejarnos ensuciar por el delirio y el rencor de la bajeza callejera —señaló con la garra, en un ademán despectivo y amanerado, a Pamela— y decidamos entre los que tenemos los recursos para abrir el portal. Esto es: voz para todos, pero voto para los que tienen la posibilidad de ser responsables.

—No se debe abrir el portal sólo porque se puede. Y no se puede decidir sólo porque pueden pagar —dijo el joven chino—. Ustedes... —señaló a toda la galería del licenciado nahual— están a prueba desde este momento para comprobar que no son siervos de los Dragones Corporativos, o cómplices de la humanidad gobernante.

—¡Ah, chingá! —murmuró Pamela mirando encantada y absorta al chino— ¿Qué ese güey no es Bruce Lee? —le preguntó a Inesina, ya de pie junto a su lado izquierdo.

—Esa —apuntó el Mago de Oz— es una mentira falaz e inútil que, en todo caso, tiene que ponerse también a votación.

—¿Es imprescindible abrir el portal? —intercedió el rakshasa hindú—. Entonces pongamos la sangre nosotros mismos. Todos.

—¡En lucha a muerte! —se emocionó la bruja rusa.

—Calma, calma, por favor —dijo la dama zorra del Japón—. No mezclen sus pugnas con lo sagrado. Y tampoco ofendan a nuestro anfitrión —miró a Pamela, quien parpadeó sorprendida y halagada de verse interpelada por tan distinguida mujer—. ¿Quieren matarse? Muy a la orden, pero no cualquier sangre debe o puede ofrendarse al portal... ¿No hacían así los aztecas, capturando en sus guerras floridas a los guerreros más dignos para ofrendarlos a los dioses? —preguntó al licenciado nahual, que se encogió de hombros, ignorante—. Ni sacrificios ni buscapleitos en esta ocasión tan importante, sino ejerciendo el más puro poder de la voluntad libre y soberana. ¿Quieren ser dignos el obispo y el mago? Demuéstrenlo ofrendando sus propias vísceras con su propia mano. Yo les presto mi *tanto* —concluyó y, con un gesto sutil e inmediato, arrojó su fino cuchillo samurái, en funda de bambú dorado, a través de la poza, entre el licenciado nahual y el Mago de Oz.

—¡Esto es una estupidez! —se escandalizó el mago—. ¡No voy a permitir que revienten esta sesión con provocaciones de revoltosos y barbarie! ¡El precio que está pagando el mundo es muy alto! ¡Aquí tengo la sangre de nuestros héroes caídos en la línea del deber en defensa de la democracia y la libertad del planeta!... Y permítame, monseñor, pero yo le aseguro que lo indemnizaré debidamente por esta gran pérdida a su piedad y generosidad. Ampliamente.

—¿Y vamos a ser también “remunerados” todos los demás por quedarnos sin esa “honra”? —preguntó, hambrienta, la mujer loba.

—No —sentenció el mono alado a su lado—. Una vez más, prevalece la sabiduría de Oriente —dijo señalando a esa galería—. Que no se vierta una sola gota de sangre inocente y que se demuestre que estos *pricks* no son aliados de los dragones corporativos y de los humanos reinantes que les sirven. ¡Te reto a un duelo aquí y ahora! —exclamó de cara al Mago de Oz—. ¡Tú y yo! De hombre a hombre, sin los que te temen ni los que están en tu nómina. Tú y yo.

—¡A huevo! —gritó Pamela—. Y yo te reto a ti, pinche manoseador —se dirigió al obispo—. ¡Para que aprendas a meterte con uno de tu tamaño! Porque, además, ¡seguro que la tengo más grande que tú!

Silencio en el consejo y, a la vera de tan buenos y prontos *mandrakes*, madrazos, puñadas, puñetazos y patadas, se hizo también el silencio en el resto de la cámara, y miles de ojos de todas las formas y colores —y tentáculos afines— miraron al Mago de Oz en espera de la respuesta.

El Mago de Oz juntó las manos con los dedos tensos, yemas con yemas, y el sombrero sobre la cara se giró en torno a todo el consejo.

—Nacos. Demócratas. Comunistas. *Fuck you all!*... Al cliente, lo que pida: *plan B*.

—Oh no... —murmuró el obispo, cogiéndose de los pliegues de su sotana.

Y en ese momento, la tropa de elite del Mago de Oz, que había estado esperando en secreto la “indicación”, desató su operativo especial *Cortés*: cobardes sargentos hombres león encendieron en llamas a fanáticos descerebrados hombres de paja, que corrieron de un lado a otro esparciendo el miedo y la confusión, contagiando la flama y el griterío en el aquellarre. Entonces ordenaron que las tropas de hombres de hojalata se levantaran de todas partes, esgrimiendo largas hachas de leñadores, para marchar en apretadas filas, buscando cercar la poza y a los emisarios, guareciendo al Mago de Oz, y abrir un cerco de acero para que pudiera avanzar una carreta con forma de olla exprés con patas de araña que echaba humo negro por todas partes.

Repleta de sangre y dirigida, a toda velocidad, hacia la poza sagrada de Tlälloc.

—¡Pinche gringo! ¿Quién te crees? ¿Crees que sólo porque tú quieres se te va a hacer? —le gritó Pamela al Mago de Oz, arrojándole uno de sus zapatos, que le atinó con fuerza en la cabeza y le arrebató el sombrero, revelando el rostro de un enjuto y viejo canalla:

El Tío Sam.

Iracundo, metió la mano en el interior de su saco y extrajo de la sobaquera una pistola automática del tamaño de un gato, y le apuntó a la sexoservidora.

—Ni se te ocurra, viejo *Redneck* —le murmuró el mono alado, desenfundando a toda velocidad un revolver, cargando el percutor del arma atrás y apuntándole a la cabeza.

Alaridos, crujidos, roturas, aplastamientos y despanzurrados estallaban al paso de la carrera de la carreta humeante, en tanto que el griterío y los empujones sometían los aires de la caverna en apretadas y casi dolorosas reverberaciones.

Dirigiéndose el vehículo trepidante hacia el ángulo de la poza entre los emisarios de África y Asia, los embajadores huyeron a trompicones en todas direcciones.

Salvo uno.

Bruce Lee.

Se levantó con tranquilidad y, tomando aliento profundamente, dobló las piernas, levantó los brazos a la altura del pecho, con los pulgares y los meñiques extendidos, y se puso en guardia.

La carreta traqueteó a toda velocidad sobre él y, justo entonces, con la presteza de la mordida de una cobra, el hijo del dragón giró sobre su eje con un breve gritillo como de guacamaya y de una patada volcó el armatoste humeante, derribándolo sobre el pelotón de hombres de hojalata que cerraba el cerco por aquel lado.

Entonces estalló la batalla del aquellarre.

ESTA NOCHE EN LA ARENA MÉXICO

¶ EL TÍO SAM y el mono alado cruzaron una mirada estupefacta. Aprovechando la distracción, el viejo se encogió a un lado, disparando debajo del brazo al azar pero sin alcanzar la cara del mono, mas acertándole al oso tótem en la pierna, y se echó a correr hacia los hombres de hojalata que llegaban por su cuadrante.

El mono echó un rápido vistazo a su amigo para saberlo con vida y después disparó tres veces al Tío Sam, antes de parapetarse detrás de su sapo de piedra y disparar el resto del barril del revólver. Luego se encogió para volver a cargar, mientras el viejo zancudo se cubría con sus soldados, devolviendo el fuego.

Tronaba el gran salón del Ohuican con tremendos barullos y desbandadas bataholas.

La mantícora, hambrienta, en lugar de huir, saltó contra la hilera más cercana de hombres de hojalata, con la indignación reventándola, buscando una muerte furiosa después de los siglos sobre siglos que habían sido los vivos —humanos, sobrenaturales, bestias y plantas— humillados, saqueados y esclavizados por los emporios e imperios que

habían parido a los dragones corporativos. Reventó con sus garras armaduras y yelmos, rematando con su cola de púas a los caídos. Sin embargo, disciplinada e irremediadamente, detrás de cada *marine* hueco venían otras hachas...

Pero el brujo mandril de ébano las detuvo un instante, entretejiendo serpientes negras con el humo del aparato caído, conteniendo aquella línea de hachas que se cernía sobre la mantícora. No obstante, otro sargento león dirigió allí su columna para rodear a los rebeldes y dar con ellos por tierra al grito de:

—*Remember the Black Hawk down! Remember the Álamo!*

Mas, en cuanto cerraron el cerco, se abatió sobre ellos otro tormento. Brazo a brazo, se adentraron en la batalla el djinn de las Arabias blandiendo su cimitarra, cercenando a los *marines* como abrelatas, y, junto a él, el golem judío, que había recogido del suelo a dos soldados y, uno en cada mano, los utilizaba como escudo de ambos, de modo que, doquiera que se moviera la cimitarra decapitadora, detrás iban los escudos cubriéndole la espalda del daño.

Y del otro lado de la poza, Bruce Lee lidiaba solo contra el ciento de armaduras y hachas que se le cernían una y otra vez alrededor, como un risco vibrante contra un mar de chirridos. Y así como la marea retorna a su morada, así una y otra vez el hijo del dragón derribaba a los *marines* de hojalata con los vertiginosos ademanes de sus piernas, cubriendo los embates de las hachas sólo con las manos, desviando las hojas de una palmada o deteniendo los astiles antes de que hallaran blanco.

Cubriéndose del tiroteo que tronaba sobre su cabeza, el licenciado nahual decidió coadyuvarse una pronta y graciosa huida, pero no sin tomar las medidas pertinentes que mandaba la línea del deber:

—¡Chínguense a ese pinche puto! —les indicó a sus chaneques descomunales, que comenzaron a abrirse paso entre el tumulto y desbarajuste hacia el sector de la poza donde estaba Pamela.

—¡Infecta pecadora! ¡Arruinaste el aquellarre! ¡Eres el 666 y el Anticristo te sale por los ojos! ¡Caiga toda la furia del Apocalipsis y la mano de la Sagrada y Santa Inquisición sobre tu culo! —gritaba el obispo alzando el vuelo para alejarse a toda velocidad del vértice del combate, pero enviando también contra la sexoservidora a sus dos imps, que volaron sobre la poza enarbolando, el uno, su alabarda de guardia vaticano y, el otro, su espada de conquistador.

—¡Pame! ¡Pame! ¡Mer! ¡Meda! ¡Acá! —gritaba Inesina, la única que vio cernirse del aire a los imps, y por el costado, a los chaneques. Pamela miraba azorada y embelesada a Bruce Lee, abrasada de terror, y Merdo, con la daga desenvainada, contemplaba a la mantícora, al espectro de ébano, al djinn, al golem, debatirse en armas y en muerte, espaldas con espaldas uno con otro, quienes les habían quitado de encima al batallón de hombres de hojalata que les había cerrado el paso.

Pero ni Merdo ni Pamela escucharon la vocecilla aguda de la doncella callejera, que, mordiéndose el labio, miró los garrotes con pinchos de los chaneques y los filos de los imps. Decidió que la alabarda con alas era lo más complicado que se les venía encima, así que estiró con todas sus fuerzas el popote de su dardo sobre las ligas y disparó el bicho, clavando toda la punta del pasador afilado en una de las alas del imp, haciéndolo chillar, chistar y revolotear dolorido como una polilla borracha.

Cuando Pamela sintió llegar a los chaneques a su lado —¡casi de su estatura!—, era demasiado tarde para reaccionar. Sus bocas anchas sonreían alevosas, con los garrotes

enarbolados con alegría. Por un momento pensó la dama del talón que le tocaría morir como el tío Rigoberto, al que los Halcones habían matado a botellazos en el Casco de Santo Tomás en 1971. Pero el chaneque más adelantado tropezó y cayó de bruces golpeándose la cabeza contra uno de los sitiales sapo, donde se le clavaron los pinchos del garrote que había quedado debajo de su cuerpo.

Reynaldo se había metido en medio de sus pies, abriéndose paso entre las piernas y las patadas, dejándose cernir al corazón del caos desde el rincón en el que jugaba.

Con los lamentos de su perro, Merdo respingó y, de un vistazo medio calculando los males que les acaecían, jaló atrás a Inesina de la sudadera, para recibir al imp de la espada desenvainada, que se advenía recto y veloz como un pez espada sobre ella. Desvió con su puñal la punta a la piedra y recibió con el cuerpo al imp, rodando los dos contra el suelo.

El otro chaneque trastabilló un poco con el cuerpo caído de su compinche, zumbándole el garrote encima a la sexoservidora. Pero ya repuesta Pamela, esquivó el golpe con un cabeceo y se le arrojó encima al cuerpo, clavándole el tacón entero de su zapatilla en el hueco del cuello sobre las costillas, derribándolo con todo su peso, sacándole el aire al guardaespaldas. Tronaban los disparos de un lado a otro, restallando en chispazos de polvo sobre el borde de piedra de la poza, mientras crujían los metales abollados de alrededor, como si una tortillería gigantesca hubiera rodado enloquecida sobre de ellos.

El vampiro y la mujer loba se revolcaban más atrás, con tal briosidad y rugidos que no se sabía si se estaban estrangulando o fornicando.

El viejo trasgo, sentado al borde de la poza con las piernecitas chuecas colgando, creía que tal bramor que

lo rodeaba era en verdad sus recuerdos sobre la caída de Tenochtitlán, cuando había acudido para hacerle perdedizos sus enseres cotidianos al soldado Bernal Díaz del Castillo, y cogía con sus deditos artríticos el brazo del gnomo, que era fuerza cuantimás suficiente para retener preso al burócrata, quien se debatía aterrado, tirando inútilmente con todas sus fuerzas.

—¿Ves? Mira, allí está otra vez la caballero jaguar macehual —dijo el trasgo señalando a Pamela— que entonces hizo huir a la Malinche de chinampa en chinampa en la Noche Triste y que también le dijo...

El imp alabardado tomó altura de nuevo hasta la cara de Tlälloc y se descolgó con el astil en vilo y la punta contra Inesina.

—¡Córtala! ¡Córtala a la mitad! ¡Ábrela en dos! ¡Penétrala! ¡Rebánala! —le gritaba a su subalterno el obispo, mordiéndose los labios con los ojos muy abiertos, encaramado al interior del hueco de los ojos del Tlälloc labrado en la cúpula, tribulado entre su sensata experiencia que le ordenaba la huida y su pulsión de venganza que lo mantenía allí, al filo del peligro.

El chaneque caído quiso quitarse de encima a Pamela poniéndole una mano en la cara para echarla atrás, mientras que, con la otra, intentaba malamente en tan corta distancia azotar el garrote con pinchos a la espalda de la dama del talón. Pero a ella, acostumbrada a pasar toda la noche en pie con apenas un brasier para cubrirse de las gelideces y lluvias, no la dobló el dolor, e incluso los pinchos le inflamaron el instinto guerrero y siguió apuñalando con el tacón, rugiendo:

—¿Cómo es posible, ojete?! ¿Tanto gandaya por madrear y atacas a tu gente?! ¡¿A tu gente?! ¡¿No tienes madre!!

Allí junto, en opuesta simetría, el imp conquistador se paró sobre Merdo. El impacto al vuelo con toda su carne y armadura había atropellado al mördyn —pues tal era el tipo de duende forestal que éste era—, que jadeaba debajo del pequeño conquistador sin terminar de poder fijar la vista. El imp se alzó la visera del yelmo, asqueado por la piel morena de Merdo y por su pobreza indigente, y le mordió las piernas con cada una de las cabezas de serpiente al final de su cola.

—¿Y a ti quién te invitó, picto gilipollas?

Y alzó la espada para metérsela en la boca a Merdo, mas el mördyn, aún resollando y con la vista hueca, manoteó con su daga y desvió la punta. Irritado, el imp acertó a dar una segunda estocada y otra tanta, pero le abanicaron ambas con el puñal en sendos tañidos. Apretó las mandíbulas de las serpientes sobre las piernas, sangrándolas, y aleteó para alzarse un poco al vuelo, tomar distancia, coger la espada a dos manos y azotarla sobre la cabeza del mördyn, para partirla como calabaza del Templo Mayor.

Pero con los cruces previos de armas, había ganado Merdo tiempo y, al alzarse el imp, pudo tomar aliento al fin y, al vuelo del tajo, una vez más la hoja ancha de bronce de su puñal desvió el acero. El imp gruñó de frustración y su gorgoreo se deformó en un chillido: Reynaldo le había prensado con una mordida la cola tensa.

Inesina vio nítida la muerte una vez más: como cuando aquel camión de redilas se le había frenado justo enfrente. Como cuando la fiebre casi la había disuelto como un jabón gastado. Como cuando se quedó atrapada un día entero en una de esas coladeras de respiraderos del Metro.

¿Cuántos segundos para descender de la cabeza de Tlälloc sobre ella?

¿Cuatro? ¿Tres? ¿Dos?

Para Inesina fue como el largo día atrapada en el respiradero. Brillaba la punta de la alabarda con las fulgurencias de las llamas y de la batalla. El olor a ampolla reventada la rodeaba. Disparó sin apuntar. Casi sin ver. Pero sintiendo muy clarito las ganas de enseñarle a ese abusivo desgraciado.

“No sólo porque tú quieres se te va a hacer”, pensó y disparó.

El pasador se le ensartó al imp a la mitad de la nariz como si fuera un tenedor en un tamarindo, y la punzada de dolor e incredulidad súbita lo aturdió. Pero a la velocidad a la que caía, Inesina no tuvo más que hacerse a un lado, y el imp se estrelló en el borde de la poza como un jitomate envuelto en papel aluminio arrojado contra la esquina de una banqueteta.

La geisha zorra era la única persona que seguía sentada; quieta, calma, con los ojos cerrados, la espalda muy recta y las manos en el regazo. Sabía que estar en el ojo del huracán era mejor que en sus confines de destrucción y que la mejor acción en el centro es la inmovilidad.

La bruja rusa con patas de gallina, cogiéndose los faldones y carcajeándose, bailaba sobre los cuerpos de chatarra de los soldados caídos por Bruce Lee.

Chillando, el imp quiso alejarse al vuelo para librarse de la mordida de Reynaldo, pero el perro lo retuvo como a un globo y el imp le dio un sablazo en el hocico. Merdo, incorporándose a medias, cargó contra él, ensartándole el puñal a la mitad del cuerpo, atrapándolo contra un sapo sitial, donde terminó de hundirle la hoja hasta la empuñadura, hendiendo el hierro de la armadura con el bronce verdeado. El imp torció la cara en susto y dolor, mirando muy de cerca al mördyn, que en cambio, avergonzado, ladeó la cara enarcando las cejas, disculpándose. Pero entonces descubrió a Reynaldo, tambaleándose de un lado a otro con el tarascón en la cabeza,

que le había hendido el cuero y la grasa hasta el hueso del cráneo, y Merdo le mostró los dientes al imp, retorciéndole la empuñadura.

—¡Herejes! ¡Sacrilegio! ¡Sodoma! ¡Gomorra! ¡Azote! ¡Azooote! —gritó la gárgola desde lo alto. Inesina la escuchó entre disparos, quejidos, aullidos, maullidos, balidos y achatarramientos y la miró a la cara.

—¡Gordo cobarde! ¡Gordo seboso! ¡Cobaaarde!—le clamó con su vocecilla. Y el obispo, antes de saber lo que hacía, se soltó de lo alto y se arrojó en picada contra la niña, confiando en sus ropas y sus grasas para librarse de los dardos. Tal cual, Inesina le acertó dos popotazos al bulto y las punzadas sólo excitaron al obispo.

Merdo, que se había inclinado a atender a su perro, al ver a la gárgola cernirse, soltó la cabeza de Reynaldo y corrió hacia Inesina, más que queriendo alcanzar al obispo con su brazo corto y su breve hoja, para escudar a la doncella con su cuerpo. La gárgola miró el gesto, descubrió enamorado al mördyn y le pareció tan ridículo que, si antes quería arrancarle la cara a la jovencita, decidió arrastrarla con sus garras hacia lo alto de la cúpula y violarla en su cara.

Sólo que Pamela se interpuso y, con el garrote de pinchos a dos manos y con todas sus fuerzas, como si estuviera jugando béisbol, recibió al obispo, reventando todo lo fofo como un colchón de agua, arrojándolo al fondo de la fosa, donde cayó todo descuajado, como muchas bolsas de plástico repletas de menudencias.

Su sangre escurrió entre los guijarros y, una vez que el jugo carnal comenzó a verterse, las piedras sisearon como si estuvieran calientes y el bermejo se esparció por los espacios de la fosa con velocidad inaudita, atraída hacia todos los rincones.

Reculando en el combate espalda con espalda, el djinn y el golem empujaron atrás el cerco de hojalata, que arrinconó contra el borde a Pamela, Inesina, Merdo y Reynaldo. Cayeron a gritos, rodando sobre la pendiente en la avalancha de cadáveres de imps, chaneques y *marines*. Pero, al llegar al fondo, tal como si los guijarros delineados en sangre se hubieran transformado en piedra pómez flotantes, los que caían apartaron las piedras y se zambulleron en la sangre debajo.

Cruzando el portal sagrado de Tlälloc y Chalchiutlicue.

NO CULPES A LA NOCHE

¶ AMANECIÓ EL 16 DE SEPTIEMBRE hallando a muchos crudos a lo largo y ancho de la Ciudad de México.

Y bajo la colina, la batalla menguó para tornarse en un bailongo nuevamente, de improvisados tambores sobre soldados tendidos de hojalata.

Y es que si bien el Tío Sam había disparado hasta acabar con todas sus municiones, cuando vio la batalla perderse, herido de un brazo, como no sabía perder, decidió hacer explotar la gran carreta volcada. Pero cuando pudo abrirse paso hasta ella, ya le habían robado las patas de araña, la maquinaria —y qué decir de toda la sangre dentro—, y encontró allí a un aluxe que estaba subastando la carcasa de la carreta por partes y refacciones.

El Tío Sam, en el viaje de regreso a su país, se encogió de hombros. Después de todo, había mandado hacer en China a los hombres de hojalata al mayoreo, y su carruaje tenía póliza de seguro. Además, quizá —o seguramente— para el siguiente aquellarre a la comunidad sobrenatural ya se le habría olvidado la reyerta.

Pero acaso entre el mono alado y él ya no había vuelta atrás. Uno de los dos debía morir. Nada que a Kennedy o a las Torres Gemelas no les hubiera ocurrido.

Se rascó la barba, inquieto. ¿En qué parte de la película hollywoodense estaba? ¿En el epílogo donde al final sale el villano reventón, que resulta que no murió y que volverá? ¿O apenas en el último tercio de la película y todavía le faltaba la pelea a puñetazos contra el héroe?

Ese maldito mono alado. Resopló.

Al menos, si le tocaba perder, no sería en el terreno baldío ese de ratitas patarrajadas del patio trasero y pseudo país del águila y la serpiente.

Ojalá el general Scott hubiera explotado el castillo de Chapultepec en 1848, como se merecían esos nacos... ¿O había sido el general Coster? ¿Por qué había dejado a tantos indios y chaneques vivos?

Ese maldito mono alado.

El Tío Sam no sabía perder.

Sudó frío.

Temió que al macaco ese le tocara partir al final, victorioso, misterioso y solitario, en su caballo hacia el atardecer.

NO CULPES A LA PLAYA

¶ EL LICENCIADO NAHUAL no pudo presentarse a trabajar al día siguiente en las infectas cañerías y tumbas al ras de la tierra de Los Pinos.

A nadie le extrañó, dándolo por bogante borracho en el aguafuerte.

Pero ya no llegaría, porque durante su huida había quedado atrapado en el partido entre los Chaneques del Ahuizotl y los Duendes Marinos de la isla Santorini. Y se habían terminado jugando cinco partidos distintos, pateando su cabeza y cada uno de sus brazos y piernas por separado.

Por esos días, el cardenal de la catedral de la Ciudad de México se levantó con la noticia de otro escándalo en el Vaticano por las reclamas mundiales contra los abusos sexuales de sus sacerdotes, sus activos en la industria armamentista y nuevos reportes del último libro de Carmen Aristegui sobre la mafia pederasta de los Legionarios de Cristo, que ahora volvía a salir a la luz a partir de nuevas denuncias de víctimas.

Se lamentó piadosamente el cardenal en su tercer desayuno. Casi era como si su ángel de la guarda hubiera desaparecido.

El Chiquilín, capitán chaneque del equipo del Ahuizotl, fue quien al día siguiente, mientras limpiaba todo crudo el salón de Tlälloc, encontró el mapa del Ohuican, aún envuelto y protegido en su cartera dentro del bolso caído de Pamela.

El chaneque lo extendió. Contuvo el aliento y los ojos le cambiaron de color de la impresión. Había escuchado de esa reliquia, pero no había tenido nunca el gusto. Hasta donde sabía, se había extraviado en la matanza de la plaza de Tlatelolco la noche del 2 de octubre de 1968.

El Chiquilín asintió muy serio.

Era la señal.

Era la información.

Era el modo.

La organización popular.

Para enfrentar a los dragones corporativos, debían primero limpiar la basura del Ohuican de Anáhuac.

Y las corruptelas de los suyos.

Al fin y al cabo, no faltarían quienes se quisieran curar la cruda con un caldito de panza y unas cervezas bien frías.

Así que, ¿qué tanto es tantito, para ya de allí a media chela, arrimarse a la insurgencia?

Ya encarrerado el ratón, chingue su madre el gato.

¿A DÓNDE IRÁN, VELOCES Y FATIGADAS?

¶ JORGE GÓMEZ VELÁZQUEZ estaba seguro de que algo gacho le había pasado a su hermano Arturo... O Pamela, como chingados quisiera llamarse.

Estaba acostumbrado a que Pamela desapareciera por semanas y meses, pero no había llegado al cumpleaños de su mamá... Y eso ya, chin, chin, era que o la habían matado, o de menos estaba tirada por allí toda golpeada por algún cliente desgraciado... ¿O los de la trata se la habían llevado, aun cuando ya no era ni de lejos fruta fresca?

La fue a buscar a la calle de Puente de Alvarado y se puso a preguntarle a las damas del talón que conocía de vista. Pero no. Ninguna le pudo dar razón. Que no la habían visto y ya.

Jorge se fue a buscar a su novia, Lorena. Era la persona más chingona que conocía. La más lista. La más leída. La más decente... Y hasta guapa. ¡Toda una ganga, chingá! Estudiaba Creación Literaria en la UACM y quería escribir teatro y guiones para documentales, y ya hasta lo había querido grabar a él, aprovechando que Jorge era también muy carita. Y la neta sí.

Lorena le recordó de un celular usado que Pamela le había regalado a su mamá... ¿No tendría allí algún teléfono para localizarla?

Habló a 16 personas antes de encontrar a Don Manuel Pontes.

No sólo no negó que la conocía ni colgó con prisa, como los otros, sino que se quedó primero en silencio y, después de unos instantes de duda, reaccionó preocupado. Confesó que sí, que la había visto días atrás, pero que no quería ni podía hablar más del tema por teléfono y que prefería hablar en persona.

Se quedaron de ver en el parque de Pamela, el de San Carlos, atrás del museo. Cuando Jorge y Lorena llegaron, Don Manuel ya estaba allí desde hacía rato, preguntándole a Don Rufino y a los demás indigentes sobre ella. A la distancia, recargados en un automóvil último modelo de color inesperado, estaban los sobrinos de Don Manuel. La hermosa, delgadísima y elegante Mariana en su traje sastre, y el fofo, indolente, hippy de diseñador Leonardo, jugando con su teléfono celular. Sus guardaespaldas fumaban un cigarro a un lado, junto a su camioneta plateada. Habían sospechado desde el principio de esa “cita misteriosa” en ese lugar al que, en otras circunstancias, jamás habrían acudido. Los dos aborrecían a su tío y le tenían una mezcla de pena ajena con asquito, pero la familia es la familia.

Don Manuel los recibió con naturalidad y preocupación. Leonardo ni los miró y Marina los saludó breve y cortésmente. También planeaba ignorarlos y dejar a los guardaespaldas que tomaran sus fotos y los investigaran, para saber sus verdaderas intenciones, pero Jorge le pareció muy guapo, aunque su acento cantadito le resultaba particularmente repulsivo.

Salvo por el mapa, Don Manuel les contó todo sin vergüenza alguna: que era su cliente frecuente, que le gustaba platicar con ella, que le regalaba libros de poesía, le contaba historias y que la había visto por última vez el 15 de septiembre, junto con sus amigos más queridos: un par de indigentes chuecos y chicos y su perro lindo y baquetón.

“Cámara”, pensó Jorge extrañado, porque justo se acordó que su abuelo, Don Lucho, que era intendente en el penal de Santa Martha, había contado en el cumpleaños de su madre cómo un reo y un custodio habían desaparecido esa misma noche, dejando tras de sí sólo un rastro de botellas rotas.

Decían Don Rufino y los demás parroquianos del parque que los habían visto irse a los tres (a los cuatro, habían dicho ellos, teniendo al perro por ciudadano). Lorena y Mariana incluso cruzaron una mirada de mutua inteligencia a través de los océanos que las separaban. Y se preguntaron, con sólo ese atisbo, si los indigentes no la habrían matado, violado, vendido o dejado tendida en una sobredosis de resistol. Pero ni Jorge ni Don Manuel lo creían así. Don Manuel los conocía: la muchachita loquita de las palomas, el enanito amnésico y, por supuesto, el gran Reynaldo. Eran buenas reses y mucha penicilina.

Jorge también había escuchado hablar de ellos. Pamela le había contado, y con mucho cariño.

—¿Y qué tal que se fueron todos a buscar una nueva vida? —sugirió Lorena.

—¿Perdón? —preguntó Marina con afectación, desde sus lentes oscuros.

—Sí. Al otro lado. A otra vida mejor que ésta. A sentirse mujer de a de veras y en otro lugar. A ser familia. Un trabajo de cargador para el tontito. Una escuela para la niña.

—O se los llevaron a regentearlos a otro lado, o a vender sus órganos —participó, al fin entusiasmado, Leonardo, aún jugando con su celular, recargado en su carro.

—No —replicó Don Manuel—. Inesina tendrá lo mejor. El Michi *Supertortilla* las cuidará a las dos. Pamela es bella, buena, lista y trabajadora... —se giró hacia Jorge y Lorena—. Yo también creo que se fueron a vivir una nueva y más hermosa vida... ¡Vengan! ¡Vamos a comer los cinco! ¡Yo los invito!

Y se fueron. Al final comieron los siete, contando a los guardaespaldas.

TLÄLLOCAN

¶ PAMELA EMERGIÓ del agua boqueando.

Amanecía. Atardecía. Una luz acostada en el horizonte a través de la niebla. Bruma. Vapor.

Asomando la cabeza, confundida, miró hacia aquella luz al ras de las aguas tibias, quietas y largas, que se extendían a todo mirar.

Gimiendo asustada y comenzando a desesperar, volvió la cabeza y sintió la luz en los cabellos.

Había un islote. Acaso un manajo de ruinas, no más que unos cuantos bloques limosos de contornos extraños, recién conocidos, que pudieran ser efigies de Tláloc y Chalchiuhtlicue, en rotos ángulos que constituían diminutas colinas de esa morada, unidas las rocas por las raíces de un árbol.

De un ahuehuete.

Del Huey Ahuehuetl.

Reconoció los contornos torcidos y ancestrales de las raíces que, en el salón del aquellarre, daban molde y plataforma a la escalinata y al trono del Rey Chapulín.

Era el Huey Ahuehuetl.

Pero no petrificado, fosilizado, en tocón.

Sino pleno. Completo. Vivo. Verde oscuro, en halo de resina, corteza de rojo laberinto, alzábase el árbol vigoroso, bríoso, y en torno a sus raíces se espesaban bugambilias púrpuras, lilas, naranjas y blancas, en una corola de colas coloridas que pendían sobre las aguas quietas.

De quince brazadas alcanzó las ruinas y, cuando se cogió con vehemencia, miró en sus brazos extrañas marcas amarillas, como manchas de jaguar. Siguió las manchas de sus brazos a sus hombros y, espantada, se arrastró con dificultad hacia arriba de las piedras, y le sorprendió la sensación de fragilidad dolorida que le punzó en los pezones. Una vez remontando el borde, se miró los hombros y los pechos morenos. Turgentes, pero raros.

Se los tocó y no se sentía el silicón por dentro.

¿Dónde estaban los suyos?

Gritó. Les gritó. Había olvidado sus nombres.

Y mientras le vibraba una voz extraña, intensa y aguda, descubrió lo ocurrido en su entrepierna: arriba de sus nuevos muslos torneados, que se ensamblaban con una cadera amplia y desconocida, su sexo previo y entrometido había desaparecido, y ahora tenía, tal como comprobó al tocarse sobresaltada, la marca de la hembra, húmeda, pulsante, mítica.

Era mujer.

Abrió la boca y se quedó con el grito en la garganta, porque descubrió que algo la miraba desde el agua: unos ojos enormes y marrones, tímidos y melancólicos alegres, entre una corola de verdes algas o de cabellos ondulantes y verdecidos.

Inesina.

Soltó Pamela una larga carcajada salvaje y, como si se hubiera apoyado en algún fondo que no había en el agua, brotó a sus brazos la sirena, la nereida.

Se abrazaron con fuerza largo rato y luego se miraron, desnudas, curiosas, asombradas. Las marcas de jaguar en la piel de mujer de Pamela y, ya fuera del agua, la piel verdosa como de manzana de Inesina, con los cabellos, ahora al aire, comenzando a espesarse en crespos rizos como de suaves retoños de árbol. De álamo. De fresno. De driada.

Sonrieron como tontas y rieron como sabias. Se abrazaron como hermanas y lloraron como huérfanas.

Así las encontró Merdo, emergido del agua también desnudo, pero con su puñal en una mano y la vaina de bronce en la otra. Subió silencioso entre las bugambilias y se quedó tendido sobre los musgos, contemplándolas dichoso.

Contemplándolas como mördyn, que ahora recordaba ser.

Contemplándolas como bardo de hadas y perro de los elfos, que al fin sabía de nuevo que había sido.

Contemplándolas como el escudero que fuera de un caballero tartamudo.

Contemplándolas él, extraviado viajero del Reino del Verano que, al fin y de nuevo, recordaba desde su infancia en las Colinas Evanescentes hasta su extravío en el Ohuican de la Ciudad de México.

Envainó la daga, donde de nuevo habitaba un nombre con la espiral en sus entrañas.

Salió de las bugambilias hacia ellas, pero antes llegó, de una cuenca escurrida entre los bloques, Reynaldo.

O lo que fuera Reynaldo, que sólo porque el mördyn, Inesina y Pamela le querían reconocieron por la mirada astuta, curiosa e insolente.

Era aún un perro, pero más bien algo así. Ahora negro todo él, sin pelo y lustroso como foca, igual de hocico picudo, pero con las garras de un águila y, al final de la cola, una manita negra.

Un ahuízotl.

Eso sí, con una cicatriz de hoyo en la cabeza y con un solo testículo.

Se abrazó el uno con el otro, el otro con aquel y aqueste lamió al primero, para luego mirarse todos raros, que si bien Merdo era el único idéntico en traza, en el mirar se le hundía una sonrisa que de nada le conocían.

No hallaron qué hablar. Quizás habían olvidado las palabras, o eran tantas y tales las que los contenían que no tenían por dónde empezar sin desbordarse.

Pero la nítida memoria del emerger tras la punzante claridad del aquellarre, el sumergirse en la Colina Hueca y el transitar desde el parque de San Carlos, que todos compartían, enunciaba que aquello no era un soñar o dos.

Luego, el descubrir en los ojos de otros la contundencia y corroboración de que lo que vivían era compartido los apartó de la idea de la demencia.

Y tras tanta gárgola, nahual, licántropo, gnomo, hijo de dragón y caldero soprano, aquel portento, al contrario, parecía más natural, cotidiano y menos absurdo que las balas perdidas entre el mono alado y el Tío Sam.

Rieron. Suspiraron. Bebieron de las aguas interminables y comieron de las flores de la bugambilias.

Y alguna vez al punto ya, se miraron con nuevas voces y suspiraron.

Y contemplaron a la distancia la luz del alba o del crepúsculo, suavemente titilando entre la bruma.

Hasta que se abrieron las nieblas y se apartaron los vapores.

Y distinguieron, en la lejanía, la punta de una pirámide de jade.

Verde y fulgurante.

Aztlán.

EPÍLOGO



EL PRISIONERO Y EL CELADOR (*Cuento de hadas para bandoleros*)

“...¿Por qué habría de despreciarse a un hombre si, hallándose en prisión, trata de escapar e ir a casa? O, de no poder hacerlo, porque piense y hable de temas que no son sus carceleros y los muros de su prisión...”

J. R. R. TOLKIEN.

¶ ÉRASE UNA VEZ UN PRISIONERO arrestado injustamente que deseaba regresar a su hogar. Lo vigilaba un carcelero que había tenido tan pocas cosas que guardaba en botellas lo que podía: los malos olores de la cocina, las carcajadas de chistes que no entendía y el saludo del conserje, que era la única persona que lo respetaba.

Ansioso por regresar a su hogar, el prisionero arrestado injustamente juntó el migajón del pan que le daban y construyó con él, en tres días, una miniatura de su casa. El celador, cuando lo descubrió, desmoronó la casa con sus dedos, arrojó los restos a las ratas y guardó en una de sus botellas la única torre de migajón que sobrevivió.

Entonces, el prisionero arrestado injustamente guardó pacientemente los restos quemados de sus alimentos, hasta

juntar suficiente para llenar una caja de zapatos, y una noche comenzó a dibujar su hogar en el muro, para regresar a él. A punto de terminar casi al alba, el celador lo descubrió y lo obligó a borrar con su camisa mojada todo el mural de carbón, y esta vez guardó en una de sus botellas la mirada desolada del prisionero.

Y el cautivo, entonces, derrotado y devastado, se arrinconó a llorar en silencio, mordiéndose las manos, hasta que el vacío se le reventó en el pecho y comenzó a cantar, primero en murmullos y sollozos, y después salvajemente, cantándose y contándose su retorno a casa.

Hasta que lo escuchó el carcelero. Fue corriendo alarmado por las voces que daba el cautivo, y esta vez le arrebató la voz al prisionero, guardando todo entero el canto y el cuento en una de sus botellas, dejando al cautivo roto y vencido definitivamente.

Esa noche, el celador estaba a punto de dormir satisfecho cuando descubrió de reojo que en el interior de una de sus botellas se agitaba un extraño fulgor. Era aquella donde había guardado el canto del prisionero, que en la oscuridad fluctuaba como humo encadenado, una llama ahogándose o un diminuto amanecer verde oscuro.

Curioso, el carcelero se acercó entornando los ojos, y de pronto le falló el aliento cuando distinguió las formas oscilando en el interior:

...Un desierto de arenas doradas bajo las estrellas....

...Un bosque ancestral espeso como la lluvia...

...Y más allá, una torre verde...

Aquella noche el celador no durmió igual, ni soñó lo que solía, ni se despertó siendo el mismo.

A la mañana siguiente, cogió todas sus botellas en los brazos y corrió hasta la celda del prisionero.

—¡Por favor! ¡Llévame contigo! ¡Por favor! ¡Toma lo que quieras de estas botellas! ¡Tómalas todas, pero llévame contigo a tu hogar!

—Si yo pudiera, ya me hubiera ido —le replicó impotente el prisionero desde los barrotes.

Y entonces sintió tal rotura el celador también que todos sus abandonos lo avasallaron, y rugiendo su vida casi en llanto, arrojó todas las botellas al suelo, quebrándose y dispersándose por todo el pasillo.

Y lo que había en ellas se mezcló en el aire, esparciéndose los malos olores de la cocina en las arenas doradas del desierto bajo las estrellas, carcajadas de chistes no comprendidos reverberaron en un bosque ancestral espeso como la lluvia, y el saludo del único que lo había respetado vislumbró más allá la torre verde.

Atraídos por el barullo, otros guardias de la prisión corrieron al lugar y descubrieron que el celador y el prisionero habían desaparecido, y que no quedaba ningún rastro de ellos salvo las botellas rotas y un eco lejano que susurraba aún entre los cristales...

“...Érase una vez un prisionero arrestado injustamente que deseaba regresar a su hogar, y lo vigilaba un carcelero que...”

...“Mördyn de las Colinas Evanescientes,
montaraz de biblioteca de los bosques de allende,
excavador de calabozos, arqueólogo de mitos y leyendas,
bardo de hadas y perro de los elfos”...

CONTENIDO

Presentación	9
Prólogo	11
Introducción	15

PRIMERA PARTE

DUENDES EN EL CENTRO HISTÓRICO

1. ¡Aficionados que viven intensamente la emoción del futbooooo! (<i>Cuento de hadas para duendes y chaneques</i>)	19
2. Híjole joven, no se va a poder (<i>Cuento de hadas para nahuales y tlaloques</i>)	25
3. Le venimos rematando, le venimos revendiendo (<i>Cuento de hadas para lloronas y cihuateteos</i>)	33
4. Pásele marchante (<i>Cuento de hadas para indigentes y perros callejeros</i>)	43

SEGUNDA PARTE
HADAS EN CHAPULTEPEC
(CUENTO DE HADAS PARA TROVADORES TRAVESTIS)

1. Usted está aquí	61
2. Andando y miando	71
3. Sábado Distrito Federal	79
4. Uuuy, si le contara	89
5. Oye Bartola, ahí te dejo estos dos pesos	101
6. Escondida por los rincones, temerosa que alguien la vea	113
7. Y yo les contestaba que mi santo era el más chingón de la pradera	127
8. Esta noche en la Arena México	135
9. No culpes a la noche	145
10. No culpes a la playa	147
11. ¿A dónde irán, veloces y fatigadas?	149
12. Tlällocan	153

EPÍLOGO

El prisionero y el celador (<i>Cuento de hadas para bandoleros</i>)	159
--	-----



Hadas en Chapultepec

de Medardo Landon Maza Dueñas, se terminó
de imprimir en agosto de 2015, en CEDIMSA. La
edición consta de 400 ejemplares.



MEDARDO LANDON MAZA DUEÑAS. Licenciado en Creación Literaria por la Universidad Autónoma de la Ciudad de México con mención honorífica. Escritor de fantasía épica, cuenta cuentos, profesor de Creación Literaria del programa Niñ@s Talento del DIF-DF y asesor editorial. Miembro fundador de Inventores Culturales de la Secretaría de Cultura del Distrito Federal y colaborador de a pie en La Brigada para Leer en Libertad. Obtuvo el primer lugar del certamen de ensayo Aelfwine 2014 con “El Quijote y Sancho & Frodo y Sam”, y el premio accésit Gandalf 2012 con la novela corta *La partida de Celeborn*.

Autor de *Hadas: damas de poder* (2007); *Elfos, trasgos, gnomos, trolls y otras criaturas del rincón* (2007); *Unicornios, dragones y otros portentos* (2008); *Bestiario del reino del verano* (2011); *Vampiros, licántropos y otras infamias* (2012); *La diminuta mariposa morada* (2012); *Bajo la colina* (2013); *Bosque adentro* (2013); *Castillo hueco* (2013); *Póquer de cuatrillizos* (2014).

ILUSTRACIONES: ERNESTO ZÚÑIGA BENÍTEZ. Licenciado en Artes Plásticas por la Universidad Autónoma del Estado de México. Ha participado en exposiciones colectivas e individuales de grabado, pintura y dibujo en México, Argentina, Colombia, Estados Unidos y Cuba. Su producción plástica de autor –de corte expresionista– gira alrededor de los imaginarios urbanos surgidos de las relaciones entre la ciudad y el hombre contemporáneo. Actualmente divide sus actividades entre la producción plástica y la docencia en la Universidad Autónoma de Baja California véase: <http://errzru.blogspot.mx/>